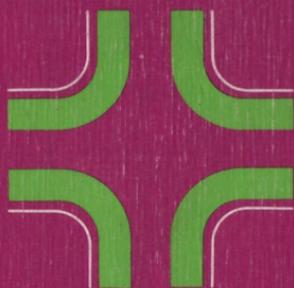


Marcel Bastin
Ghislain Pinckers
Michel Teheux

DIOS CADA DIA

SIGUIENDO
EL LECCIONARIO FERAL



2 / ADVIENTO-NAVIDAD
Y SANTORAL

DIOS CADA DIA
Siguiendo el
Leccionario Ferial
—2—
Adviento-Navidad
y Santoral

Editorial SAL TERRAE

Santander

Indice

Presentación	9	
Introducción	10	
EL TIEMPO DE ADVIENTO	11	
DEL LUNES DE LA PRIMERA SEMANA AL MIERCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA EL TIEMPO DEL FUTURO		
Isaías, profeta del Adviento	13	
Lunes 1	En el corazón del mundo	16
Martes	Loca esperanza	19
Miércoles	El banquete de los pobres	21
Jueves	Ciudad inexpugnable	23
Viernes	La muerte de los tiranos	25
Sábado	Estrellas, sol y buena noticia	27
Lunes 2	El desierto florecerá	29
Martes	Dios de ternura	31
Miércoles	Una carga ligera	33
DEL JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA AL VIERNES DE LA TERCERA SEMANA EL TIEMPO DEL PRECURSOR		
El amigo del Esposo	35	
Jueves	Elogio de la violencia	37
Viernes	¡Entrad en el juego!	39
Sábado	Un torbellino de fuego	41
Lunes 3	La autoridad del Espíritu	43
Martes	Un pequeño Resto	45
Miércoles	El escándalo del Evangelio	47
Jueves	Amor apasionado	49
Viernes	Iluminación indirecta	51

Título del original francés:
Dieu pour chaque jour
©1982 by Desclée Editeurs
Paris-Tournai

Traducción: *Felipe Pardo, S.J.*
©1989 by Editorial Sal Terrae
Guevara, 20
39001 Santander

Con las debidas licencias
Impreso en España. Printed in Spain
ISBN: 84-293-0846-6
Dep. Legal: BI 1956-89

Fotocomposición: Didot, S.A.
Bilbao

Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A.
Bilbao

LA OCTAVA ANTERIOR A NAVIDAD
EL TIEMPO DEL ALUMBRAMIENTO

Los evangelios de la infancia: ¿símbolo o realidad?	53
17 de diciembre El hombre nuevo	55
18 Emmanuel	57
19 Mujeres estériles	59
20 La casa del silencio	61
21 Danza primaveral	64
22 Cántico para una revolución	66
23 Dios se compadece	68
24 Dadle voz a la alabanza	70

EL TIEMPO DE NAVIDAD	73
La primera epístola de Juan	76

ENTRE NAVIDAD Y AÑO NUEVO	
LOS TESTIGOS DE LA LUZ	79

26 de diciembre Niño ante la muerte (S. Esteban)	80
27 Una mirada, una palabra (S. Juan Evangelista)	83
28 Solidario de los exiliados (Santos Inocentes) ...	86
29 La cita	89
30 El mundo viejo ha pasado	91
31 Alfa y Omega	93

ENTRE EL DIA DE AÑO NUEVO Y LA EPIFANIA	
EL LIBRO DE LAS VOCACIONES	96

1 de enero Madre de Dios	97
2 Venido en nuestra carne	101
3 El Santo de Dios	104
4 Fascinación	107
5 A corazón abierto	110

LA SEMANA DESPUES DE LA EPIFANIA	
LAS MANIFESTACIONES DEL VERBO	112

7 de enero Luz en las encrucijadas	113
8 Amar es conocer	115
9 Más allá del miedo	118
10 Hoy	121
11 Agua y sangre	123
12 La perfecta alegría	125

CELEBRAR A LOS SANTOS A LO LARGO DEL AÑO	127
ENERO	129
FEBRERO	133
MARZO	137
ABRIL	139
MAYO	141
JUNIO	145
JULIO	151
AGOSTO	155
SEPTIEMBRE	161
OCTUBRE	165
NOVIEMBRE	169
DICIEMBRE	173

Presentación

Este volumen es el segundo de una serie de cinco que abarcará el conjunto del Leccionario ferial. Se han publicado muchos comentarios y propuestas de oraciones para los domingos de los ciclos A, B y C. Estaba por hacer un servicio análogo para los días feriales de las distintas semanas y, con la aparición de la presente obra, ese servicio es ya una realidad.

La estructura y la organización de cada uno de los cinco volúmenes son sencillas. Se va siguiendo en ellos el orden de los días feriales de cada semana, agrupándolos por tiempos litúrgicos o por conjuntos coherentes introducidos, en cada caso, por una nota de presentación.

Para cada día ferial, se dispondrá de estos tres elementos:

1. Un *breve comentario de las lecturas y del salmo*. Un escriturista profesional ha extraído, de los diferentes textos sagrados, un mensaje substancial, claro y armónico.
2. Una *página espiritual* destinada a la meditación personal, a la preparación de la homilía o a otros usos, personales y colectivos, fuera de la misa.
3. Una *propuesta de oraciones* destinadas a prolongar la meditación mediante la acción de gracias, por ejemplo, o a ser repetidas durante el día. Esas oraciones llevan la marca del lenguaje bíblico.

Estos elementos no pretenden en modo alguno suplantar los textos y oraciones propuestos por la liturgia. Al contrario, por el hecho de servir de ayuda en la preparación de los mismos y permitir su prolongación, las oraciones aquí propuestas tienden a favorecer el estricto acto litúrgico. Las páginas que siguen, nacidas de la liturgia eucarística, desearían ofrecer para la santificación de cada día algunas frases que hagan brotar, como de un manantial, los beneficios espirituales de ese acto privilegiado.

«Dime cuál es tu esperanza»

En el tomo I (Cuaresma y Tiempo Pascual) expusimos el sentido de nuestro trabajo y las formas posibles de utilizarlo.

Este tomo 2 corresponde a los tiempos de Adviento y de Navidad. En ellos, la liturgia propone la lectura de grandes páginas de la Escritura: el profeta Isaías, los evangelios de la infancia y la 1.^a carta de Juan, por citar únicamente los textos utilizados con mayor frecuencia. En las páginas que siguen encontrará el lector unas sustanciales introducciones a esos libros bíblicos, así como un comentario de ellos continuado día a día. Además, esas lecturas eran para nosotros una invitación a reflexionar en profundidad sobre el sentido de lo que se denominó, hace mucho tiempo, «las virtudes teologales»: la fe en Jesucristo, Hijo de Dios y verdadero hombre; la esperanza, que forma bloque con el mesianismo bíblico; la caridad —el amor, el *ágape*—, que ocupa el corazón del mensaje teológico del apóstol Juan.

Así se perfila la riqueza de este tiempo, que va mucho más allá de cierta atmósfera sentimental y folklórica en la que demasiadas veces se queda la preparación y la celebración de la Navidad.

Hemos dedicado las últimas páginas al Santoral. Es bastante tradicional considerar que la celebración de los santos depende de la celebración de la Encarnación, pues el Señor continúa en su Pueblo santo su propia historia terrena. Por eso era interesante sugerir algunas de las caras que ofrece esa grandiosa aventura en que está implicada la Iglesia de todos los tiempos y que se manifiesta en el rostro de nuestros hermanos y hermanas, los santos.

«La más fuerte es la esperanza...» Y Juana de Arco se extingue, abrasada en el fuego del amor. (Oratorio «Juana en la hoguera», de Honneger). Para el hombre que en este tiempo de Adviento se abisma en la Palabra de Dios, en todas partes está presente la esperanza, frágil y fuerte, niña desprovista de armadura, porvenir en continuo renacer. La esperanza...

«La esperanza hace vivir...», afirman algunos que están a punto de morir, mientras otros, con Péguy, descubren que Dios dice: «¡la fe que yo prefiero es la esperanza!». Una esperanza que es todo lo opuesto a la resignación.

El itinerario del Adviento, es decir, de la venida, del advenimiento, es como una obra de paciencia en la que el hombre tiene que descender a profundidades cada vez mayores para descubrir la semilla escondida que tantos frutos ha producido ya en la tierra que es el hombre. Desde Jerusalén en ruinas hasta el humilde nacimiento en Belén, desde el desierto de los desterrados hasta el del bautismo, todo nos está incitando a ir más allá.

En este itinerario se perfilan tres etapas. Tiempo por venir, en el que la voz de Isaías no cesará de proclamar la llamada del Dios que se acuerda. Tiempo del precursor, en el que el profeta nos convocará al desierto para señalarnos al Esposo, al Dios de la Alianza. Tiempo de los alumbramientos, en el que el Espíritu envuelve a la Virgen y a la estéril para alumbrar el manantial que estaba prometido a nuestra esperanza. Se abre el Adviento con unos oráculos de restauración política, y se cierra con la contemplación de un rey manso y humilde de corazón. Pero entretanto habremos seguido a Juan, la señal de que «Dios se ha compadecido».

Isaías. El destierro. La restauración. Hoy, el clima de crisis hace que los hombres retornen, como de modo espontáneo, a un vocabulario profético: hay que posibilitar el porvenir, preparar un mundo nuevo, hacer frente... ¿Para qué negarlo? Los grandes textos de los profetas están cargados de compromiso político; quizás, incluso son los únicos que formulan el sentido de una política que no queda atascada en las arenas de la desesperación, ya que hablan de un mundo según Dios. Si leyéramos a Isaías manteniéndonos ajenos a la miseria, la injusticia y la tortura que asolan el mundo de hoy, nuestro Adviento quedaría reducido a una oración inútil. La esperanza sólo es digna de fe cuando recoge el clamor de los desgraciados.

La esperanza que nosotros celebramos es la esperanza de un pueblo, pues la liturgia nunca es un acto individual. Pero sucede que lloramos como lloraron nuestros padres desterrados a orillas de los ríos de Babilonia... En otro tiempo, estábamos sólidamente anclados en la Ciudad... Hoy somos un pequeño resto... Para este pequeño «resto» proclama el profeta la Buena Noticia. Si la esperanza pretendiera apoyarse en la fuerza de los poderosos, ya no sería esperanza. Hoy hemos descubierto que la llamada al desierto es algo muy distinto de una poesía sin alma para turistas apresurados.

Si en la Biblia se estrecha continuamente el camino para llevar a Jesús, es que Jesús viene al corazón de los pobres, en pleno desierto, fuera de las murallas. Sorprende la actualidad de Juan Bautista: hubo un hombre enviado por Dios para proclamar la necesidad de la conversión y señalar al verdadero Mesías, sin ocupar el lugar de éste. Juan, un hombre humilde, como tiene que serlo la esperanza.

En el desierto, Juan tiene la ambición de reconstruir el Pueblo de Dios. Renace una comunidad; una Iglesia despojada del barniz fariseo y de las solemnidades sacerdotales; una Iglesia con la mira puesta en el advenimiento. Con el Bautista, la antigua Alianza culmina en un extraordinario golpe de efecto: «¡Viene nuestro Dios!». Pero esta cara visible del profeta no puede ocultar la otra, que es frágil y está tan próxima a nuestras preguntas: «¿Eres tú el que ha de venir?» Dramático interrogante éste, marcado por el temor a comprometerse a favor de un Mesías cuya ternura parece carecer de armas eficaces para derrotar al adversario. Eso no es un obstáculo; Juan es para nosotros el dedo que señala al Cordero de Dios. Sus dos manos, extendidas en ademán de ofrecerse, reciben la alegría del Esposo. En esta actitud le representa la iconografía oriental.

Viene... Nuestro itinerario se va estrechando y convergiendo hacia unas viviendas humildes, unas mujeres en estado y unas personas desplazadas. El Espíritu, que también sabe soplar huracanadamente, se hace discreta brisa mañanera. El Magnificat puede ser muy bien un canto de revolución; la ardorosa danza de la Visitación puede recordar el reencuentro con el Arca recuperada; ¡nada puede impedir a aquellas mujeres, María e Isabel, cantar y danzar, exultantes de gozo por unos hijos recién concebidos!

La esperanza es una niña que necesita que la lleven de la mano... ¡Pero es ella la que os lleva a vosotros! El Adviento acabará al llegar la Navidad. Nosotros iremos hasta el lugar de cita de los pastores, Dichoso el que cree en el nacimiento, es decir, en el futuro siempre posible. Isaías había anunciado: «la virgen da a luz un hijo...» El destino de los profetas es ése: ¡hablar sin saber! El nombre de Emmanuel canta dentro de nosotros como una esperanza loca. Dios está con nosotros con rostro de niño, pues los niños son los únicos que saben lo que quiere Dios.

«La justicia y la paz se besan... El lobo y el cordero se llevan bien». Se diría que es un juego de niños. Pero ¿no consiste la esperanza en vivir lo imposible como quien juega? ¿No nos dice Dios que construyamos el mundo sin tener más manual que nuestra imaginación? Además, no deberíamos impedir a los niños jugar...

DEL LUNES DE LA PRIMERA SEMANA AL MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA

EL TIEMPO DEL FUTURO Isaías, profeta del Adviento

Aparentemente, Isaías es el profeta más conocido y, desde luego, el más citado por los evangelistas. Y, sin embargo, el nombre de Isaías designa a varios autores, y los 66 capítulos que integran este libro son producto de una actividad literaria que se extiende a lo largo de varios siglos.

La crítica atribuye a un mismo profeta los capítulos 1 al 39, los cuales, por otra parte, no todos se deben a la misma mano. Su autor inició su predicación alrededor del año 740, en las postrimerías del reinado de Ozías, undécimo sucesor de David en el trono de Jerusalén. El relato que el profeta hace de su propia vocación explica lo esencial de su mensaje. En el templo, Isaías conoció por experiencia la trascendencia divina: para él, Yahvé es el «Santo de Israel»..., un Dios celoso que no admite rivales, un Dios oculto que desea dirigir la historia con la colaboración del hombre. El profeta exigió de sus coetáneos una fe viril que a veces desdeñaba la razón humana. Hombre de Dios metido en la política de su país, le tocó ejercer su ministerio en un período de la historia de Israel especialmente agitado. El reino de Salomón, de efímera existencia, estaba dividido en dos: Israel en el norte y Judá en el sur. Los sucesores de Salomón, debilitados ya de por sí por sus disputas intestinas, tuvieron que enfrentarse, además, a un enemigo exterior: Asiria. El año 732, Samaría había sucumbido a los repetidos ataques de Teglafalasar III.

Durante ese tiempo, el rey Ajaz, en Jerusalén, había pedido protección a su vecino asirio. Ahora bien, el momento en el que Ajaz se disponía a alienar la independencia de su país era el mismo en que el profeta había anunciado el nacimiento de Emmanuel (el príncipe Ezequías, quizá). Isaías, conciencia de la nación, no podía admitir, en efecto, que su soberano pusiera en tela de juicio la soberanía de la dinastía elegida. Más tarde se alzaría también contra Ezequías, cuando éste se proponga aliarse con Egipto... ¡contra Asiria! Al oportunismo político oponía el profeta las exigencias de la fidelidad; en su opinión, Dios quería la invasión asiria para castigar con ella los pecados del pueblo. Pero Jerusalén debía seguir siendo el centro del mundo y el único trono legítimo: mesianismo y papel universal de la Ciudad santa son dos temas que los discípulos de Isaías repetirán.

El año 587, Jerusalén sucumbió a los ataques de Babilonia, y la población noble siguió al último rey de Judá al destierro. Pero el destino es versátil, y la orgullosa Babilonia tuvo que capitular, a su vez, ante el poderío persa. Como los judíos propendían a ver en los acontecimientos una intervención del dios persa Marduk, un profeta anónimo —al que llamamos el Segundo Isaías— alzó su voz para recordar que Yahvé era el único dueño del mundo y de la historia (c. 40-55) y anunciar el final del destierro y el regreso al país. En efecto, el año 538, un decreto de Ciro puso punto final a la deportación.

El profeta describió el retorno de los exiliados con unos términos que evocaban un éxodo más maravilloso aún que el de Moisés. A los montes del Sinaí substituía una vía triunfal digna de la comitiva de un rey. Yahvé, que había abandonado Jerusalén para estar próximo a su pueblo en el destierro (Ez 10,18-22), tomaba aquella calzada para regresar a su ciudad. El año 537 regresó a Jerusalén un primer contingente integrado por lo más selecto de la nación, con el cometido de poner en pie a los supervivientes de Israel y llevar la luz a los pueblos extranjeros.

Sin embargo, aún estaba lejos la apoteosis anunciada. Los repatriados chocaban con la hostilidad de los que ocupaban el país; Jerusalén no estaba segura: la población miró esa apoteosis con malos ojos durante mucho tiempo, mientras que la restauración del templo iba para largo. Ante la ruina de las esperanzas judías, algunos profetas volvieron a preocuparse de salvar la obra del Segundo Isaías adaptándola a las nuevas circunstancias (cc. 56-66, denominados en su conjunto «Trito-Isaías», Tercer Isaías). Lo esencial de su mensaje ocupa los capítulos 60 al 62, que anuncian la resurrección de Jerusalén.

Varios profetas para un solo nombre; este hecho constituye por sí solo un símbolo. En efecto, si se vio que varios oráculos habían sido desmentidos por los acontecimientos, y si unos discípulos no vacilaron en rehabilitar la predicación de su maestro, el conjunto del mensaje profético da impresión de solidez y continuidad. Es preciso decir que los antiguos consideraban la profecía menos como una predicción que como una promesa, «que conserva su actualidad mientras no se ha cumplido plenamente» (P. Grelot). La fe misma de Israel hacía posible tal extensión, pues ante todo creía en la fidelidad de Dios; para él, la garantía divina persistía por encima de las vicisitudes de la historia. ¿No repetía Isaías: «La hierba se seca, la flor se marchita, pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre» (40,8)?

**Dios que consuelas a tu pueblo,
Señor, ten piedad.
Pastor que levantas del suelo a los débiles,
Cristo, ten piedad.
Jesús, manso y humilde de corazón,
Señor, ten piedad.**

*
**

**Te damos gracias, Dios y Padre nuestro
y cantamos tus maravillas.
Tú llenas los abismos que se abren entre los hombres,
tú trazas el camino en el laberinto de nuestros atolladeros,
y tu mano conduce al exiliado hasta su casa.
Como el sol es fiel a su cita con la aurora,
así haces tú renacer al hombre,
cubres con tu gloria al miserable
y pones en su frente
la diadema de los hijos de Dios.
Escucha, Señor, al universo entero
que se hinche de alegría
para aclamarte y bendecirte.**

*
**

**Cuando vienes a nosotros, Señor,
el amor y la verdad se encuentran
la justicia y la paz se besan.
Ven una vez más a unir nuestras manos,
para que construyamos juntos
la ciudad en la que todo forme cuerpo
en la unidad del amor.**

*
**

**Ya está en medio de nosotros
el que es un don de tu gracia.
Señor, Dios nuestro,
tú has puesto en nuestras manos
el cuerpo de tu Hijo,
entregado por el mundo.
Te pedimos que su presencia sea nuestra luz
y que acudamos sin tardanza
a la cita con tu amor.**

EN EL CORAZON DEL MUNDO

Isaías 4, 2-6 (ciclo A). *¡Después de la lluvia, el buen tiempo! El profeta describe un porvenir rico en promesas. Con todo, aunque el comienzo de su actividad había coincidido con un período de prosperidad en el reino de Judá, ese bienestar había acarreado injusticias de todo tipo que él había denunciado.*

Sin embargo, si la conducta de Judá justificaba sobradamente las desdichas que la afligían, el profeta seguía convencido de que un «resto» sobreviviría. Ese día, Jerusalén recibirá sus atavíos de gloria, no ya lujosas alhajas (ver 3,16-17), sino favores divinos. Ese resto fiel será, a un mismo tiempo, el «germen» de Yahvé y el «fruto de la tierra.

Antes, Yahvé habrá pacificado Jerusalén y sus arrabales con el fuego y el viento, como se separa el grano de la paja. Entonces podrá habitar de nuevo en su ciudad y cubrirla con su sombra. Se renovarán los prodigios del antiguo Exodo y, como en el Sinaí, se establecerá una alianza bajo el dosel nupcial.

Isaías 2,1-5 (ciclos B y C). *Jerusalén, la ciudad santa... Sus piedras, enrojecidas con la sangre de los sacrificios, han visto desfilar multitudes de peregrinos, llegados a ella para aprender de los sacerdotes la alabanza y una norma de vida.*

Jerusalén (Ierûshâlayim), la ciudad de la paz... La procesión de los pueblos hay que descifrarla a la luz del Apocalipsis; se dirigen a la ciudad «donde nadie tendrá necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios alumbrará a todos» (Ap 22,5). Será un reinado universal, cuando todas las naciones acepten el arbitraje de Dios.

Salmo 121. *Lo cantaban los peregrinos al abandonar Jerusalén: recordaban los hermosos días pasados en la ciudad y rogaban a Dios que les concediera la paz.*

Mateo 8,5-11. *Cielos nuevos, tierra nueva: ha llegado el tiempo del cumplimiento. Un centurión romano acude a Jesús para suplicarle que sane a su criado. Con toda delicadeza, le sugiere una curación a distancia: de*

esa forma no quedaría impuro Jesús, al no tener que tocar a un no-judío. Pero aquel centurión es, además de militar, hombre de espíritu profundo: como él depende de una autoridad superior, tiene el presentimiento de que la palabra de Jesús pudiera proceder también de un más allá. Por eso Jesús no oculta su admiración ante aquella actitud: los que heredarán el Reino son los verdaderos hijos de Abraham, el creyente.

*
**

¡Ven, divino Mesías...! El Adviento que empezamos es un grito, una oración y una espera. Sin embargo, ¡no faltan los mesías en nuestros días! ¿Hay que esperar a otro que triunfe donde han sido tantas las esperanzas frustradas? Mesianismos políticos, sociales, económicos, religiosos: siempre se presentan como otras tantas fuerzas, como poderes atractivos, como la solución al marasmo de los hombres. Todos esos mesianismos reclaman para sí una obediencia total, sin condiciones. Y uno tras otro van derrumbándose, asfixiados por su totalitarismo. Así sucumbió en otro tiempo la soberbia Jerusalén bajo el peso de su prestancia, en el mismo lugar en que los sacerdotes veían llegar la inmensa multitud procedente de todos los pueblos...

Pero el mesianismo cristiano no se apoya en una fuerza humana; tiene sus raíces en la palabra de los profetas, que incansablemente fueron repitiendo: «¡Convertíos, volved a vuestro Dios!» El Mesías que nosotros invocamos es el de los pobres y de la paz; Mesías para el hombre que ha experimentado la vanidad del orgullo y de la suficiencia. Mesías que recorre nuestros caminos y viene a salvar lo que estaba perdido. «Señor, no soy digno... pero basta una palabra tuya...»

Siempre hay en el mesianismo una parte de utopía. De nosotros depende que esa utopía se haga realidad: ¿tendremos humildad suficiente para considerarnos pobres, sin derecho, sin poder? De ser así, ese día «¡no alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra!».

Sí, te damos gracias,
Dios, justicia nuestra, esperanza del mundo.
Tú creaste al hombre
para que compartiera con sus hermanos
el amor, la paz y la dicha.
Y cuando él se aparta de tí,
preso de las inquietudes de la vida,
tú le das a tu Hijo,
entregado para remisión de los cautivos.
Por eso nosotros alzamos nuestras cabezas
cuando ya el alba se anuncia en el horizonte
y cantamos con todos los santos:
«¡Ven Señor Jesús!»,
y te aclamamos sin cesar.

*
**

Tú que vienes a traer la paz al corazón del hombre,
Señor, ven a nosotros.
Tú que te cuidas del pobre y del oprimido,
Cristo, quédate con nosotros.
Tú, en quien reposa el Espíritu de fortaleza,
Señor, transfórmanos.

*
**

Dios y Padre de la vida,
¡bendito sea tu nombre!
Dios de nuestros gritos de alegría
y Dios de nuestras lágrimas,
¡bendito seas!
Tú no has hecho al hombre
para encerrarlo en la muerte;
tú vienes a nuestro encuentro,
y la vida te precede cantando.
Dios de la promesa,
Dios de la esperanza,
nosotros te bendecimos.
Tú conoces el rumbo de nuestros inciertos pasos;
tú no nos abandonas
cuando se frustran nuestras esperanzas;
tú haces que brillen sobre nosotros
la luz y el consuelo:
por eso te damos gracias.
Sí, ya podemos ascender a los collados
y proclamar tu Buena Nueva
cantando.

Martes de la primera semana

LOCA ESPERANZA

Isaías 11,1-10. Cuando el rey Ajaz reforzaba el sistema defensivo de Jerusalén, Isaías le invitó a poner su confianza más bien en el endeble signo del Emmanuel. Pero el rey y sus consejeros prestaron oídos sordos a la invitación del profeta, quien por tal motivo renunció a hablar durante algún tiempo.

¿Se puede identificar, sin más, al Emmanuel con el príncipe Ezequías? Todavía hoy siguen estando muy divididos los críticos. En cualquier caso, lo cierto es que, en una época particularmente sombría para la nación, Isaías proclama que Dios «estaba» en todo momento «con» su pueblo.

Por otra parte, el profeta volvió a hablar muchas veces de este tema tan de su gusto; incluso tomó del lenguaje de los escribas los rasgos que le permitían bosquejar el retrato del héroe esperado. Este no sólo dará pruebas de inteligencia y carácter, sino que, atento a cumplir sus deberes sagrados para con Dios y el pueblo, restaurará el viejo ideal monárquico de justicia e integridad. En el fondo, su régimen hará que vuelva la edad de oro del paraíso terrenal, cuando los animales vivían en buena armonía entre ellos y con el hombre. ¡Hasta la serpiente, el enemigo antiguo, se iba a volver inofensiva!¹

El salmo 71 describe al rey ideal. Es el padre de sus administrados, a los que garantiza bienestar y prosperidad.

Lucas 10,21-24. En realidad, los profetas sólo tuvieron un conocimiento velado de los tiempos mesiánicos; la revelación del misterio estaba destinada a los herederos del Reino, a «la gente sencilla». Jesús puede dar gracias por ser sólo los «pobres de Yahvé» los que leen los signos y tienen acceso cerca de Dios. Por otra parte, su acción de gracias recuerda la bendición de Dan 2,20-23: al igual que los magos de Caldea, los fariseos y los escribas, no obstante su ciencia, son incapaces de descifrar los signos de la venida del Reino.

1. Para más indicaciones acerca del Emmanuel, cf. 20 de diciembre.

Una loca esperanza se apodera de nosotros: «He aquí que vienen días de justicia y de paz». Pero esos días ¿dónde están? ¿Qué es lo que va a cambiar con este Adviento? «¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis!» Pero ¿qué es lo que vemos?

Otro tanto sucede con la esperanza: si no tuviera algo de locura, ya no sería esperanza... Los prudentes, los sabios, los jefes de Estado no la necesitan. En cambio, para los pobres, un rayo de sol, una palabra de consuelo, una mano tendida, valen más que mil tratados de paz. Saben descifrar lo invisible, porque están habituados a vivir al nivel de lo imperceptible. Acaso se diga de ellos que son demasiado crédulos, pero con Jesús ¡están en buena compañía!

¿Habéis visto uno de esos árboles que, adelantándose excesivamente a la estación, empiezan a echar brotes demasiado temprano? Si cae una fuerte helada, ese árbol ya no dará fruto... Es verdad; pero su audacia es señal de una primavera que, no obstante el invierno, al fin llegará. Necesitamos esperanza, ¡aun cuando sea un poco loca!

«Saldrá un vástago del tronco de Jesús..., juzgará a los pobres con justicia, con rectitud a los desamparados». Vino Jesús, y vino sin armas, servidor sin corona. Hoy viene al corazón de la gente humilde que le aguarda. El lobo habitará con el cordero; ¿y el hombre con el hombre?

¿Y por qué no, hermanos? De ti depende que acojas al Espíritu de Dios. Aún está Jesús enhiesto en cruz, como un estandarte para los pueblos. Dichoso el que camina poniendo sus pies sobre las pisadas de Jesús para dar consistencia a la esperanza, débil brote en tronco desnudo, aurora de una primavera en medio de la noche ¡que no puede durar siempre!

*
**

**¿Quién hará justicia al oprimido?
¿Quién resolverá con rectitud
en favor del pueblo abandonado?
Señor, tú eres ternura y suavidad,
y tu corazón sabe comprender
las penas de los humildes.
Acuérdate de tu amor
y endereza a quienes se tambalean
por el camino,
porque tú eres nuestro Salvador
por los siglos de los siglos.**

Miércoles de la primera semana

EL BANQUETE DE LOS POBRES

Isaías 25,6-10a. *El capítulo 25 forma parte de un conjunto denominado ordinariamente «apocalipsis de Isaías» (cc.24-27), en el que piezas narrativas alternan con elementos líricos. El capítulo 24, que describe la confrontación entre las fuerzas del mal y las del bien, finaliza con el anuncio de la victoria divina. A partir de ésta, Yahvé reina en el monte Sión, en Jerusalén.*

Allí dispone un banquete para todos los pueblos. En ese banquete sirve los más suculentos manjares, los que normalmente estaban reservados a la divinidad. En efecto, es una comida de fiesta, como las que se tomaban en compañía de Yahvé en los sacrificios de comunión. Incluso se rasga el velo que cubre los ojos de los paganos, de manera que pueden ver a Dios a cara descubierta. Nos hallamos ante una vieja imagen del simbolismo bíblico, según la cual el alimento y la bebida proporcionan la visión beatífica. Desde ese momento, ¿qué cosa hay más natural que cantar el propio agradecimiento? A la esperanza sucede el júbilo.

Salmo 22. *Originariamente era un salmo de confianza. Pero, después de la Sinagoga, la Iglesia ha hecho de él un canto de entrada en la tierra prometida, evocada por las «verdes praderas». Es verdad que las imágenes del vino, del trigo y del aceite nos orientan hacia la eucaristía.*

Mateo 15,29-37. *¡Sí, el Reino de Dios está cerca! Jesús toma a su cargo las enfermedades y las dolencias humanas. Son borrados los pecados y se pone la mesa para todos los hombres; para ocupar un puesto en ella se requiere una sola condición: creer en Jesucristo. Así logró de él la Cananea la curación de su hija.*

Jesús preside la mesa del Reino. Como en otro tiempo Yahvé alimentó a su pueblo en el desierto, hoy Jesús da a comer su «carne». Toma unos panes, da gracias y los reparte. En este relato está presente la Pascua entera: Pascua del desierto para las doce tribus y Pascua de la historia, que reúne a todos los hombres.

CIUDAD INEXPUGNABLE

«¡Venid, todo está preparado para el banquete!» Cuando Dios viene, lo hace para colmar de bienes a los hambrientos, para dar plenitud de vida a los que ardientemente aspiran a ella: ¡cojos, ciegos, lisiados, pobres! Para ellos toma Jesús los siete panes y los multiplica hasta el infinito, a la medida del hambre de aquella gente y de su propia generosidad. Para ellos prepara Dios un banquete digno de las mayores festividades.

¿Os ocurre con frecuencia que asociáis la idea de Dios a la de suculentos manjares y vinos embriagadores? O, lo que es lo mismo, cuando deseáis vivir a fondo, con todo vuestro ser, ¿pensáis en Dios? ¡Es que Dios y la Vida son una misma cosa!

Dios viene para los pobres. Lo decimos muchas veces, pero ¿aceptamos nuestra propia pobreza? No ya la pobreza de ser pecadores, sino esa otra pobreza a más radical de ser lisiados, de haber sido heridos por una vida que exigimos con todo nuestro ser y que nunca se nos da más que a medias. Una pobreza que nos envuelve como un manto de luto. Aceptar esta pobreza es ponerse a clamar a Dios. Porque Dios viene a transformar nuestro luto en danza, y nuestro desierto en mesa de privilegio. ¿Cómo vamos a encontrar a Dios si no clamamos por la vida como el ciego clama por el sol?

Desear, esperar, y después exultar, comulgar. Estas son las palabras de la pobreza. Jesús ha dispuesto la mesa para los pobres: «¡Si alguno tiene hambre, que venga!». En el camino de nuestros desiertos, la eucaristía es la mesa de la esperanza y la fiesta de los pobres. ¡Dichosos los invitados a ella! ¡Dichoso el que abre las manos con deseo ardiente de vivir! ¡Dichosos los que lloran cuando el Señor viene a enjugar las lágrimas de los rostros! Este es el gesto de la ternura, el gesto de Cristo cuando toma en sus manos el pan para poner en las nuestras su cuerpo entregado. «¡Sí, ven, Señor Jesús!».

*

**

**Te damos gracias, oh Dios, nuestra esperanza,
por Jesucristo, tu Hijo amado,
que vino a reunir a los que se iban,
sin rumbo, al desierto del abandono.**
**Bendito seas tú,
oh Dios que colmas el deseo del hombre,
Dios que haces brotar la vida
más fuerte que la muerte y
más dulce que las lágrimas.**
**Ante esta mesa de fiesta,
preanuncio del banquete de tu Reino,
te bendecimos, Dios y Padre de los pobres,
con todos cuantos ponen en ti su esperanza.**

Isaías 26,1-6. «¡Mejor es refugiarse en el Señor que fiarse de los hombres!». *La ciudad pagana había confiado en el espesor de sus murallas; ahora yace como un montón de estiércol.*

El punto de partida del «Apocalipsis de Isaías» fue, al parecer, una devastación del territorio moabita. ¡Qué alegría para Israel ver por tierra a su viejo enemigo!... Ante el anuncio del desastre, los habitantes de Jerusalén se congratulan tanto más vivamente cuanto que les cabe la suerte de vivir en una ciudad fortificada naturalmente y provista, además, de doble muralla. Aparte de esto, confía en Dios; Yahvé, la roca eterna, guarda la ciudad. Jerusalén, puedes alegrarte: la ciudad inaccesible ha sido abatida, ¡pero tú puedes abrir tus puertas!

El salmo 117 conserva el recuerdo de una ceremonia de acción de gracias celebrada en el templo. Las puertas se abren ante el peregrino, rodeado de sus familiares y amigos, y los sacerdotes de servicio le felicitan por haber preferido la fuerza de Yahvé a la de los poderosos de la tierra.

Mateo 7,21.24-27. Jesús pone punto final a su enseñanza en la montaña. Advierte categóricamente a los que querrían reducir su palabra a un mero objeto de análisis y de discusión. Su palabra es palabra de vida, y el hombre debe dejarla fructificar en sí.

La roca desnuda, la arena y el torrente de agua que se precipita sobre el reseco lecho son otras tantas imágenes que le sirven a Jesús para ilustrar un pequeño apólogo en alabanza del hombre previsor que construye su casa sobre valores seguros. Pero ¿qué valor más seguro que la persona de Jesús, a quien el salmo 117 llama la piedra angular?

«¡Tenemos una ciudad fortificada! ¿Quién podrá derrocarlos?... ¡Somos dueños de la mitad del mundo! ¿Quién podrá igualarnos?» Extensa letanía del orgullo humano, en la que van desfilando los títulos de seguridad, seguidos, como un estribillo, por el eco de las guerras, el clamor de los explotados y la muerte de los oprimidos. Basta que se produzca una inesperada devaluación del oro, y veréis temblar en sus cimientos a esa gente que vive en nuestras ciudades cimentadas sobre arena. ¿Acaso no se escribe la historia sobre la base de las civilizaciones destruidas?

Pero el hombre es incorregible, y media un abismo entre nuestros relatos de historia y la Historia vista desde el lado de Dios, en ese Reino inaudito en el que la gente pobre goza de consideración y los humildes rebosan de alegría. «No tenemos aquí ciudad permanente... Nuestra morada está destinada a permanecer eternamente»... ¿Construimos para cien años o construimos para siempre? ¿Cuál es nuestra Jerusalén? ¿La que se jacta de tener muro y antemuro o «la que baja del cielo engalanada como una novia ataviada para su esposo»? ¿Ciudad protegida contra la guerra o ciudad inerme abandonada al amor? ¿Ciudad de los hombres o ciudad de Dios? «Los que confían en el Señor son como el monte Sión», dice otro salmo. Pero un día, Sión fue, a su vez, arrasada... ¡El que pone su confianza en el Señor no morirá jamás!

Hombre, ¿en qué tienes puesta tu confianza? ¿En el dinero, en el poder, en la seguridad...? Sábetelo que tu derrumbamiento será total. Porque sólo hay un valor seguro, y ese valor se llama «Dios».

*

**

**Tú construyes sólidamente la paz, Señor,
para quienes confían en ti.**

**Te pedimos
por los responsables de la paz entre los pueblos,
para que construyan el futuro
sobre la roca de la justicia;
por los que poseen los bienes de este mundo,
para que abran a todos las puertas del bienestar;
por los cristianos que invocan tu nombre,
para que traduzcan su fe en actos de amor
y de solidaridad con los más pobres.**

Viernes de la primera semana

LA MUERTE DE LOS TIRANOS

Isaías 29-17-24. «Mirad este país que Yahvé dio a vuestros padres...» *La injusticia y la opresión reinan en todas partes; la administración está corrompida, y los pobres no disponen de recurso alguno contra la arbitrariedad. En efecto, un «tirano», es decir, la pandilla de los bien provistos y de los consejeros regios, tapa la iniquidad de las sentencias dictadas por los tribunales del rey. Ya no se presta atención a la palabra de Dios; por el contrario, los aduladores están bien instalados. ¿Es ése el reino de la justicia y de la santidad?*

Pero Dios va a derribar a los que así se mofan de él. La transformación será radical. El Líbano llegará a ser como el Carmelo; el bosque soberbio no será más que un huerto. Entonces los ciegos verán y los sordos oirán; entonces los pobres exultarán en el Señor. Fiel a sus promesas, Yahvé habrá borrado la vergüenza de la casa de Jacob.

El salmo 26 podría ser la oración confiada de un hombre acusado de homicidio. Refugiado en el templo, protesta de su inocencia y apela a Dios.

Mateo 9,27-31. Dos ciegos en el camino. En Mateo, suceden a los leprosos, al hijo del centurión y a la suegra de Pedro, así como al endemoniado, al paralítico, a la hemorroísa y a la hija de Jairo... ¡Una verdadera corte de los milagros! Pero ¿no es eso el reino de Dios? Dios que se acerca a los hombres y toma a su cargo sus enfermedades y sus pecados.

Unos ciegos ven y unos hombres levantan la cabeza. La muerte es vencida, así como la tiranía que ejercía sobre la humanidad. Cuando unos hombres y mujeres reconocen en Jesucristo al Hijo de David, una comunidad se eleva a la vida de la gracia.

¡Qué fácil es hacer que se condene a los pobres y a los sencillos que ni siquiera conocen sus derechos! Les arrojas un poco de polvo a los ojos y quedan cegados y entregados en manos de quienes no buscan más que hacer caer a los inocentes. Ya se puede recitar ante ellos el libro de la ley: para ellos no pasa de ser letra muerta. ¿Quién les dará la clave para poder orientarse? Generación tras generación, así se burlan de Dios y de los hombres los tiranos. Tiranía que aquí y allá reviste aspectos gigantescos, en los que pueblos enteros son humillados; pero tiranía asimismo insidiosa que, en pequeña escala, se conforma con hacer tropezar, uno a uno, a los pequeños. «¡Mentid, mentid..., siempre queda algo!».

«Un poco de tiempo todavía, dice el profeta, y todo eso va a cambiar». Pero los pobres se preguntan: ¿cuándo va a ser eso? Y su noche se alarga... hasta un día en que por el camino pasa alguien que les dice simplemente: «¿Crees que puedo hacer eso por tí?». Entonces Jesucristo abre los ojos a los ciegos. Es el final de los tiranos. ¿Cómo? Jesucristo explica a cada hombre la dignidad de serlo, y basta con que un hombre alce la cabeza ante el opresor para que quede derrotada la tiranía, pues ésta no ha alcanzado su objetivo, que no era otro que degradar al hombre. Jesucristo explica al mundo el amor de Dios, y basta un vislumbre de amor para que el poder y la maldad sean vencidos.

«Un poco de tiempo todavía, muy poco tiempo, dice el Señor». Hermano, déjale a Dios abrir tu corazón, y verás cómo tu pobreza es un manantial de felicidad. Sólo que no vayas a contárselo a todo el mundo: ¿quién te comprendería? Hace siglos que los tiranos creen que dirigen el mundo: pobres ciegos... Con los ojos abiertos cuanto pueden, no ven más que tiniebla. Pero para nosotros ha despuntado el día; el día de una luz interior.

*
**

**Oh Dios que tomas partido por el débil,
te suplicamos:
abre nuestros ojos para ver la miseria de los hombres
y transforma nuestro corazón,
a fin de que, dando testimonio de tu justicia,
seamos artífices de un mundo nuevo
en el que brille tu luz para siempre.**

Sábado de la primera semana

ESTRELLAS, SOL Y BUENA NOTICIA

Isaías 30,19-21.23-26. El pueblo se ha rebelado contra Dios. Hijos rebeldes, los Israelitas se niegan a obedecer a la Ley. Incluso llegan a pedir a los profetas que pronuncien tan sólo oráculos halagüeños. Por eso no se hace esperar el castigo: la erguida testa de Israel será quebrada (v.14).

A pesar de ello, Isaías anuncia la reconciliación. En efecto, en cuanto Yahvé vea los primeros signos de arrepentimiento, perdonará. En la miseria, dará el pan y el agua, y la voz de los profetas se dejará oír de nuevo. Lluvias abundantes, tierras fértiles y rebaños prósperos son otras tantas señales de la divina benevolencia. El «forraje salado» mencionado en el salmo es un alimento especialmente apreciado por el ganado: un proverbio árabe dice que el forraje dulce es el pan de los camellos, y el forraje salado es su mermelada.

La descripción final se tiñe con una coloración apocalíptica. Cuando las orgullosas murallas sean derribadas, obras de regadío llevarán el agua a las colinas, mientras que los astros brillarán con inigualado resplandor.

El Salmo 146 es un himno de alabanza a la misericordia divina. El Señor sana los corazones destrozados y venda las heridas.

Mateo 9,35—10,1.6-8. Las muchedumbres están postradas como ovejas sin pastor. El Antiguo Testamento ha descrito muchas veces el errar de los hombres cuando son abandonados por sus legítimos dirigentes. A esos hombres viene Jesús a anunciar el plan de Dios. Poseedor de una autoridad única, que se manifiesta en palabras y en obras, se la transmite a un grupo de doce discípulos, en los que están presentes todos los hombres que reconocerán en Cristo el cumplimiento de la promesa divina. Gracias a su ministerio, calcado del del Maestro, sobrevendrá el juicio: exorcismos y curaciones son los signos de la victoria sobre el mal. Subrayemos que, antes de transmitir su autoridad a los Doce, Jesús oró a su Padre. Este hecho pone de relieve que la misión cristiana no es obra humana; está animada por el Espíritu. Y si los discípulos son confirmados en su papel de apóstoles, no se debe a mérito alguno de su parte. Si recibieron gratuitamente, deben dar de la misma manera.

EL DESIERTO FLORECERA

«El Señor cuenta el número de las estrellas; sana los corazones destrozados» (Sal 146). La relación entre la astrología y el consuelo de los afligidos no data de hoy; pero ¿qué son los innumerables «Señor Sol» ante el Dios que «hará brillar el sol —¡en aquel día!— siete veces más que lo ordinario?». ¿Qué tiene que ver la Buena Noticia de Dios con todos los inventores de buenas noticias, hacia los que corren tantos corazones desamparados? Y al cabo, la Biblia (sobre todo en su tradición apocalíptica) ¿no será más que una mixtificación suplementaria? ¿Pasaría el «misterio» de Dios por la bola de cristal de los astrólogos?

La cuestión es seria, porque, diga lo que diga al respecto el Evangelio, los enfermos no siempre son sanados (radicalmente), los muertos no resucitan hoy más que ayer, y si la lepra retrocede (bien poco, a decir verdad), es gracias a la medicina y a la abnegación de los hombres. Que se nos dispense, sobre todo, de esas traducciones del Evangelio falsamente espirituales que no dan la talla delante de la enorme miseria física de los que sufren. El cuerpo del hombre no es un producto inútil, y la promesa de un consuelo celestial (más tarde, ¡siempre más tarde...!) me deja con mi hambre y con mis lágrimas. Y eso, en el nombre mismo de la Biblia.

Es indudable que Jesús y los suyos curaron enfermos, pero siempre conforme a la creencia de la época, según la cual el alma y el cuerpo no eran extraños el uno al otro. Por otra parte, se vuelve a esa mentalidad. Pero no debería ser para incurrir en mixtificaciones neuróticas. ¿Comprenderemos algún día que la medicina, la preocupación por los hombres y la ternura del corazón, aliadas con la ciencia que investiga, son la única y auténtica traducción del Evangelio? El sol que brilla incesantemente es una imagen... Dios enjugando las lágrimas del que llora es la realidad. Y la una llama a la otra. Es preciso, además, que seamos los multiplicadores de ese Dios que se compadece de la humanidad abatida y desamparada. ¿No será el Adviento el tiempo en que Dios convoca, a todos los que quieren un mundo nuevo, al corazón mismo de un realismo comprometido? ¿Son esos, quizá, los únicos que viven sin trampas la verdadera poesía de Dios?

Recordad la vieja canción de las veladas alrededor de la lumbre...» ¿Has contado las estrellas?... ¿Sabes cuántas hay en la tierra!». Sí, si Dios «llama a cada una por su nombre», es que para él cada ser humano es una estrella que él quiere ver brillar en la noche. ¿Y nosotros?

Isaías 35,1-10. A los capítulos 34 y 35, posteriores al conjunto del libro de Isaías, se les ha llamado el «pequeño apocalipsis». Nacieron de un mismo acontecimiento: el capítulo 34 refiere la destrucción de los Edomitas, y el 35 muestra el alivio de los Judíos ante la ruina de sus enemigos.

Pero, progresivamente, este capítulo ha sido interpretado menos como una victoria de guerra que como la venida de Yahvé en medio de su pueblo. Aquel día, la naturaleza exuberante armonizará con la alegría de Jerusalén. El agua fecundará el desierto, y la hierba seca cederá su lugar a la caña y al papiro de las marismas. Por en medio de esta campiña risueña avanzará una vía sacra, vedada a los impíos y a salvo de las bestias salvajes. En esta vía —¡qué gran milagro!— no temblarán más los hombres, sino que avanzarán por ella con seguridad. Dios habrá visitado a su pueblo.

Salmo 84. Los vv. 10 al 14 evocan la respuesta de Yahvé a la oración del pueblo que le pide la vida y la alegría. Anuncian una nueva era, en la que vendrá Dios a habitar el país.

Lucas 5,17-26. Jesús y Simón Pedro están el uno frente al otro. Como hizo Dios en tiempos pretéritos con los antepasados, Jesús dirige al discípulo una palabra de perdón y de bendición. «Apártate de mí, Señor, que soy un pecador. —No temas, desde ahora serás pescador de hombres».

Es también un ofrecimiento de reconciliación. Israel, forzoso es reconocerlo, a menudo anduvo descarriado por los caminos de la idolatría y de la injusticia. Sin embargo, si siempre fue consciente de sus traiciones, el pueblo nunca dudó de la fidelidad de su Dios. Al contrario, siempre contó con su perdón. Sabía que Dios le libraría de sus obsesiones, lo mismo que había librado de la esclavitud egipcia a los antepasados. Cuando robusteció las rodillas del enfermo, Jesús realizó un signo para Israel: secó la fuente del desorden que minaba la creación y restableció al pueblo en la alianza.

«Hemos visto florecer en nuestros desiertos las flores de la ternura, hemos visto brillar en el universo el alba de una paz nueva». Los niños traducen espontáneamente esta poesía enraizada en la Biblia, y, cuando se les pregunta dónde han visto tal cosa, citan a las gentes buenas y sencillas en las que «la justicia y la paz se besan». ¿Serán los niños los últimos supervivientes del Reino?

El hombre tiene que empezar por reconocer su desierto. Desde el Sahel al Nordeste, desde nuestros suburbios de chabolas a los hospitales psiquiátricos, la tierra es árida, la gente enloquece, las rodillas se doblan y la muerte impera como reina y señora. ¿Por qué es el desierto el lugar de cita preferido por Dios, sino porque él viene siempre como un manantial de vida y de renovación? Además, es preciso que el hombre se avenga a reconocer que necesita ser salvado, y que su pecado, hoy, ha convertido el mundo en un desierto abandonado a demasiadas ferocidades...

«Decid a los cobardes de corazón: sed fuertes, no temáis, mirad a vuestro Dios». Viene y mira con ternura a un miserable paralítico; pone en su rostro una felicidad sin fin. El hombre salta de alegría y da gracias a Dios. Vía sacra que Dios traza en nuestras tierras resacas cuando aparece el Hijo del hombre. Su rostro es un manantial de vida para los pobres que él ama. Hermano, ¿no crees que el desierto puede florecer tan pronto como el hombre mire al hombre con amor? ¿Van al fin la justicia y la paz a abrazarse «para alegría de todos los pobres»?

*

**

**Nuestras manos han trabajado, pero en vano;
nuestras rodillas se doblan, nuestras fuerzas se agotan.**

**Al vernos humillados, hemos gritado,
y tú nos ha oído, Señor.**

**Habla de nuevo a nuestro corazón
y da vigor a nuestra debilidad,
tú que das vida a la tierra árida.**

Martes de la segunda semana

DIOS DE TERNURA

Isaías 40,1-11. *Los primeros versículos del capítulo 40 forman un prólogo a varias voces que da el tono al conjunto de la obra del «Segundo Isaías», denominado frecuentemente «Libro de la Consolación». Desde el año 587, Jerusalén lloraba amargamente su pecado, pero hoy es expiada su culpa, y unos mensajeros anuncian el fin de su destierro. Israel y las demás naciones van a ser testigos de un éxodo más maravilloso aún que el primero. En efecto, por una pista nuevamente trazada a través del desierto sirio, Yahvé va a ir delante de los exiliados de Babilonia, y pronto podrá anunciar Jerusalén a las ciudades de Judá: «Este es vuestro Dios».*

En realidad, el profeta proclama la fidelidad divina. Dios no se olvida de su pueblo y le cita en el desierto. Sabido es que el judaísmo posterior oirá la voz del profeta como una invitación al último retiro antes de la restauración final de Israel. Pero, en el camino de Dios, el precursor tomará figura humana. Primero se dirá del profeta Elías que camina delante de Dios; luego, de Juan Bautista se dirá que precede al Dios hecho hombre.

Salmo 95. *Emparentado con los himnos, este salmo canta el señorío de Yahvé. En él se invita sólo a los creyentes a depositar su ofrenda ante el trono del Rey; todo el mundo creado está de fiesta, pues el Señor viene a hacer justicia.*

Mateo 18,12-14. *«Como un pastor apacienta el rebaño». La imagen del pastor, frecuente en la Biblia, evoca la persona de Jacob caminando al paso de las ovejas. En esta imagen se había inspirado el profeta Ezequiel para estigmatizar a los jefes de Israel que desatendían el gobierno del pueblo, en lugar de poner a su servicio sus competencias (Ez 34). El profeta anunciaba también que Dios mismo vendría a ponerse al frente del rebaño y buscaría la oveja descarriada en los lugares altos de los cultos paganos.*

A la actitud de los fariseos, arrebujados en su justicia, Jesús opone la alegría de Dios, que prefiere la conversión del pecador a la satisfacción de los justos estancados en sus hábitos adquiridos. En la perspectiva de Ezequiel, Jesús invita a los discípulos a no omitir nada para reunir a los hermanos descarriados. Mateo, a su vez, insiste en el lugar único que cada cristiano ocupa en la Iglesia. Esta no es, en ningún caso, una colectividad anónima; todo cristiano está obligado a compartir la preocupación del Padre por los pecadores.

UNA CARGA LIGERA

«Consolad a mi pueblo, dice Dios»... Sí, Dios consuela a su pueblo. ¿Os habéis parado ya a pensar en la ternura de Dios? No quiere que uno solo de los humildes se pierda; como un pastor apacienta su rebaño. Nunca dejó de expresar la Escritura lo inexpresable, la ternura de Dios, maravillosamente unida a su poder. Sí, el Dios que viene y que alza arrogante su brazo victorioso, es también el Pastor que lleva en sus brazos los corderos y cuida de las ovejas.

En aquel tiempo, cuando el destierro en Babilonia había arrebatado al pueblo el último resto de valor, era necesario que Dios le consolara, que se pusiera al frente del gran cortejo que iba a atravesar el desierto para regresar al país. Valles que levantar, montes que abajar, escarpaduras que salvar y caminosos tortuosos que enderezar: no faltaban trabajos. Pero Dios, con una palabra que no podía fallar, prometía que él mismo se pondría al frente de la caravana y caminaría a su paso.

En nuestros días quedan muchas murallas por derribar y muchos obstáculos por superar para que el pueblo de Dios pueda vivir tranquilamente en su casa, en medio de un mundo pacífico, unido y fraterno. Un mundo en el que los más pequeños sean los más queridos, y las relaciones humanas pasen por el corazón más que por las armas. Muchas veces, la tarea parece imposible y vivimos como exiliados, lejos de un Evangelio que ha perdido su sabor de Buena Noticia...

«¡Consolad a mi pueblo!, dice Dios otra vez. ¡Alza la voz, tú que llevas la Buena Noticia!». Necesitamos, ante todo, descubrir de nuevo la ternura de Dios, su amor, su paciencia, su dulzura. Dejar que nos tome en sus brazos, reconocernos todos heridos por un mundo desviado. Porque he aquí que viene Dios y va a cambiar nuestra tierra. ¡Dichosos los que lo acojan con corazón sencillo y bueno! Ellos serán, con Dios, los artífices de la nueva paz.

*
**

**Sí, Padre, te damos gracias,
nuestros labios lanzan gritos de alegría
y cantamos las maravillas que haces por nosotros.
Tú llenas los abismos que separan a los hombres,
tú trazas un camino
en el laberinto de nuestras soledades,
tu mano conduce al exiliado a su morada.
Por eso el universo entero canta un cántico nuevo,
y el eco de nuestras voces le responde.**

Isaías 40,25-31. Una población sin coraje: eso parece muchas veces Israel en su destierro. No deja de repetir que ya no hay futuro ni salvación posible. Discute, lo pone todo en tela de juicio, acusa a Dios de haberle olvidado...

Entonces se alza el profeta, pues no puede tolerar semejantes reproches. El sentimiento de la fidelidad divina tiene que seguir siendo la piedra angular de la fe de Israel. Así pues, el profeta invita al pueblo a poner la vista más allá: Dios es el único, el incomparable, el santo. No tiene que rendir cuentas a nadie y prosigue, incansable, su obra de salvación. El es el dueño del mundo. Entonces, ¿por qué adorar astros y consultar horóscopos, como hacen los babilonios?

El salmo 102, estructurado como un himno, bendice al Señor por el favor con que rodea de continuo a los que confían en él.

Mateo 11,28-30. «El da fuerza al cansado, acrecienta el vigor del débil». Haciendo eco al profeta, Jesús habla para todos los que están alejados de Dios. En efecto, los escribas, al haber hecho extremadamente pesada la ley del Sinaí, prácticamente habían alejado de ella a la gente sencilla, que ya no podía encontrarse a sí misma. Jesús va a lo esencial, y descarga de obligaciones inútiles a los humildes. Su mandamiento es sencillo y, por lo tanto, la carga que resulta de él es ligera.

¿Quién no sueña con una vida sencilla, libre de las mil y una molestias que cada día le ensombrecen a uno la vida desde que se despierta? ¿Y qué decir de esas obligaciones religiosas, imaginadas para quién sabe qué humanidad perpetuamente al acecho de inauditas desviaciones?: Eso no se puede hacer... Cuidado con aquello... Con harta frecuencia, las leyes elaboradas por las gentes de Iglesia contienen ciertos resabios de sadismo, muy ajeno al Evangelio.

No es que predique la facilidad y la indolencia. El sabe mejor que nadie que el corazón del hombre necesita ser continuamente encauzado. Pero sólo él sabe también cuál es el camino para ello: su yugo es sencillo, fácil, esencial. Sí, la vida cristiana conlleva una carga, pero ésta, comparada con las cargas que los hombres imponen, es una auténtica liberación. ¡Esto lo entenderán los que han aceptado el yugo del amor!

Nada hay tan inverosímil como esa imagen de un Dios creador siempre tramando nuevas leyes para los hombres o, mejor dicho, ¡contra los hombres! Pero ¿no es ya de por sí la existencia una carga bastante pesada de llevar? Es verdad que el Dios infinito se interesa infinitamente por ese microcosmos que es el hombre; pero la manera de actuar de Dios está en las antípodas de los dioses inventados por los poderosos. Nuestro Dios es «manso y humilde de corazón»...Entonces, cuando ya no funciona ninguna otra cosa, cuando la religión te parece sobrecargada por el peso de la ley, piensa en esto y cobra nueva vida: Dios es manso, Dios es humilde. ¡El dueño de la vida es humilde!

*

**

**Por los hombres aplastados por el peso de su miseria,
ven, Jesús, dulce y humilde de corazón.**

**Por los hombres desanimados por el peso de la ley,
ven, Mesías de los humildes y los sencillos.**

**Por los hombres alejados de Dios por despecho y hastío,
ven, Jesús, rostro del Padre.**

*DEL JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA
AL VIERNES DE LA TERCERA*

EL TIEMPO DEL PRECURSOR

El segundo tiempo del Adviento está marcado por la figura de Juan Bautista. Todas las perícopas evangélicas están relacionadas con él, sin que las primeras lecturas hayan sido elegidas en función de los evangelios. Esto sucede de vez en cuando, pero se siguen leyendo amplios extractos de Isaías.

El amigo del Esposo

Hablar de Juan Bautista es hablar de la espera escatológica. Esta esperanza, hija de la ideología monárquica, tenía sus raíces en la fe en la fidelidad de Yahvé. Para el hombre de la Biblia, Dios es ante todo la roca, el refugio hospitalario, el escudo que cubre al fiel; pero, por otra parte, la obra escatológica aparece también como una réplica del acto creador. Yahvé va a crear «un cielo nuevo y una tierra nueva»; va a restituir al hombre la primitiva gloria de Adán. Pero antes el pueblo habrá conocido un nuevo éxodo: en efecto, como una larga marcha a través del desierto había precedido a la conquista de la Tierra prometida, así también un último retiro en la soledad deberá abrir el tiempo del fin.

Se comprende, pues, que al aproximarse la era cristiana la mayoría de los grupos religiosos hayan tenido que formar en el desierto a sus miembros. Por otra parte, tal exigencia estaba consignada en Is 40, que da comienzo al Segundo Isaías y que, juntamente con sus paralelos, parece haber inspirado el Judaísmo posterior.

Pero ¿quién vendrá a inaugurar la era escatológica? ¿Dios o su Mesías? En todos los grupos judíos se debatía esta cuestión, y cada uno de ellos estaba convencido de que, de haber Mesías, éste no podía nacer más que en su seno. Desde los fariseos a Juan Bautista, cada cual tenía su propia idea acerca del Enviado de Dios.

Juan se sitúa en el abanico formado por esas distintas agrupaciones. Pero, como muy bien advierte Lucas, el Bautista fue, ante todo, un don de Dios. En efecto, su madre había sido estéril durante mucho tiempo, como antes que ella lo fueron Sara, Ana y la madre de Sansón. Sin embargo, cada

una de estas mujeres había dado a luz, en su ancianidad, a una especie de héroe, signo de la presencia inalterable de Dios en su pueblo. Juan, don divino, recibió una misión de precursor y reconciliador a la vez (cf. Mal 3). Predicó la conversión y se esforzó por constituir el pueblo del nuevo éxodo. Para entrar a formar parte de su comunidad, adoptó el rito del agua, que, en su mente, no debía de ser otra cosa que el sello de un cambio de vida personal. Sin embargo, el Mesías que él anunciaba sería un juez, encargado de separar a los buenos de los malos.

El mismo Jesús recibió el bautismo de Juan y entró en el movimiento «juánico». Como los otros discípulos, predicó y bautizó. ¿Adquiriría pronto cierto ascendiente, especialmente entre los compañeros galileos? Lo cierto es que algunos no tardaron en considerarle un rival. Un día, refiere el cuarto evangelio en una bellísima página, hallándose Juan Bautista bautizando en Ainón, fue un discípulo suyo a hacerle saber algo que le parecía una competencia. La respuesta de Juan no se hizo esperar: «El que tiene a la novia es el novio; pero el amigo del novio, el que asiste y le oye, se alegra mucho con la voz del novio. Esta es, pues, mi alegría, que ha alcanzado su plenitud. Es preciso que él crezca y que yo disminuya». Juan sabía que su cometido había terminado; sólo le quedaba dar el testimonio supremo. En Maqueronte podrá repetir ante el verdugo: «¡Es él, el Cordero de Dios!».

Jueves de la segunda semana

ELOGIO DE LA VIOLENCIA

Isaías 41,13-20. *Agitación en el Cercano Oriente: el tornado persa derriba los imperios; las naciones enloquecen y buscan en vano la protección de sus dioses. Pero Israel no tiene nada que temer: si Yahvé ha suscitado a Ciro el Grande, es para librar a su pueblo. Israel, ayer sepultado entre los babilonios como un cadáver comido de gusanos, mañana se pondrá en pie en medio de los despojos y, a semejanza de lo que hace con la tierra el rastrillo, reducirá a polvo las montañas... Sí, alégrate, pueblo elegido de Dios: ¡te ha sido levantado el castigo! Para ti viste el desierto sus galas de fiesta y se llena la estepa de variadas esencias. ¡Alégrate y reconoce la mano de tu «redentor!».*

El salmo 144 es un himno que ensalza la ternura de Dios, que toma a su cargo la miseria de su pueblo.

Mateo 11,11-15. *Según la tradición, el profeta Elías no murió, sino que fue transportado al cielo en un carro de fuego. Su regreso, al final de los tiempos, había de preceder a la instauración del Reino. También la predicación de Juan Bautista hizo nacer en la población la esperanza de que Dios hablaba de nuevo a su pueblo. Parecía que los tiempos se habían cumplido: Juan era el nuevo Elías.*

Sin embargo, muy pronto nació una disputa entre los discípulos de Juan y los de Jesús. ¿Era el Bautista el Mesías enviado por Dios para preparar el advenimiento de los últimos tiempos o no era más que el precursor? En realidad, la alianza concertada por Jesús era superior, y aunque el Bautista superara en grandeza a todos los profetas, era menor que un discípulo del Reino.

«Desde los días de Juan Bautista hasta ahora, el Reino de los Cielos sufre violencia y los esforzados se apoderan de él». Esta frase enigmática recuerda a Mi 2,13: «El que abre camino subirá delante de ellos; lo abrirá, traspasarán la puerta y saldrán por ella; su rey pasará delante de ellos, Yahvé a su cabeza». Ya en la Edad Media se hacía este comentario: «El que irrumpe es Elías, y su rey es el descendiente de David» (cfr. D. Flusser). Elías ha vuelto en la persona del Bautista; Jesús es el rey-mesías, y los que se adhieran a él se apoderarán del Reino por la fuerza.

«El Reino de los Cielos sufre violencia...» ¿Habría sido para escapar a la rudeza de estas palabras evangélicas por lo que siglos enteros de insipidez espiritual han venido dándoles una interpretación exclusivamente moral?... Para entrar en el Reino hay que hacer muchos sacrificios... ¡sacrificios morales, interiores, ascéticos! La interpretación se queda un poco corta.

En Isaías leemos: «Los pobres y los indigentes buscan agua, y no la hay; su lengua está reseca de sed». ¿No es un escándalo que la violencia de la fe sea tan lenta en socorrerlos? Porque el Reino de Dios no es un salón destinado a almas piadosas; es un desierto a través del cual marcha Dios a la cabeza de los desterrados para conducirles a la libertad. ¡Qué violencia hay en él! ¿Y qué fuerza no comunica a su pueblo, insignificante «gusanito», del que ha hecho un afilado rastrillo con el que triturar los montes y reducir las colinas a paja menuda? Dios se llama a sí mismo «redentor», y ese título suena a anuncio de combate.

El combate de Dios que transforma el desierto en jardín frondoso... Combate del hombre, en nombre de Dios, que transforma la indigencia del pobre en dignidad humana. Quizá en esto consista esa «violencia del Reino»... Pues, si es cierto que «el más pequeño en el Reino de los Cielos es más grande que el mayor de los profetas», ¿no es cierto también que la dignidad que el hombre tiene a los ojos de Dios nos llama al combate del amor? ¡De un amor que nada tiene de dulzón!

*
**

**Por los hombres sedientos de justicia y dignidad,
te pedimos:
haznos unos apasionados de la justicia y del amor.**

**Por los pueblos aplastados por la opresión,
te pedimos:
infunde en nuestros corazones la violencia de la verdad.**

**Por los profetas que libran el combate de la esperanza,
te pedimos:
aumenta cada día en ellos la fe.**

Viernes de la segunda semana

¡ENTRAD EN EL JUEGO!

Isaías 48,17-19. *El capítulo 48 alterna oráculos de salvación con palabras de censura. Con excesiva frecuencia, Israel se apartó de Yahvé en detrimento de su propia felicidad, pues su salvación estaba en obedecer las instrucciones divinas. Si obedecía, disfrutaría de una paz duradera, y su descendencia sería tan numerosa como las arenas de la playa. Así se lo había prometido Yahvé a Abraham.*

El salmo 1 se presenta como la paráfrasis de un antiguo canto de felicitación (Cfr. E. Lipinski). El sacerdote que recibía en el templo a un fiel llegado para dar gracias, le felicitaba diciendo: «¡Dichoso el hombre que confía en Yahvé!». Con posterioridad, el poema fue refundido por un escriba que lo convirtió en un salmo sapiencial, introduciendo en él la antítesis clásica de los «dos caminos».

Mateo 11,16-19. *¡Nada nuevo hay bajo el sol! La generación de Jesús, lo mismo que las que la precedieron, ignora la obra de Dios. Al hablar de la salvación escatológica, el profeta Zacarías había dicho que las plazas de la ciudad se llenarían de muchachos y muchachas que jugarían en ellas (8,5). Pero, en realidad, la generación de Jesús rehúsa entrar en el juego y no se asocia a la alegría del Esposo, como tampoco aprueba la ascesis del Bautista. Si hay muchachos en la plaza, ponen mala cara, como chiquillos traviesos que son. Por un lado, se toca la flauta para la boda, y a los muchachos les da por no bailar; por otro, se celebran los ritos fúnebres, y las muchachas permanecen mudas. Pero ¿qué importa? La sabiduría divina se manifestará en las obras de Jesús.*

A cada día le basta su inquietud. Hoy duelo; mañana boda. No se puede bailar de la mañana a la noche; hay un tiempo para tocar la flauta y un tiempo para darse golpes de pecho. Un tiempo para el profeta del desierto y un tiempo para beber el vino de la fiesta. Cada día es una invitación de Dios, y su palabra es lo bastante rica para alimentar las horas de las lágrimas y las horas del baile. Pero, debido a nuestro invencible espíritu de contradicción, lo perdemos todo...

¿Qué es lo que ocurre? A Juan Bautista le acusan de poseso por vivir como un asceta; y al Hijo del hombre le acusan de comilón por sentarse a la mesa con publicanos. A tal obispo se le tilda de comunista por solidarizarse con la miseria de los abandonados, y al otro de místico soñador por afirmar la primacía de la oración. ¿Qué es lo que ocurre, sino que no intentamos librarnos de nuestras ideas preconcebidas? Deberíamos contar con «el que viene», y de entrada encontramos mil pretextos para rechazar su llamamiento. ¡No queremos que nos guíen!

El niño que pone mala cara reniega de su alma de niño... ¿Y si todos nosotros no fuéramos más que unos chiquillos traviesos, emperrados en nuestros enfurruñamientos de adultos? ¡Dichoso el hombre que entra en el juego! En el momento mismo en que conozca la pasión de vivir la aventura, conocerá, más allá de sus confortables seguridades, el fuerte viento del Dios que viene.

*
**

**Evidentemente, tú eres, Señor, el que debe venir.
Nosotros te hemos buscado donde no estabas,
pues queríamos otros signos.
Pero hoy ya sabemos
que es tu palabra la que nos arrastra
cada vez que nos perturba
y nos llama a la aventura siempre nueva
que sólo acabará con el fin de los tiempos.**

Sábado de la segunda semana

UN TORBELLINO DE FUEGO

Eclesiástico 48,1-4.9-11. Jesús ben Sirac, notable de Jerusalén, escribió en una época en que la tendencia «ecuménica» del helenismo ponía en peligro la existencia misma del judaísmo (hacia el año 180 a.C.). Su obra es un himno a la Ley revelada: ¿por qué los judíos van a envidiar las conquistas del pensamiento griego, siendo así que poseen la auténtica Sabiduría?

Los capítulos 40 al 55 hacen el elogio de los antepasados. Pero, en realidad, a quien se celebra a través de aquellas personas es a Dios. En efecto, si los padres perviven en la memoria de los hombres, es porque permitieron al Espíritu de Dios actuar en ellos. Así Elías, que fue un profeta de fuego, condenó la impiedad de los reyes de Israel y defendió el honor de Yahvé contra los ministros de los cultos extranjeros. Dios le hizo subir junto a sí y lo erigió en «reserva de mesianismo». Al final de los tiempos, había de volver para preparar la visita de Yahvé.

«¡Oh Dios, que brille tu rostro y nos salve!». En el salmo 79 se eleva el clamor de Israel; el pueblo se arrepiente de su mala conducta. ¡Que vuelva Dios y le sostenga en adelante! Esta es la oración que hoy eleva el cristiano cuando requiere la presencia de Cristo en su vida.

Mateo 17,10-13. Elías vino en la persona de Juan Bautista. La palabra de éste molestó a cierto reyezuelo, y el profeta conoció el destino de sus predecesores. Jesús no espera una suerte distinta, pues el martirio también forma parte del ministerio profético.

Juan Bautista es decapitado por culpa de los bellos ojos de una bailarina y por denunciar el adulterio de un reyezuelo sin ninguna personalidad... ¡Así de estúpida es a veces la muerte de los profetas! A no ser que bajo ese destino trágico se revele el duelo implacable entre el despecho y la pasión de la palabra, ¿qué había entre Herodías y el Bautista, sino el combate de la verdad? Evidentemente, Juan era Elías redivivo: un fuego ardiente, una palabra sin concesiones, una pasión por Dios.

En la vida de Elías no hay más que fuego. Su palabra quema como una antorcha; hace descender el fuego del cielo y es llevado a él en un carro tirado por corceles de fuego. Un día dirá Jesús: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y ojalá estuviera ya ardiendo!». Arderá, ¡pero con el fuego del amor llevado hasta el extremo! La pasión por Dios se trocá en pasión del Hijo del hombre, crucificado.

¡Hermano, no hay más fuego que el del amor! Pero guárdate de apagar su ardor llamando amor a lo que no es sino empalagosa tibieza... Aquí tenemos a un rey que dice a una muchacha: «Pídeme lo que quieras y te lo daré...» Y aquí tenemos también a un hombre que dice a Dios: «No se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú...» ¡Cuando el amor se convierte en debilidad y cobardía, el fuego está a punto de extinguirse! Pero el amor renace cuando un hombre se entrega a Dios con una voluntad que purifica todas las cosas en el fuego de la pasión. ¡Dichosos los apasionados! Ciertamente, Herodes no era uno de ellos...

*
**

**Pon, Señor, en nuestros labios
una palabra de verdad, fiel hasta el final.**

**Pon en nuestros corazones el fuego de la pasión
con la que tu Hijo Jesús entregó su vida
para hacernos saber el nombre y el precio del amor.**

Lunes de la tercera semana

LA AUTORIDAD DEL ESPIRITU

Números 24,2-7.15-17a. *¡Ir por lana y volver trasquilado! Balaq, un rey jordano, había hecho llamar al adivino Balaán para que maldijera a las tribus israelitas que, conducidas por Moisés, querían cruzar su territorio para entrar en la Tierra prometida. Pero el augur se sintió invadido por una fuerza; entró en éxtasis y pronunció sobre Israel dos oráculos de salvación. Es fácil imaginar el consuelo que representó para los Israelitas el anuncio que se les hacía de una tierra cubierta de áloes y de cedros.*

Pero queda en pie una pregunta: ¿Qué estrella es ésa que sale? ¿Qué reinado proclama? ¿El de Saúl o el de David? ¿O quizá el del Rey-Mesías, cuyo astro había de salir un día en el Oriente? El oráculo fue progresivamente releído desde una perspectiva mesiánica; también lo utilizó Mateo para escribir su relato de los Magos (2,1-12).

Salmo 24. *Este salmo, de estructura alfabética, tiene cierto parentesco con los salmos de súplica individual. Proclama que los caminos del Señor son amor y verdad tan pronto como el hombre pone en Dios su confianza.*

Mateo 21,23-27. *«¿Con qué autoridad haces esto?» ¿Habremos vuelto a los tiempos de Balaq y de su indisciplinado astrólogo? Al expulsar a los vendedores del templo, Jesús realizó un acto de reforma religiosa. Los sacerdotes están furiosos, pues se consideran los únicos responsables del orden dentro del recinto del santuario. Entonces Jesús les remite a Juan Bautista, en quien la multitud había reconocido a un profeta: si los sacerdotes reconocen la autoridad del Precursor, también habrán de reconocer en Jesús al que hace realidad el Reino... Pero los saduceos, que tienen en nada el bautismo de Juan, no saben qué responder... El debate acaba en una negativa categórica. La incredulidad de los sacerdotes recibe su sanción: no entrarán en la Tierra prometida.*

UN PEQUEÑO RESTO

«¡Habla, profeta! ¡Profetiza, adivino! ¡Pero no te aventures a decir algo que no sea lo que esperamos!... Son incontables los profetas que sucumbieron a los golpes de la venganza, por haber dejado que hablara en ellos la palabra del Espíritu, desconcertante, inesperada, poco conforme con las autoridades constituidas... Juan Bautista, encarcelado y decapitado... Jesucristo, conducido al pretorio y crucificado. ¡Todavía hoy!

El bautismo de Juan no era un rito de purificación como los demás. Significaba una conversión del corazón, un compromiso radical por Dios, una disponibilidad con respecto a los tiempos nuevos y, para sellarlo todo, el reconocimiento del Cordero de Dios. ¡Bautismo administrado en el Espíritu y el fuego! Las multitudes se adhieren a él; los poderes constituidos tuercen el gesto.

Pero cuando Dios quiere hablar libremente, cuando se propone comunicar la novedad de su venida, llena de su Espíritu a un hombre que se sale de lo común y le conduce al desierto. Si hace falta, le hace entrar en éxtasis y le dicta las palabras que suenan al revés de lo que esperaban los escribas y los doctores de la religión. Autoridad nueva, que los corazones rectos reconocieron en Jesús. Pero no nos engañemos: Jesús fue el primero en ser considerado como un provocador, un perturbador.

Y, sin embargo, para comunicar las palabras de Dios, no basta entrar en éxtasis. La mixtificación se asemeja peligrosamente a la profecía... La desconfianza de los sacerdotes es comprensible. ¿Cómo salir de ella si no es juzgando el árbol por sus frutos? Poco nos importa Balaán si la estrella por él anunciada no nos conduce al nacimiento de un pobre en el que Dios ha autenticado su palabra. Por sus frutos se conoce el árbol... El árbol cargado de frutos del Espíritu se llamará siempre ¡la cruz!

*
**

**Por el bien de tu pueblo, Señor,
multiplicas la alegría.
Se eleva en el cielo tu estrella
y resuena en la tierra tu buena noticia.
Prosigue hoy la obra de tus manos:
que tu Iglesia sea profeta
de un futuro nuevo
en el que brille ya la claridad eterna.**

Sofonías 3,1-2.9-13. La época en que vivió el profeta Sofonías fue particularmente dramática. Asirios, Escitas y Medos se sucedieron para dominar el conjunto de naciones de la «Media Luna fértil». Israel, encerrado en el «corredor» palestino, participó en las intrigas políticas fomentadas con el intento de sacudir la hegemonía de los poderosos. Así fue como una revolución contra el partido egipcio colocó en el trono a un niño de siete años, Josías, y entregó el país a Asiria.

Sofonías reacciona contra aquel embargo asirio y contra el sincretismo religioso que tal embargo acarrea. El poeta se alzó contra Jerusalén y sus jefes, aquellos «jactanciosos orgullosos» que se mostraban sordos a la palabra de Dios. En cambio, reconfortó a los humildes. Sofonías es el profeta de la alegría mesiánica: todos los pobres pueden reconocerse a sí mismos en ese «pueblo pobre y humilde que confiará en el nombre del Señor».

El salmo 33 se eleva hacia Dios como una oración de reconocimiento. Yahvé ha escuchado la llamada del creyente y le ha librado de su inquietud. Todos vosotros que le escucháis, «gustad y ved qué bueno es el Señor».

Mateo 21,28-32. Jesús se dirige de nuevo a los sacerdotes, los cuales, fieles a sus tradiciones, se niegan a creerle. No reconocen el camino que conduce al Reino. En cambio, los publicanos y las prostitutas, aunque ignoraran las prescripciones de la Ley, se volvieron hacia Juan y creyeron en su palabra. Entonces, ¿qué os parece? ¿Quién entrará en el Reino de los cielos? En cualquier caso, «no todo el que dice ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los cielos».

¡Nunca fueron los publicanos gente recomendable! No se está muy lejos de la realidad si se les compara con los ladrones públicos. En cuanto a las prostitutas, ¡no hace falta trazar su perfil! ¡Ninguna meditación evangélica podrá jamás suprimir nuestro asombro cuando las veamos encabezar el cortejo para entrar en el Reino de Dios! De todas maneras, las primeras asombradas serán ellas. Ya sé que se debe matizar y no extrapolar una situación a otra. Pero ello no impide que el Evangelio no deje de repetirnos que la medida de la gracia divina es ajena a los sistemas que nosotros elaboramos sobre la base de nuestras «buenas costumbres». A Dios sólo una cosa le interesa de verdad: la confianza que el hombre pone en su palabra de salvación.

¿Cómo puede uno ser pobre si se cree rico en virtudes? ¿Cómo podrá clamar a Dios si tiene puesta su confianza en su propia fuerza? El publicano quedó justificado no por haber robado, sino por haber creído en quien le invitó a seguirle. Asimismo, no se canoniza al santo por haber acumulado méritos, sino por haber creído en la gracia del que salva a los pobres. Juan Bautista concitó contra sí la furia de los sacerdotes y de los ancianos por haber acogido a todo hombre sin pedirle otra cosa que la conversión del corazón; el pasado del que se convertía le importaba muy poco. Pero la conversión, preciso es reconocerlo, es rara entre los bien-pensantes.

Cuando Jesús venga al mundo, allí estarán unos pastores para reconocerle. Pero no nos engañemos: aquellos pastores estaban conceptuados como gente poco recomendable. En el Evangelio, el escenario es continuamente el mismo: siempre es acogido el Mesías por un pequeño resto formado por pobres. Por los que todavía hoy son llamados «la pobre gente».

*
**

**¡Bendito seas, Señor, en todo tiempo,
que nuestros labios canten sin cesar tu alabanza!
¡Que lo oigan los pobres
y hagan fiesta!
Cuando un pobre clama hacia ti, Señor,
tú lo escuchas
y le libras de todas sus angustias.
Quien vuelve hacia ti sus ojos resplandece,
y no hay en su rostro ni sombra ni confusión.
Con los humildes y los pequeños te bendecimos,
porque eres bueno y nos salvas sin cesar.**

Miércoles de la tercera semana

EL ESCANDALO DEL EVANGELIO

Isaías 45,6b-8.18.21b-25. Yahvé eligió a un no judío para liberar a su pueblo; esta elección no puede dejar de desconcertar a Israel. Pues bien, el profeta está obligado a poner las cosas en su punto, y lo hace recordando los derechos de Dios, el único Señor, el Creador del universo. El no tiene que dar cuentas a nadie, y es tan Dios de los gentiles como de los judíos.

Por otra parte, Dios nunca ocultó sus intenciones: habló por sus profetas. «Cielos, destilad el rocío; que las nubes derramen la justicia». En labios de Isaías, esta frase significa simplemente el fin del destierro; pero para el conocedor de la Escritura encierra la maravillosa promesa de una era de justicia y de amor. «Rorate coeli desuper, et nubes pluant iustum».

Salmo 84. Los versículos 10-14 refieren el oráculo pronunciado por Dios tras la oración de Israel, que le pedía le devolviera la vida y la alegría.

Lucas 7,18b-23. «¡Dichoso el que no se sienta defraudado ('escandalizado') conmigo!». La elección de Ciro era desconcertante; no menos desconcertante es el modo como concibe Jesús su propia misión. Así, Juan Bautista había soñado con un hacedor de justicia que, «con el bieldo en la mano», vendría a «limpiar su era»; Jesús habla de misericordia y, al hacerlo, no hace sino cumplir lo que el profeta había dicho del Mesías (Is 61).

Estás desconcertado, Juan; ¿qué decides ahora? ¿Vas a renunciar a tus quimeras y creer en Jesús o te vas a aferrar a tus ideas?... «¡Dichoso el que no se sienta defraudado conmigo!».

Tal vez el mayor enigma religioso que plantea el Evangelio sea su insistencia en colocar, junto a la omnipotencia de Dios, Creador de todas las cosas, su infinita misericordia y su amorosa paternidad con respecto al hombre. La duda de Juan Bautista es la del creyente apasionado por Dios, pero que no ha oído aún la auténtica palabra evangélica. Y es que la buena noticia no está hecha para una humanidad hipotética: es anuncio de salvación, de paz y de felicidad para el hombre de todos los días, el ciego, el sordo, el pobre... En el fondo, ¿de qué serviría la omnipotencia divina si tuviera que aplastar al hombre que ya no puede más, aun cuando ese hombre fuera pecador y miserable? El escándalo de Jesús es haberse declarado enviado de Dios y, al mismo tiempo, haberse sentado a la mesa con los pecadores.

Pero en realidad leemos mal el Evangelio. Cuando Jesús cura a enfermos, de entrada depositamos en él nuestra confianza. ¡Lo que nos fastidia es que hoy cure a tan pocos! Para entender la bienaventuranza del creyente («¡Dichoso el que no se sienta defraudado conmigo!»), hay que volver del revés el problema: en la época de Jesús, los enfermos son pecadores, gente con la que uno no se roza; si les cura, corre peligro de desprestigiarse. Pero precisamente entonces es cuando él da la imagen nueva de la omnipotencia de Dios.

Ese poder se llama Amor, Ternura, compasión, misericordia, paciencia. No hizo Dios la tierra para que fuera un desierto. Para quien sabe leer el libro de la creación, la lluvia evoca la justicia, el rocío la esperanza, y el arco iris la paz. Para quien sabe leer la palabra de Dios, Jesús evoca el amor a los pobres; en él «la misericordia y la fidelidad se encuentran, la justicia y la paz se besan». En esto es el Hijo de Dios. Los pobres ocupan el centro del Evangelio, y Cristo nos dice: «¿Llegaréis algún día a comprender que mi Padre creó el cielo y la tierra para que hagáis de ellos un reino de paz para todo hombre?»... «¡Dichosos los pobres! ¡Dichoso el que no se sienta defraudado conmigo!».

*

**

¡Destila, cielo, tu rocío!

Te rogamos, Señor,

con los hombres que mueren en nuestros desiertos...

¡Derramad, nubes, la justicia!

Te rogamos también

con nuestros hermanos condenados sin haber sido oídos...

¡Que nuestra tierra dé su fruto!

Te pedimos que dilates nuestro corazón

a la medida de ese mundo en el que

el oprimido nos manifiesta tu rostro...

Jueves de la tercera semana

AMOR APASIONADO

Isaías 54, 1-10. «¿Acaso se repudia a la mujer de la juventud?». *¿Puede olvidarse la oleada de amor que entonces invadía el corazón, los besos cambiados, las palabras dichas en la intimidad? Sin embargo, Jerusalén, la Esposa amada, traicionó la confianza de su Dios y prefirió los espejismos de los ídolos fáciles a la firmeza de un amor exigente. Entonces Dios la abandonó temporalmente...*

¡Pero alégrese hoy! ¡Ensanche sus tiendas para acoger en ellas a sus hijos! No volverá a ser llamada «estéril». «¡Dé al olvido la vergüenza de su soltería (el destierro de Egipto) y la decadencia de su viudez (a orillas del Eufrates)! Dios la llama como la vez primera, cuando sólo era una niña; la va a colmar de su ternura. El arco iris va a substituir a las aguas del diluvio, y la alianza antigua, que Dios nunca rompió, se extenderá a todas las naciones del mundo.

El salmo 29, utilizado para la fiesta de la Hanukka, el aniversario de la dedicación del templo, expresa el agradecimiento de un enfermo que ha obtenido su curación. Habiendo subido al santuario a dar gracias a Dios en él, invita a sus amigos a participar en su alegría.

Lucas 7,24-30. *¿Quién es Juan Bautista? ¿Por qué las multitudes han acudido a su llamamiento? Sin embargo, ¡el desierto no es precisamente la corte de Herodes Antipas! ¡En él no se encuentran favoritos ataviados con vestidos primorosos, que doblan las rodillas ante los grandes como cañas sacudidas por el viento!*

Juan Bautista es un profeta, y más que un profeta. Por medio de él irrumpió en el mundo el Reino de Dios; es el mensajero de Dios para los últimos tiempos. ¡Un pionero! Pero ¿quién le escuchó, sino aquellos que Israel consideraba pecadores?

Si buscáis una página de amor antológica, releed Isaías 54: ¡no quedaréis defraudados! Entonces, ¿por qué dudamos todavía en creer en ella, con el pretexto de que el enamorado en cuestión es Dios, y que semejante pasión no sería digna de un dios serio? A decir verdad, conocemos a Dios tan mal como al amor. Invocamos a un Dios tan apagado como un día sin sol, y vivimos sin dejar que la pasión de amar nos invada hasta el fondo del corazón. O, si pretendemos amar, es para hundirnos en sucedáneos sin alma que las almas piadosas habrían hecho condenar en nombre del Dios todopoderoso. Verdaderamente, ¡tenemos que volver a aprenderlo todo!

Retornemos al punto de partida. «El más pequeño en el Reino de Dios es más grande que Juan Bautista». No se trata de minusvalorar al profeta, sino de apreciar las cosas tal y como las ve Dios. Para él, un insignificante chiquilicuatro vale más que un tesoro. Una pobre mujer vale por todas las reinas de este mundo. Los vestidos lujosos no significan nada para Dios, pues él viste a cada criatura con el manto de su ternura. Pero lo que Dios estima por encima de todo es al hombre y a la mujer que viven: no fariseos embutidos en su dignidad, sino nómadas del desierto en continua peregrinación.

Leed de nuevo a Isaías. Pensad en lo que fue la cólera de Dios por haberle abandonado su pueblo. Dios vive; conoce en su propio corazón la pasión del amor. Y helo ahí haciendo un juramento y hablando de amor eterno y de pasión desbordante. ¡Su amor es más firme y estable que las montañas! Cuando se os decía que Dios es un enamorado como no hay otro... Sólo que ¿cómo va uno a conocer a Dios si vive para sí, a cubierto de las tempestades del amor?

*
**

**Oh Dios, que has hecho la vida
para que se abra en gavillas de abundancia,
mira nuestra esterilidad y nuestra tristeza.
Abre nuestros corazones a esa voz
que nos habla de amor:
enséñanos a caminar
al paso de tu ternura.
Entonces conoceremos la vida,
y la abundancia de nuestra acción de gracias
será el canto de la alianza
en la que tú nos amas
por los siglos de los siglos.**

Viernes de la tercera semana

ILUMINACION INDIRECTA

Isaías 56,1-3a.6-8. *El profeta se dirige a correligionarios que, de regreso del destierro de Babilonia, empiezan a establecerse en Jerusalén. Muy pronto se plantea la cuestión de la admisión de los extranjeros en la comunidad israelita, en especial en lo tocante a aquellos que no se habían instalado de manera estable en el país. Fiel al espíritu de su predecesor, el Tercer Isaías abre la puerta a los no judíos. Enseña que todo hombre que se mantiene fiel a la alianza es digno de pertenecer al pueblo elegido. Que observe la Ley y las costumbres judías y respete el descanso sabático, prescripción que se había observado en Babilonia con tanta mayor razón cuanto que permitía a los judíos distinguirse de los gentiles. Si se cumplen estos requisitos, Dios abrirá su casa a los extranjeros y les convidará en el Monte de Sión. No contento con haber reunido en su patria a los desterrados, restablecerá la unidad del mundo.*

El salmo 66 es un salmo de bendición; utiliza fórmulas propias de los himnos y expresa la acción de gracias de Israel.

Juan 5,33-36. *«Juan vino como testigo, para dar testimonio de la luz. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz». Juan reconoció al Mesías e incluso le envió algunos de sus discípulos. Pero no todos acogieron su testimonio. Los fariseos, escépticos, miraron mal a Jesús, y algunos discípulos de Juan siguieron vinculados a la persona de su maestro. Sin embargo, Jesús tenía a su favor un testimonio mayor que el de Juan: las obras realizadas por él en nombre del Padre. Ellas mostraban, mejor que las declaraciones del Bautista, que el Reino de Dios estaba presente en él. ¡Todavía faltaba entender lo que ellas revelaban!*

EL TIEMPO DEL ALUMBRAMIENTO

Hay que evitar mirar al sol de frente. Al fin y al cabo, la luz no es un fin en sí misma: si alumbra, es para hacer resaltar lo que sin ella no aparecería. Así, en el Evangelio hay cascadas de luz indirecta: Juan es la lámpara que señala a Jesús; pero si éste es la luz, lo es para revelar al Padre, invisible y luz sobre toda luz. Y, cuando Jesús nos invita a ser la luz del mundo, hace hincapié en las obras que debemos realizar. Se necesita ser muy tonto para proclamar: ¡Yo soy la luz! Jamás dice esto Jesús sin hacer referencia al Padre.

La fe es una luz, pero todo depende de su orientación. Debidamente orientada, la fe hace que aparezca lo invisible y permite descifrarlo. Mal orientada, no alumbra más que el vacío. Pero ¿quién dará a nuestra fe el sentido que revela a Dios? ¿Acaso una determinada disposición, una apertura del corazón, que hace que el hombre se fíe del testigo y de sus obras? La religión de los fariseos se revela como una fuente de incredulidad, porque bloquea al hombre en su suficiencia; la buena voluntad de los pequeños reconoce las obras de Jesús, porque se apoya en una apetencia de vivir y de ir más allá.

Sucede lo que con el hombre que nunca ha conocido la noche: acaba por no ver absolutamente nada. Por el contrario, el que ha experimentado la oscuridad y ha tenido que andar a tientas, desde la primera luz de la aurora distingue las formas aún adormecidas de la vida que llega. Jesús no realizó las obras de Dios bajo la luz cegadora de un poder artificial: manifestó a Dios en el claroscuro de una luz humilde y suave que, sin imponerlo, revelaba el apacible amor del Padre. Luz para la fe. Luz de la fe.

*
**

**Prosigue en tu Iglesia, Padre Santo,
la obra que iniciaste en aquel hombre inefable,
Juan Bautista, que fue el Precursor de tu Hijo.
Que, desaparecido él, seamos nosotros
la lámpara que arde y que ilumina,
sin imponer a los hombres, nuestros hermanos,
más que la humilde luz de tu amor,
revelado en Jesucristo nuestro Señor.**

A partir del 17 de diciembre, la liturgia abandona, si procede, la serie de los días numerados según las semanas de Adviento, para celebrar una octava de preparación inmediata a la Navidad. En la liturgia de las horas, esa octava está marcada por el canto de las antífonas mayores «Oh», admirables textos litúrgicos en los que forman concierto los más bellos símbolos de la espera mesiánica.

Por ejemplo:

«Oh sol que naces de lo alto,
resplandor de la luz eterna
y sol de justicia,
ven y alumbra
a los que yacen en tiniebla
y en sombra de muertec.

El leccionario de la misa ha recogido estas antífonas como aclamaciones al evangelio. Por otra parte, a partir del 17 de diciembre la liturgia de la Palabra está basada en los relatos evangélicos; se trata de los «relatos de la infancia». Merece la pena considerarlos con especial atención.

LOS EVANGELIOS DE LA INFANCIA: SIMBOLO O REALIDAD?

Ni reportajes históricos ni cuentos de hadas, los evangelios de la infancia revelan un profundo conocimiento de Cristo. Ni Lucas ni Mateo se propusieron escribir una biografía de Jesús niño, sino que ambos quisieron decir, cada uno a su manera, «quién» es este niño: nuevo Moisés, Hijo de David, Hijo de Dios. Cada uno escribió lo que la fe, alentada por el Espíritu, le había hecho descubrir a la Iglesia. En efecto, después de Pascua ningún discípulo miró ya a Jesús como antes; en adelante, cada uno podía contemplar su misterio y entender su misión. Así pues, los evangelios de la infancia encierran toda una cristología.

Pero no bastaba con comprender; era preciso, además, transmitir lo que el Espíritu había hecho descubrir. Pero ¿cómo expresar lo inefable? ¿De qué manera comunicar aquella experiencia arraigada en la resurrección del Señor? Los evangelios, como todos los autores bíblicos, tropezaron con un problema de lenguaje.

Y, a decir verdad, lo resolvieron con un arte consumado. Lucas y Mateo muestran una profunda comprensión de las Escrituras y de las tradiciones bíblicas; además saben utilizar el lenguaje simbólico. Así, cuando la estrella señala el camino a los magos, está saludando, como en cualquier lugar del antiguo Oriente, el advenimiento de un rey o de un dios, cumpliendo el antiguo oráculo de Balaán y, con mayor sutileza aún, horadando el espesor de la noche para anunciar que «sobre los que habitaban en tierra de sombras brilló una luz» (Is 9,1). Cuando María marcha presurosa a casa de su prima Isabel, el rey David y toda Jerusalén van dándole escolta y, con Juan Bautista, proclaman su alegría al ver aproximarse a sus murallas la nueva Arca de la alianza. Y Jesús, cuando responde con pasmosa viveza a los escribas, anuncia las futuras controversias que acabarán llevando al Hijo del hombre a la cruz.

El lenguaje simbólico no es el pariente pobre de la literatura. Reemplaza al lenguaje de la razón donde éste sólo podría balbucear o quedar callado. Pero el símbolo oculta y, a la vez, revela. La vacilante aproximación de Moisés a la zarza indica también la incesante búsqueda del hombre en el camino del Absoluto, mientras que la llama que no consume el arbusto dice algo del amor respetuoso de Dios a su criatura.

Una excelente comparación sería, sin duda, la del lenguaje cinematográfico. En un artículo aparecido en la revista «Aujourd'hui la Bible», G. Becquet remite a una escena de la película «La Strada». Gelsomina está descorazonada; su amigo, el clown «Il Matto», desearía hacerla entrar en razón. Pero, más que su inteligencia, lo que hay que conmover es su corazón. Entonces toma una piedra y dice a Gelsomina: «¡Hasta una piedra vale para algo!». Así —prosigue diciendo Becquet—, «esas palabras para los ojos que son las imágenes y los símbolos constituyen un lenguaje maravilloso para descubrir en las cosas y en los seres la profundidad que late debajo de la realidad; el símbolo sugiere la otra parte, porque habla a la imaginación del hombre. A esto obedece, sin duda, el que los evangelios de la infancia hayan entrado tan rápidamente a formar parte del patrimonio de la humanidad para servir de inspiración a artistas y a escritores de todos los tiempos.

Génesis 49,2.8-10. Nos hallamos aquí ante una imagen bíblica tradicional. Sintiendo próxima la muerte, el antepasado reúne a sus hijos y les «revela» el futuro. En realidad, este pasaje, procedente del tiempo de Isaías, da cuenta de la situación de las tribus y embellece la de Judá, a la que confía la dignidad real, según la tradición de la coronación de David en Hebrón.

La sentencia no tardó en adquirir una coloración mesiánica. El león de Judá simboliza al Mesías real, que vendrá a sentarse en medio de la asamblea con las insignias del poder «entre sus pies» (en efecto, hay que leer con el hebreo: «No se apartará de Judá el cetro ni el bastón de mano entre sus pies»). La «profecía» encontrará su cumplimiento en el Apocalipsis, donde se ve a uno de los ancianos saludar al Cordero inmolado dándole el título de «león de la tribu de Judá».

El salmo 71, salmo regio, está impregnado todo él de la idea, común a los pueblos primitivos, de que el rey tiene a su cargo el bien de sus súbditos. Procura la salvación de su pueblo, y de él depende la prosperidad del país.

Mateo 1,1-17. «Libro de la genealogía de Jesucristo» es el título original del evangelio según san Mateo, copiado al comienzo del relato de la descendencia de Abrahán (Gn 5,1). En él se indica que Jesús es el hombre nuevo, la clave que permite entender la historia de la salvación. La distribución de los ascendientes en catorce generaciones sugiere, por su regularidad, que la historia está regida por un cómputo celeste, aun cuando la preocupación por conseguir esa regularidad condujo a cometer errores en las listas de los nombres. Mateo, en efecto, no transmite una genealogía exacta; lo que él pretende es relacionar a Jesús con los depositarios de las promesas mesiánicas, particularmente con David. Y así es como el número 14 se obtiene sumando el valor numérico de las consonantes que forman el nombre de David.

Pero, en contra de las leyes del género, la genealogía menciona el nombre de cuatro mujeres, cuya presencia se explica perfectamente por el recurso a las tradiciones judías que subrayan el papel providencial de aquellas cuatro mujeres en la formación de la esperanza mesiánica. Tamar, por ejemplo, es la mujer que a toda costa quería participar en la bendición otorgada a su suegro Judá (Gn 38). Al final de esta genealogía, la promesa se cumple por María, mientras que la paternidad legal de José hace de Jesús un auténtico descendiente de David.

Fulano engendra a Mengano... Las genealogías se refieren al pasado, y en ellas los alumbramientos no tienen sentido si no es para vencer a la muerte, hacia la que cada cual se encamina irremediabilmente. María engendró a Jesús... Y en este preciso momento de nuestro tiempo, un nacimiento deja de significar el pasado para convertirse en un eterno presente en el que descansa el provenir del hombre. «A todos los que recibieron (la Palabra) les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que nacen de Dios». En Jesucristo, el hombre nace de Dios, aunque nazca del hombre y de la mujer.

Pero el hombre nuevo no deja de pertenecer al linaje de los hombres mortales. Dios crea el mundo nuevo en la historia misma del mundo que se va. ¡Del mundo que viene!, habría que decir. ¿Y qué decir de esas tres series de catorce generaciones? ¿Qué cuenta de ellas la historia sagrada, sino historias no tan santas como podría pensarse? Con frecuencia se cita a Tamar..., que no es precisamente la gloria de la familia judaica. En cuanto a David y su unión con la mujer de Urías, tal acción no es ciertamente un ejemplo de buenas costumbres. Además, ¡cuántas guerras, cuántas matanzas, cuántos reyes decadentes...! A decir verdad, los antepasados de Jesucristo no tienen trazas de descender de Dios por línea directa...

Y, sin embargo, hay que hacer la lista de ellos. Cristo no cae del cielo. El Mesías representa el fruto de un trabajo oculto, en el que Dios escribe derecho con renglones torcidos. Lleva adelante su proyecto de salvación haciendo del hombre el colaborador de una obra que le supera.

Se podría continuar con las genealogías posteriores a Jesucristo, a todos los niveles: desde su familia carnal con Santiago de Jerusalén, hasta su familia espiritual con san Pedro de Roma. ¿Resultaría más halagüeño el retrato? Con todo, la historia de la Iglesia es el engendramiento, a través de los siglos, del mundo y el hombre nuevos. ¡Historia de hombres e historia de Dios! En ella está el Espíritu manos a la obra. Aunque lo que él engendra es una obra que trasciende a nuestra tierra, el Espíritu no desdeña ninguna realidad terrena. Lo que hace es contar al futuro nuestras genealogías cristianas, en la fe y en la esperanza, sabiendo que «donde abundó el pecado sobreabundó la gracia». Debemos mirar la historia no como el eterno retorno de las fatalidades antiguas, sino como la misteriosa avanzada del designio de amor de Dios. ¿Quién sabe si las Tamar y los David a quienes nosotros condenamos no serán los artifices ocultos de un Reino en el que Dios recrea al hombre perdonándolo?

Jeremías 23,5-8. El primero de estos oráculos fue pronunciado cuando Nabucodonosor intervenía cada vez más en los asuntos internos de Judá, colocando en el trono de David a hombres de su devoción. El último de éstos, cronológicamente, fue el príncipe Mattanya, a quien Nabucodonosor impuso el nombre de Sedecías (Sede qiyahû: Yahvé-es-nuestra-justicia). ¿Fue impugnado el reinado de este rey títere? Lo cierto es que Jeremías hizo valer la legitimidad del monarca como descendiente de David («Germen justo» = legítimo). Así pues, en su origen, el texto no tenía nada de profético; simplemente, pertenecía al ritual de entronización.

El segundo oráculo, más tardío, supone el final del destierro; en él, en efecto, el regreso de los deportados es equiparado a un nuevo éxodo. Es de notar que, aunque Babilonia se halle geográficamente situada al este de Palestina, el camino de las invasiones —y, por lo tanto, el camino del nuevo éxodo— desembocaba al norte de Israel.

El nombre de Sedecías se prestaba perfectamente a una interpretación mesiánica. En efecto, el heredero de los reyes de Judá debía obtener los sufragios del pueblo por su preocupación por la justicia y la unidad del país.

El salmo 71 habla claramente en este sentido.

Mateo 1,18-24. ¡Un hombre justo! José pertenece a la raza de los Simeón y de los Abrahán, al linaje de todos esos anónimos que fueron en Israel los portadores de la esperanza del Reino. Mateo subraya con gran delicadeza el papel de José en el misterio de la salvación. El esposo de María no reivindicó su derecho a llevar el título de «padre» del niño, como tampoco Jesús reclamó ser tratado igual que Dios. José acogió a Cristo como lo que realmente es: un don del Cielo. Acogió a Jesús en su linaje y, por orden del ángel, le puso un nombre. De esta manera se cumplía la profecía: un «Germen» legítimo tomaba posesión del trono de David.

MUJERES ESTERILES

«¡José, hijo de David, no temas!». Pero ¿qué podría temer aquel «justo»? No vamos a imaginar que desconfiara de su esposa y sospechara quién sabe qué infidelidad suya... José es un justo, es decir, un hombre que lleva consigo el pensamiento de Dios, la fidelidad de Dios. Lo único que teme es ocupar, junto a María y Jesús, un lugar que sólo correspondería a Dios. El niño viene del Espíritu Santo, pero la fidelidad de Dios exige que sea también «hijo de David»... «¡No temas, José! ¡Emprende tu vida al lado de María! ¡Impón un nombre al niño y sé un padre para él!».

¿Qué es un padre para un niño, sino una relación vivida día a día, una adopción mutua nunca terminada, un amor en el que pacientemente se forja la libertad del futuro adulto? Jesús experimentó esta relación. Y su nombre mismo la implica: Jesús quiere decir «Dios-salva», o también Emmanuel, es decir, «Dios-con-nosotros». Entonces, ¿cuándo acabaremos de pensar que Dios podría estar con nosotros y salvarnos sin pasar por nuestra historia y por nuestras vicisitudes? Jesús no es salvador a golpe de milagro; lo es por su verdadera humanidad. Y, a ese nivel, el lugar de José es insustituible en la historia de la salvación.

José... el hombre que adoptó al Hijo de Dios. Esta es su justicia. Esta será también la nuestra cuando, en el corazón mismo de nuestros amores y de nuestras dudas, vivamos la historia de Dios-con-nosotros, Emmanuel.

*
**

**Te pedimos por los padres de la tierra,
para que acojan a sus hijos
como un don de tu gracia.**

**Te pedimos por aquellos a quienes
llamas a tu servicio,
para que se comprometan con fe y con sencillez.**

**Cuando tu presencia nos desconcierte
y tu palabra nos invite
a dar un paso adelante, te pedimos de nuevo:**

¡Quédate con nosotros, Señor, Emmanuel!

Jueces 13,2-7.24-25a. Esta pequeña perícopa puede ser considerada como uno de los modelos que inspiraron a Lucas para su relato de la anunciación. Paradójicamente, las mujeres estériles ocupan un lugar no desdeñable en la economía de la salvación. Por una parte, esas mujeres realzan el poder extraordinario de Dios; por otra, ponen de manifiesto que su hijo es un don que Dios hace a la tierra.

María, al ocupar la cumbre de la historia bíblica, supera a todas esas mujeres; se hizo fecunda en su virginidad.

El salmo 70, de súplica, subraya la protección que Dios prodiga al que ora, desde su nacimiento.

Lucas 1,5-25. Probablemente fueron los medios sacerdotales los que, orgullosos del papel desempeñado por el hijo de Zacarías, proporcionaron a Lucas la fuente de su relato. La precisión con que se describe el sacrificio vespertino aboga en favor de tal origen.

La escena tiene lugar en el secreto del Santuario del templo, un marco grandioso. Pero no menos importante es el ropaje literario creado por Lucas: es cierto que, con Juan Bautista, Dios se reconciliaba con su pueblo y rompía un silencio de varios siglos. La visión de las setenta semanas especialmente, que proviene de Dan 9, es omnipresente en el evangelio de la infancia escrito por Lucas. En el momento de la ofrenda vespertina, el arcángel Gabriel consuela al vidente anunciándole una era mesiánica. Ahora bien, cuando los padres de Jesús llevan al niño al templo, habrán transcurrido setenta semanas desde la visión de Zacarías.

El anuncio se consagra a describir la misión del Bautista; y lo hace con una terminología tomada del profeta Malaquías. Juan «irá delante del Señor, con el espíritu y el poder de Elías, preparando para el Señor un pueblo bien dispuesto» (cfr. Mal 3,24). Cuando Zacarías sale del Santuario, no puede bendecir al pueblo: está mudo. Sin embargo, es un justo, como justa es también Isabel, su estéril esposa. Cada uno de ellos es, en el fondo, a imagen de Israel, depositario de la bendición otorgada a Abrahán, pero incapaz de transmitirla a causa de sus pecados. Para que los cielos vuelvan a abrirse, será necesario esperar a Jesús, el hijo de la promesa. El, después de resucitar, bendecirá en sus discípulos al nuevo Israel.

LA CASA DEL SILENCIO

Mientras la asamblea del pueblo permanece en oración en el atrio, el sacerdote ha entrado en el Santuario a ofrecer el incienso delante de Dios. ¿Hablará quizá Dios esta tarde? «¡Ah, si rasgaras los cielos!». Pero Dios permanece en silencio desde hace mucho tiempo, y parece que la oración de los hombres no asciende a lo inaccesible. El pueblo es estéril: entonces, ¿cuándo volverá la tierra a dar su fruto? El sacerdote es anciano, y se le va la vida sin haber tenido un hijo. Cae la tarde. Pronto se presentará la muerte. Ante el altar, el anciano sacerdote calla.

«Zacarías, tu mujer Isabel te va a dar un hijo...» ¡Tanta es la turbación del anciano que el ángel tiene la posibilidad de hacer de antemano el elogio del niño que va a nacer! Pero cuando, al fin, toma la palabra Zacarías, lo hace para formular su objeción: «¿Cómo va a ser posible...?» «Verás, Zacarías, todo se hará como Dios acostumbra a hacer, que él hace fecundo el desierto y renueva el corazón del hombre. Dios ha escuchado la oración de su pueblo, pero responde a ella a su manera, conforme a la dimensión de su gracia. El niño se llamará Juan, es decir, 'Dios se ha compadecido'. En cuanto a ti, sacerdote escéptico, permanecerás mudo el tiempo que tarde en cumplirse todo según la palabra de tu Dios».

Dios ha roto su silencio. La noche va a dar paso a la luz. Pronto se alzarán una voz en el desierto para preparar el camino a la Palabra hecha carne. El Dios que mora en las alturas se ha inclinado hacia los pobres, y he aquí lo que hace: «Asienta a la estéril en su casa, madre de hijos jubilosa» (Sal 112). El hombre incrédulo queda reducido al silencio, pues, cuando Dios se compadece, sólo la fe puede entonar el canto vespertino. El canto de la salida del sol que se eleva por encima de la noche.

*

**

**Que nuestra oración se eleve en tu presencia,
Señor, como el incienso,
y nuestras manos como la ofrenda vespertina.**

**Habla de nuevo a nuestro estéril corazón,
y que suceda con nosotros conforme a tu gracia
en la mañana que nos das
como el nuevo día, alumbrado en nuestra fe.**

Isaías 7,10-16. Acáz, el rey de Judá, vive uno de los momentos más difíciles de su reinado; sus vecinos, amenazados por la invasión asiria, le presionan para que entre en una alianza defensiva, pero el rey prefiere buscar la protección del invasor. Isaías, que siempre rechazó toda alianza con el extranjero, le exhorta a acudir a Yahvé; sugiere al rey que pida una señal a Dios. Pero el monarca se excusa, pretextando que no quiere tentar a Yahvé; en realidad, Acáz teme confiar.

Después de hacer vivos reproches al rey, el propio Isaías da la señal: la doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre «Emmanuel».

¿Qué significado tiene exactamente este oráculo? ¿Hay que ver en el niño al príncipe Ezequías y en la doncella a la esposa real, como han pretendido muchos? ¿Qué dice Isaías, sino que la dinastía sobrevivirá a pesar de los graves peligros que la amenazan? En ese sentido, el profeta no hace otra cosa que repetir la ideología en curso en Jerusalén: Yahvé es fiel a las promesas hechas a Natán. Pero el lenguaje empleado por Isaías tiene un innegable sabor mítico: el Emmanuel por nacer es «ese rey maravilloso que esperan, cada uno por su lado, los países del Antiguo Oriente, y más que ninguno Israel, por la promesa que Dios le hizo» (L. Monloubou).

En el fondo, la señal están en el nombre mismo del niño: «Dios-con-nosotros». En todas las crisis que su pueblo atravesó, Dios estuvo siempre a su lado.

El salmo 23, que muestra cierto parentesco con los cánticos de Sión, señala las condiciones necesarias para acceder a la casa del Señor.

Lucas 1,26-38. «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Al dirigirse el ángel a la muchacha de Nazaret, utiliza las palabras con que el profeta Sofonías invitó a Jerusalén a alegrarse, porque Dios le había levantado el castigo y se disponía a vivir dentro del recinto de sus murallas. Pero lo que para la Ciudad santa era sólo un porvenir remoto, para María es el presente inmediato; al convertirse en la madre del Mesías prometido al trono de David, recibe en su persona la visita escatológica anunciada por los profetas.

El Espíritu Santo descenderá sobre ella, y la fuerza del Altísimo la cubrirá con su sombra. Por un lado, el Espíritu Santo; por el otro, la nube. El Espíritu de la primera mañana del mundo, cuando la vida que emergía del caos original se lanzaba a la conquista del universo. La nube del desierto, señal de la presencia del Señor para su pueblo. María es la nueva Arca de la alianza; es la privilegiada de Dios. Mayor que Sara y que Isabel, porque el hijo que lleva en su seno es el Hijo de Dios.

Todo sucedió en el silencio, en el recogimiento del misterio. Dios hace su entrada en el mundo de los hombres, al abrigo de una casa tranquila e ignorada por los circuitos turísticos. Gabriel prescindió del templo construido por los hombres, para hacer que Dios naciera en la casa de David, que sólo Dios conocía. Y, a partir de entonces, esto se hizo costumbre para Dios: su misterio infinito sólo puede manifestarse en la casa del silencio. Las buenas noticias que sus emisarios nos comunican y los frutos que su Espíritu hace brotar en nosotros requieren todo nuestro recogimiento.

María se turbó al oír lo que el ángel le decía. ¿Cómo podría el silencio de su virginidad dar a luz a la Palabra de Dios? ¿Cómo podría la humilde sierva ser la madre del Rey eterno? Las palabras de Dios lo alteran todo, y sólo el silencio permite soportarlas sin morir de temor. Y, sin embargo, las palabras de Dios son verdad y se van a cumplir, pero en el recogimiento interior de una muchacha súbitamente fecunda.

El Espíritu Santo se posesiona de ella, pero esa posesión es apenas una brisa matinal, y nadie conocerá el misterio. El poder de Dios la cubre con su sombra, discretamente, para que el cuerpo del Hijo de Dios se forme en la fragilidad humana.

A partir de aquel momento, el silencio de María se hace aceptación, obediencia y fe. Permitirá que el fruto de Dios crezca en su interior, aportando ella la única participación que Dios puede bendecir: una fe total, humilde y bañada en alegría. David, el antepasado, soñaba con una morada magnífica, gigantesca, digna del Infinito. Pero Dios derriba a los poderosos y despide vacíos a los ricos. Quiere tener su morada entre los pequeños y los humildes. Confía su palabra a quien ha amado el silencio lo bastante como para no confundir dicha palabra con su propio parloteo. Dios necesita nuestro silencio, porque quiere realizar para nosotros lo imposible. ¿Sabremos nosotros acoger a su Espíritu con tanto recogimiento interior como María, la virgen fiel, cuando dijo: «Hágase en mí según tu palabra»?

**Bendito seas, Señor, en María, la Virgen,
pues su silencio acogió la inmensidad de tu palabra.
Tu Espíritu hizo una alianza con ella,
y ella concibió en su corazón
al que sostiene el universo.
Disponible al misterio que preparabas desde hacía siglos,
ella entregó su vida para servir a tu palabra.
Por eso ante ti, oh Dios que exaltas a los humildes,
nuestro corazón se desborda de alegría
y te bendecimos sin fin.**

**

**Emmanuel, Dios con nosotros, Jesús Salvador,
quédate con nosotros, Señor.
Hijo de David e Hijo de María,
quédate con nosotros, Señor.
Sol naciente, aurora de paz, germen de justicia,
quédate con nosotros, Señor.**

**

**Bendito seas, Dios y Salvador nuestro,
pues tu amor engendra al Esperado
y nuestra tierra da su fruto
en Jesús, tu Hijo.
Concédenos conservar estas cosas en nuestros corazones
hasta el día en que podamos darte gracias sin fin
por los siglos de los siglos.**

**

**¡A ti, Dios santísimo, nuestra alabanza!
Nuestra vida se moría
como tierra reseca,
¡pero tú, oh Dios, te acordaste de nosotros!
Una mujer dio cobijo a la esperanza,
y su carne se estremeció de alegría
al sople de tu Espíritu,
para que naciera el hijo.
¡Oh Dios, que haces maravillas,
aclamamos tu misericordia!**

DANZA PRIMAVERAL

Cantar 2,8-14. *Me gusta esta frase de R. Aqiba: «El mundo entero no vale lo que vale el día en que le fue dado a Israel el Cantar de los Cantares; todos los escritos inspirados son santos, pero el Cantar de los Cantares es el santo de los santos». Colección de cantos para unas nupcias, este libro canta el amor humano, completamente fascinado por su novedad. El joven pide a la muchacha que vaya a reunirse con él, y su deseo es tan ardiente y lozano como la primavera de Palestina. La naturaleza se hace cómplice. Es la estación de los amores: la tórtola hace oír su arrullo en el campo, mientras el sol madura los frutos.*

También de un gran enamorado es esta frase: «De todos los textos sagrados, el Cantar de los Cantares es el que más me ha convencido de que la constancia de los amantes acude en auxilio de Dios». En efecto, la impaciencia del joven expresa el celo de Dios por la humanidad. Pues muy pronto se dio al Cantar un sentido alegórico (indicios de ello hay tanto en el Talmud como en los Targum): cantaba las nupcias místicas de Yahvé con Israel.

Pero el Dios de la ternura es también el Dios de la danza. Helo ahí (Sofonías 3,14-18a: lectura ad libitum) pregonando su alegría porque los desterrados vuelven al país. Ría con todo su corazón Jerusalén, porque Yahvé está en medio de ella: «¡Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor!» (Salmo 32).

Lucas 1,39-45. Alégrese Jerusalén, como cuando David danzaba delante del arca en medio del júbilo de todo un pueblo (2 Sam 6). Danza también tú, Israel, porque tu casa no es una tumba; ¡pronto resonará con los gritos del niño, que de momento retoza de alegría en tu vientre! Danza, María, pues cuentas con el favor de Dios. Corre adonde tu prima y llévale la paz. Entra en su casa; está muy cerca de Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas... ¡Canta, María, porque el sepulcro no podrá retener al Príncipe de la vida!

«Mira, ya ha pasado el invierno, han cesado las lluvias, el tiempo de las canciones ha llegado. ¡Levántate, amada mía!». Se ha levantado sin tardar, y la casa de Isabel desborda de alegría. La mujer estéril se ha quitado los vestidos de luto y, llevada por el hijo que vive dentro de ella y por el Espíritu que la embriaga, se ha puesto a danzar. Ha amanecido.

María saluda a su prima, e Isabel entra en éxtasis. La alegría se desencadena, porque viene del Otro, del que entra en el mundo para hacer que nazca la alegría. María, inspirada por el Espíritu que anima a su hijo, canta; Isabel exulta con la alegría del Precursor que aún no ha nacido. ¡Sí! Juan Bautista expresa ya su alegría, aun antes de nacer, pues la alegría nace de la promesa; la alegría se nos da cuando vamos a la vida, como el hijo nace de la esperanza.

La alegría nace de la promesa. Nos hacer mirar hacia adelante, más lejos, en la fe. La mujer estéril está en su sexto mes: cuando brota la primavera, no hay que pensar más en el invierno. Y María está en medio de nosotros como el icono de la fe, con ambas manos abiertas a cada día que llega. Danzará cada noche el que haya vivido en la gracia de la fe y sentirá cómo se estremecen dentro de sí el Espíritu y la vida, aunque aparentemente todo parezca estéril.

Porque todo creyente lleva en sí a Cristo. La fe sólo tiene sentido si suscita la vida. La virginidad de María es fecunda. Pero existe una fecundidad distinta de la de la carne, un don de la vida que surge en nosotros cuando entregamos sin reserva nuestras vidas al Sopló de Dios. Dichoso aquel en quien habita el Espíritu y un buen día rompe a cantar con fe: «¡Ven, amada mía, muéstrame tu semblante, porque es hermoso!». ¡Dichoso el que danza al son de una belleza que sólo la fe puede revelar!

*

**

**Cuando tú estás con nosotros, Señor,
vibra tu Espíritu en nuestros corazones
y exultan nuestros labios de gozo.
Visítanos, ven a nosotros,
libera nuestras vidas estériles;
haz que podamos recorrer los caminos
e invitar a nuestros hermanos
a sumarse a la danza que ha de prolongarse
por los siglos de los siglos.**

CANTICO PARA UNA REVOLUCION

1 Samuel 1,24—2, 1a y Cántico de Ana (1 Sam 2,1.4-8 passim). *Ana, a la que su esterilidad había hecho perder la esperanza de tener descendencia, había prometido consagrar al Señor el hijo que él tuviera a bien concederle. Así pues, cuando Samuel vino al mundo, su madre subió al templo para entregar a su hijo al anciano sacerdote Elí. Al llegar, cantó Ana su acción de gracias al Dios de la vida. Su canto, que sirvió de inspiración al Magnificat, celebra el vuelco que ha experimentado la situación y del que ha salido beneficiada la mujer estéril. «Dios ha escogido lo débil del mundo para confundir a lo fuerte».*

Lucas 1,46-56, Magnificat, Benedictus, Nunc dimittis. *El evangelio de Lucas está salpicado de cánticos cuyo sentido ha descifrado acertadamente L. Monloubou. Aparte de su función estética, que tiene una importancia secundaria, lo importante es la luz que esos cánticos proyectan sobre el acontecimiento con ocasión del cual son entonados. El nacimiento de Jesús está grávido de sentido para la humanidad, pero lo habitual es que los hombres pasen junto a él sin discernir nada, excepto en el caso de algunos privilegiados familiarizados con la palabra divina y visitados por el Espíritu.*

Cuando María entró en casa de Isabel, lo primero que escuchó fueron palabras de felicitación. Comprendió el profundo significado de tales parabienes, y sus labios se abrieron para magnificar la obra divina. Reconoció que se cumplía en ella la promesa hecha por Dios a Abrahán y, sobre todo, cantó lo que descubría en la historia de su pueblo: Dios está con nosotros, presente en la vida de los hombres y en sus luchas. «Derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes». Bien sea que se ocupe de liberar a Israel de la esclavitud egipcia, o que envíe profetas a derribar los ídolos, es el mismo Dios el que se resiste a ver alienado al hombre. Lo más probable es que el origen del Magnificat haya que buscarlo entre los «anawim», cuya exaltación final canta María. En efecto, tras de la fe de María y la humildad del Salvador de Belén, se adivina a todos los pobres y hambrientos de la tierra. El Magnificat les dice que Dios se ha puesto de su parte.

Una muchacha entona el canto de la revolución, y el hijo que lleva en sus entrañas será el profeta de semejante conmoción. El himno de los pobres toma cuerpo en María, y el Espíritu repite en ella la conmovedora fidelidad de Dios, que viene a exaltar a los despreciados de la tierra. La santísima Virgen tiene que sufrir de veras con las dulzonas imágenes que hacemos de ella...

Dios se inclina hacia su humilde sierva, ¡y ella no se deshace en excusas de falsa modestia! En adelante, todas las edades la proclamarán bienaventurada... Es verdad que María era muy joven cuando dijo aquello, sin saber muy bien lo que decía; y es que los jóvenes son así de audaces... ¡Pero tanto mejor para Dios, pues es a él a quien María celebra!

¡Escuchadla, pues! «Su brazo interviene con fuerza, desbarata los planes de los arrogantes». La lucha está perfectamente entablada: ¡Jesús tendrá a quién salir, cuando golpee a los fariseos en lo más vivo! «Derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes». María conoce los salmos; de ellos se nutre su oración, y está bien que así sea, pues ella nos enseña a orar de un modo que no tenga nada que ver con nuestras lamentaciones de pecadores escasamente convencidos. ¿Queremos ser humildes? ¡Pues aceptemos que Dios nos exalte!

«A los hambrientos los colma de bienes». ¡Ah!, María conoce ese hambre, ese deseo, esa pasión de vivir... Sin embargo, no vayamos a creer que dijo «sí» a Dios porque estuviera cansada de luchar. Todo lo contrario; precisamente porque Dios sabía que iba a encontrar en ella un hambre y una sed suficientes, por eso le pidió que llevara en su seno a su Hijo.

Esta es la revolución de Dios. Y a mí me alegra sobremanera que esta revolución haya empezado por una mujer joven. Porque las revoluciones de Dios van mucho más allá que nuestras pobres luchas de hombres sin aliento.

*
**

**¡Dichosa la que creyó en tu Palabra,
y dichosos los que creen sin haber visto!
Tu Espíritu, Señor, supera siempre nuestras expectativas,
y tu poder es más fuerte que nuestros temores.
Concede una vez más a tu Iglesia la gracia de acogerte,
y que todo suceda para nosotros
como sólo tú puedes hacerlo posible.**

DIOS SE COMPADECE

Malaquías 3,1-4; 4,5-6. *Sucede que la historia es un constante comenzar de nuevo. Malaquías ejerció su ministerio hacia el año 450 antes de Jesucristo. En aquella época, Israel ha regresado del exilio y ha reconstruido el templo. Pero el pueblo no ha tardado en reincidir en sus antiguas faltas; en Jerusalén, el culto sufre una continua degradación. Entonces se alza el profeta y pone a cada cual frente a sus respectivas responsabilidades. Anuncia la visita de Yahvé y su juicio «grande y terrible». El Señor vendrá en persona a su templo para purificar a los sacerdotes, descendientes de Leví. Su venida estará precedida de la de Elías, cuya misión será preparar los corazones para la irrupción del Reino. Jesús atestiguará ante sus discípulos que ese papel fue desempeñado efectivamente por Juan Bautista.*

El salmo 24 suele ser considerado como una queja de carácter individual; está escrito alfabéticamente y muestra el antagonismo que separa al justo del pecador. Suplica al Señor que muestre el camino recto a aquel a quien él protege desde su juventud.

Lucas 1,57-66. *Yôkânan, «Dios-se-ha-compadecido»: éste es el nombre que, sin haberse puesto de acuerdo previamente, impusieron a su hijo Zacarías e Isabel. ¡Maravilloso programa para el que un día descubrirá al Mesías entre sus discípulos! Con Juan nace un mundo nuevo. ¿Podía sospecharlo la montaña de Judá cuando reflejaba los ecos de los festejos lugareños celebrados en torno a Isabel, la mujer bendecida por Dios?*

Nueve meses hacía que su anciana madre le llevaba en su seno, y en los tres últimos no dejaba de repetir «¿De dónde a mí esta dicha?». El niño había saltado de gozo dentro de ella, y su presencia, cada día más evidente, era el signo del Dios que obra maravillas. Zacarías continuaba mudo, pero su mutismo había ido transformándose paulatinamente en admiración. A lo largo de los días, meditaba las palabras recibidas en el silencio del Santuario: «Le pondrás por nombre Juan...: ¡Dios se compadece!».

«A Isabel se le cumplió el tiempo y dio a luz un hijo». Ocho días más tarde, fiesta grande: se circuncida al niño y se le va a poner un nombre. La imposición del nombre es privilegio del padre. Todos esperan que se le llame Zacarías, para perpetuar el nombre del padre, entrado ya en años. Así, el niño quedará inscrito en un linaje; más tarde, también él será sacerdote. Su nombre garantizará su porvenir. ¡Zacarías... como su padre!

¡No! Se llamará Juan. Llamado por gracia, llevará el nombre de la gracia, «para anunciar a su pueblo la salvación». Su nombre no significará un linaje, sino un futuro inesperado. ¡Dios viene! ¡Dios se compadece! «¡Sol naciente que viene a visitarnos!». Dios no está en el pasado, sino que abre el futuro. El nacimiento no es una perpetuación de lo que era, sino la audacia de la fe en el porvenir. La gracia de Dios se renueva sin cesar. Juan será el precursor de la gracia, llamando a los hombres a superarse para ir al encuentro de la aventura. Viene nuestro Dios... Para acudir a su cita es preciso ir más lejos.

*
**

**Oh Dios que te compadeces,
bendito seas, pues renuevas todas las cosas.
Concédenos poder acceder a la fiesta que viene
como quien acoge un nacimiento
que lleva en sí la aurora de un futuro nuevo.**

*
**

**Oh Señor, que jamás reniegas de tu Alianza,
te damos gracias con todos los profetas
que esperaron el día de tu venida.
Te damos gracias con Juan Bautista,
que nos señaló al Cordero de Dios
y preparó en el desierto el camino de tu cita.
Por eso, en comunión con la Iglesia de todos los tiempos,
aclamamos incesantes tu amor.**

DADLE VOZ A LA ALABANZA

2 Samuel 7,1-5.8b-11.16. *David conquistó la ciudad santa y mandó construir para él un palacio de madera de cedro; es el rey de Israel y de Judá. Ahora está madurando un gran proyecto: edificar un templo digno del Dios que le sostuvo en sus empresas y centralizar el culto en Jerusalén. ¡Una gran ambición para un gran rey! Pero David no tendrá tiempo para emprender esa construcción que, al fin, realizará su hijo Salomón.*

En lo que se refiere a la dinastía que él fundaba, el rey fue más afortunado. Natán, el profeta oficial de la corte, será no sólo el artífice de la ascensión de Salomón al trono, sino el intérprete ante el rey del favor divino. Así, aunque David, que todo se lo debía a Dios, no pudo edificar el templo, Yahvé consolidará más tarde su trono.

El salmo 88, salmo real, celebra la promesa de Dios a David en lo referente a su descendencia. Es posible que su objetivo sea acreditar la idea dinástica en un momento de crisis, quizá con ocasión de la división del reino.

Lucas 1,67-79. Nueve meses de silencio: tiempo para que la palabra divina madure en el corazón de Zacarías, y tiempo también para que el sacerdote se abra a la gracia.

Originariamente, el Benedictus cantaba sin duda al Mesías, e hizo falta toda la astucia de Lucas para aplicarlo a Juan Bautista. Pero ¿qué importa eso, si lo que el poema canta es la salvación en marcha? En efecto, el niño que acaba de nacer es como el anticipo del otro niño, del que lleva María y en el que se cumplirá la antigua promesa hecha a Abrahán. En él, Sol de lo alto, serán bendecidas todas las naciones. «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz intensa; habitaban tierras de sombras, y una luz les brilló» (Is 9,1). Aquí se alude a todas las naciones: las provincias separadas de Jerusalén y sometidas entonces al yugo asirio; los pueblos paganos que Lucas tiene la satisfacción de ver entrar en el concierto de las Iglesias.

«Inmediatamente se le soltó la lengua a Zacarías y empezó a hablar bendiciendo a Dios». La duda y el miedo dejan paralizado al hombre en su sitio, presa de un mutismo que no es el silencio del recogimiento, sino la incapacidad para el Espíritu de abrirse camino. Zacarías, que no era más que un simple anciano, quería que se le diera una señal; había olvidado la lección de Abrahán... No quería ponerse en marcha sin estar seguro de encontrarse en el buen camino. Y se le dio una señal: nueve meses de reclusión, el tiempo para poder Dios realizar su obra y crear a un hombre que fuera el signo de su gracia.

¡Pero Dios únicamente condena para liberar mejor! Pacientemente, ha transformado el mutismo del anciano sacerdote en un silencio interior en el que la Palabra se prepara, germina y se desarrolla. Durante nueve meses ha rumiado Zacarías la palabra; ha leído el acontecimiento, como se diría hoy, a la luz de las Escrituras. Por eso, una vez que ha nacido el niño, ya no tiene nada más que buscar: se convierte en sacerdote de la nueva alianza. Su papel ya no consiste en ofrecer sacrificios interminables, sino en dar voz a la palabra de todo un pueblo.

¡Oídle cómo da gracias a Dios!

«¡Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado a su pueblo!». Hoy ha venido la salvación a esta casa. ¡Ha liberado mi palabra, ha liberado su gracia! El tiempo se ha cumplido: Dios ha suscitado su fuerza en la casa de David, acordándose de sus promesas y de su fidelidad. Ha recordado su santa alianza, el juramento que hizo a nuestro padre Abrahán para los que pusieran en él su fe.

«Y tú, niño, serás profeta; prepararás el camino del Señor. guiarás a su pueblo en la luz que procede de lo alto. Fuiste concebido por la bondad de nuestro Dios; llevarás la paz a los que vagan en las sombras de la muerte».

Sí, ha nacido el día. El astro de la mañana viene a visitarnos. La luz de un nuevo día ilumina nuestros desiertos. Juan marchará pronto al desierto, y allí permanecerá hasta el día en que haga su aparición el que es para los hombres la luz verdadera, la vida y la esperanza.

*
**

**He aquí la ternura del corazón de nuestro Dios:
de lo alto del cielo
ha bajado un astro a visitarnos.
Guía, Señor, nuestros pasos,
hasta la luz de tu gracia,
Jesucristo, tu hijo, tu rostro.**

EL TIEMPO DE NAVIDAD

«Lo que nuestras manos palparon del Verbo de la Vida»

El Verbo se hizo carne... Las palabras se atropellan como si quisieran eliminarse unas a otras, y de pronto se enlazan para expresar el misterio más profundo de nuestra fe. Ya es maravilloso que Dios sea amor y ternura, y no rigor y soledad; aunque... ¿no será ésta una simple «manera de hablar»? Ahora bien, nosotros proclamamos que no fue sólo la palabra de Dios la que se hizo carne, rostro e historia, sino también la Palabra que está en Dios. Jamás religión alguna había llevado a tal extremo la interminable búsqueda de Dios, a la que los hombres vienen dedicándose desde el origen de los tiempos, desde que se asombraron ante lo que escapaba a su comprensión inmediata. ¡El Verbo se hizo carne!

El Verbo, el Logos, la Palabra: ¿cómo expresarlo? Para nosotros, que hemos dissociado el pensamiento del discurso, el verbo interior de la comunicación humana, la palabra muchas veces no es más que un signo exterior, un esfuerzo mal recompensado, cuando no una falsedad más o menos consentida. Damos la razón a Boileau cuando dice: «Lo que se concibe bien se expresa con claridad». Pero no menos pensamos, con Hamlet, que sólo son «palabras, palabras, palabras...» Sin pensar siquiera en ello, decimos, como para disculparnos por nuestra imprecisión: «Lo que quiero decir es...»; pero apenas conseguimos decirlo.

La Biblia, que se formó en el seno de un pueblo carnal y concreto, considera la palabra en su fuerza, en su aparición, en su inesperada novedad y casi en su magia o su fascinación. Ella descubrió, muchos siglos antes que nuestros lingüistas, lo que hoy llamamos «la palabra performativa». Palabra que supera la expresión de un contenido objetivo, para ser acción, llamamiento, seducción u obstáculo. Una palabra como nuestro «te amo», que todos sabemos perfectamente que es muy distinto de la banal constatación: «Está lloviendo». Cuando la Biblia dice de Dios: «Dijo... y fue hecho», expresa, elevándola a enorme altura, una experiencia humana que todo hombre puede hacer, con tal de que no hable para no decir nada.

Dios habla, Dios se expresa, aunque sea inexpressable. En Dios, la Palabra es la expresión del ser. En el Principio existía la Palabra, en ese principio que es el origen absoluto, puesto que es Dios mismo. Dios existe hablando: Dios es diálogo, palabra intercambiada, comunicación absoluta, comunión perfecta. Por haber aislado nosotros al ser en una soledad infranqueable, nos cuesta trabajo concebir la Trinidad divina. Pero ésta, aunque sigue siendo un misterio, no es un «problema» para el hombre que vive su propia existencia en el cara a cara interpersonal que le permite hacerse. Dios es palabra dinámica: existe actuando, hasta el punto de que su Palabra le es consustancial, su otro yo, por así decirlo. Lo de «dijo... y fue hecho» hay que afirmarlo de Dios mismo, y no sólo de sus acciones en el mundo. Dios es, porque él *se dice* en su Verbo eterno.

Podríamos detenernos aquí, contemplar esta revelación y fundamentar la fe sobre un conocimiento. Tal fue la tentación de la gnosis, que causó estragos en la Iglesia primitiva; y tal sigue siendo la tentación de los hombres que se niegan a ser ellos mismos «carne y sangre». Pero la Palabra se hizo carne. No por condescendencia, sino por una especie de impulso interior, de amor superabundante, de deseo: ¡el hombre fue creado a imagen de Dios! ¿De qué sirve conocer a Dios si esa revelación no nos enseña nada referente al hombre y si debemos quedar enredados en los lazos de nuestra atormentada historia?

«Lo que dice el Señor Dios» es un hombre, una historia, una pasión. Una historia minúscula, con acento de arameo provinciano; una pasión casi irrisoria en manos de unos políticos de baja condición. El Verbo se hizo carne, y nosotros hemos visto su gloria a través de un Evangelio hecho de historias, encuentros, signos, parábolas... Una historia cotidiana, como la nuestra.

El Verbo se hizo carne. Se hizo amor fraterno y amistad, capacidad de perdón y ternura de una mirada. Por sus venas corre sangre de hombre, y de su corazón brota agua viva. Fue a Caná y a la cruz; conoció a Pedro y a Magdalena, a ti y a mí. Después de haber hablado por medio de tantos profetas, Dios se puso a hablar por boca de su Hijo eterno, que es el rostro de su gloria. Su palabra penetró en el hombre, pero con la humildad de un rostro ofrecido, a través del quejido de una voz que se apaga, en la pasión de un hombre que lo arriesga todo, incluso a sí mismo.

El que ama conoce a Dios, canta el apóstol Juan; pero es un conocimiento hecho de carne y de sangre. Para siempre, el camino del conocimiento de Dios pasará por los recovecos de nuestras historias humanas. Ya no están por un lado la Palabra eterna y por otro los balbuceos del hombre. En el corazón de la Alianza nueva está Jesucristo, Palabra de Dios en nuestra carne. En adelante, las palabras en nuestros labios son las palabras de Dios, llamamiento y comunión, grito y canción, puesto que el Verbo prosigue en cada hombre la historia de Dios-con-los-hombres.

*
**

La liturgia del Tiempo de Navidad apenas se detiene en el pesebre. Es celebración de la Encarnación. Nos coloca de sopetón ante unos hombres y mujeres que creyeron en Jesús. Juan y María en el sepulcro, Simeón en el templo y Esteban frente a la muerte; Andrés, Natanael, una higuera, una casa; una multitud hambrienta en el desierto, un leproso en el camino; Cafarnaún. Todo es concreto.

Sustentando este conjunto, escuchamos los múltiples acentos del único mensaje de Juan, el Anciano, en pugna con la pérfida gnosis. «Lo que nuestras manos palparon del Verbo de la vida... El que ama permanece en Dios... Hijitos míos, huid de los Anticristos».

Que la celebración de la Palabra y del Pan robustezca en nosotros, cada día, la fe en el Dios hecho hombre, pero también la fe en el hombre, que ha sido llamado a ser hijo de Dios. Un hombre de carne y sangre. ¡Ese hombre eres tú!

*
**

**Te damos gracias, Padre de los hombres,
Dios que amas tanto al mundo
que le entregas a tu propio Hijo.
El, rostro que irradiaba tu ternura,
ha compartido nuestra humanidad;
pobre de nacimiento,
se entregó hasta el extremo.
En él nos dices tú tu palabra de paz
y nosotros conocemos
lo que tú eres para nosotros.
Con todos cuantos han reconocido en él
tu misericordia y tu gloria,
te cantamos y te bendecimos.**

*
**

**El que camina en la luz
está en comunión con Dios.
Si caminamos en las tinieblas,
no realizamos la verdad.
Si confesamos nuestro pecado,
Dios nos purifica y nos santifica.
¡Ilumina, Señor, nuestros caminos!**

Este escrito es tan rico como complejo. ¿Se puede encontrar en él un hilo conductor que ayude a seguir la lectura continuada propuesta por el leccionario? Parece ser que sí, con tal de que se resitúe la epístola en su contexto y se familiarice uno con el modo de escribir y de razonar del autor.

En primer lugar, el contexto. La ocasión del escrito fue una circunstancia concreta. La comunidad eclesial se halla dividida por obra de unos embusteros que tratan de seducir a los fieles: «Muchos anticristos han aparecido... Salieron de entre nosotros» (2,18-19). Es bastante fácil reconocer en ellos a adeptos del gnosticismo, es decir, de una doctrina que se considera superior y que pretende conocer a Dios sin pasar por la mediación de la encarnación: «¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo?». Para los gnósticos, Jesús no puede ser el «Cristo celestial»; a lo más, estuvo habitado por éste desde su bautismo hasta la pasión, exclusivamente. En cualquier hipótesis, el conocimiento de Dios (la gnosis) es, entonces, una visión directa que nada tiene en común con las realidades terrenas y carnales. El gnóstico posee la verdad superior, y en esto se opone a la fe de la comunidad eclesial, fundada en el reconocimiento de Jesús como Hijo de Dios. De hecho, el gnosticismo fue el primer ataque a la cristología naciente, pero a la vez planteaba la cuestión radical de la fe: ¿cómo conocer a Dios?; o, formulado a la inversa, ¿cómo se revela Dios?

¿Qué responde el apóstol? Su epístola, probablemente destinada a todas las Iglesias de Asia Menor, no pretende hacer una refutación doctrinal de la herejía. Es más bien un consuelo que se proporciona a los fieles y una afirmación nítida de la verdad auténtica. Si en esta carta afluyen las afirmaciones fundamentales de la fe, apenas se las justifica; más bien se las repite indefinidamente. Sin embargo, la preocupación de prevenir a la Iglesia contra el gnosticismo condujo al autor a poner de relieve una serie de verdades nunca afirmadas con tanta claridad y fuerza hasta entonces en el Nuevo Testamento. Nos hallamos ante una de las cumbres de la revelación cristiana, fruto de la reflexión de la joven comunidad sobre el realismo de la encarnación y sobre la cuestión propiamente teológica del conocimiento de Dios. «Todo el que ama conoce a Dios» (4,7): ésta es la extraordinaria relación entre el amor y el conocimiento, porque «Dios es amor» (4,8). «Si alguien confiesa que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios» (4,15): ésta es la relación tan prodigiosa entre la fe cristológica

y la vida en Dios. Y este doble criterio constituye uno solo, puesto que «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él» (4,9); y también: «Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él» (4,16). Fe y amor son el único camino que nos lleva al conocimiento de Dios. Los gnósticos, al negar a Cristo Jesús y dividir a la comunidad, carecen de toda pretensión válida para conocer a Dios.

Ahora hay que captar la manera de avanzar que tiene el autor, su estilo. Podríamos intentar verlo con claridad distinguiendo diversos estratos torpemente ensamblados, aunque en realidad no es forzoso apelar a tal recurso, porque la epístola presenta una unidad literaria real.

Más vale captar cómo el autor avanza por medio de espirales, haciendo reiteradamente unas mismas preguntas e iluminándolas con nueva luz cada vez.

Hay una frase-clave importante: «En esto conocemos... Nosotros sabemos...» Se trata de proporcionar a los fieles unos criterios de «verdad» para que los opongan a las pretensiones de la gnosis. Por ejemplo: «En esto conoceréis el Espíritu de Dios: todo espíritu (todo profeta) que confiesa a Jesucristo, venido en la carne, es de Dios, y todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios» (4,2-3). O también: «Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos» (3,14).

Según el análisis propuesto por la Traducción Ecuménica de la Biblia, el autor volvería por tres veces sobre este asunto de los criterios. ¿Cómo sabemos que estamos «en comunión con Dios»? Una primera explicación (1,5—2,28) se articula en torno al tema de la luz. «Si decimos que estamos en comunión con él, y caminamos en tinieblas, mentimos y no obramos la verdad» (1,5-6). Una segunda explicación (2,29—4,6) describe la comunión con Dios en términos de filiación: «En esto queda claro quiénes son los hijos de Dios: quien no ama a su hermano no es de Dios» (3,10). Tercera explicación (4,7—5,12): la comunión con Dios es participación en la vida misma de Dios. Quizá se trate aquí no tanto de criterios cuanto de poner de relieve el fondo de la vida cristiana: «Dios es Amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (4,16).

LOS TESTIGOS DE LA LUZ

Propiamente hablando, no hay «octava de Navidad», en el sentido de la prolongación de la misma fiesta a lo largo de toda una semana. Únicamente la Pascua de Resurrección se celebra con una octava de esas características. Al día siguiente comienza una serie de fiestas que desde siempre se han asociado a la encarnación, porque celebran a los santos del Nuevo Testamento. Y a continuación vienen unos días «feriados» en los que Simeón y Ana, a su vez, se constituyen en testigos del Verbo hecho carne.

Unos testigos. Del Bautista ya decía el Evangelio que había venido a dar testimonio de la luz, pero esta definición sirve para todos cuantos son llamados a señalar al Cordero de Dios. Esteban muere como una perfecta imagen del Señor en la cruz y da testimonio del Hijo del hombre, a quien ve de pie en la gloria del Padre. Juan, el discípulo amado, entra en el sepulcro, y allí ve y cree; percibe en la fe lo que el ojo humano no puede comprender. Los Santos Inocentes, aun antes de poder hablar, son llamados a unirse a Cristo en el misterio del amor escarnecido y, sin embargo, victorioso. Simeón reconoce al Mesías y entona un cántico a la Luz que contemplan sus ya semi-cerrados ojos, mientras que Ana experimenta el gozo de ver colmada su esperanza. Sí, evidentemente, «la Luz vino a este mundo y es vida para aquellos que la reciben».

En estos días, en los que la Iglesia no deja de proclamar su fe en el Verbo hecho carne, nuestras liturgias pueden ayudarnos a ser también nosotros testigos de esa luz que las tinieblas jamás podrán extinguir. Luz de la fe: «El que camina en la luz está en comunión con Dios».

*
**

**El que ha nacido de Dios
ya no comete pecado...
El que pone en Jesús su esperanza
se conserva puro como él es puro...
Fijaos qué amor nos tiene el Padre,
que somos hijos de Dios...
¡Dios de ternura,
haz que permanezcamos en ti!**

FIESTA DE SAN ESTEBAN PRIMER MARTIR

NIÑO ANTE LA MUERTE

¿Por qué se celebra esta fiesta del primer mártir al día siguiente de Navidad? La explicación se remonta a los orígenes del ciclo de Navidad: así como la reflexión teológica sobre la verdad de la encarnación daba origen a las fiestas de Navidad y Epifanía, así también movió a las Iglesias de Oriente y de Occidente a asociar a dichas fiestas a los santos del Nuevo Testamento, «los hombres que por una u otra razón habían sido los más próximos servidores del Verbo hecho carne» (P. Jounel, «Le culte des saints», en *L'Eglise en prière*, Desclée 1961, p. 774). Así, antes de Navidad encontramos a Juan Bautista y, después de esta fiesta, a Esteban, Santiago y Juan Bautista, los santos Inocentes e incluso Pedro y Pablo (excepto en Roma).

Hechos 6,8-10; 7,54-60. *No es más el discípulo que su maestro. Se nos refiere cómo Esteban realizaba prodigios y señales fulgurantes ante el pueblo, exactamente lo mismo que había hecho Jesús. Sus palabras exasperaban a los de la Sinagoga, que discutían con él como lo habían hecho con Jesús, incluso cuando era niño. Esteban era un hombre rebosante de fervor y de entusiasmo, sin duda uno de los primeros en romper con el pasado judío. Helenista como era, predicaba preferentemente en las sinagogas reservadas a los judíos de origen griego. Su palabra era tan diáfana como la de Cristo; denunciaba el apego supersticioso al templo y proclamaba la primacía del hombre sobre la Ley.*

Aquello inquietó a unos cuantos, y Esteban fue detenido. ¡El proceso a Jesús volvía a empezar! La misma acusación y los mismos testigos; y también la misma defensa por parte del acusado: nuevamente se oyeron palabras de confianza y de perdón, incluso este supremo testimonio que recordaba el de Jesús: «Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre que está en pie a la derecha de Dios». La muerte del discípulo reproducía la del Maestro.

El salmo 30 se lee como una demanda de auxilio. Desde el principio hasta el fin, se expresa en él la confianza del hombre perseguido que no tiene más recurso que la fidelidad de su Dios. Por otra parte, se entrevé un desenlace feliz: «¡Tu amor me hace danzar de alegría!».

Mateo 10,17-22. ¡Sombrias perspectivas! «¡No os fiéis de los hombres!». Desconfiad incluso de vuestros padres y de vuestra familia...

La palabra de Dios es una espada acerada que penetra en el corazón del hombre, poniendo al desnudo sus pensamientos más íntimos. El hombre no puede permanecer indiferente ante ella: o se humilla o se rebela; o se enfrenta a su pecado o se hunde en el orgullo y en la suficiencia.

En todas las épocas ha habido hombres que han dado testimonio de la verdad y de la rectitud. ¿Sabían ellos que por su boca hablaba el Espíritu de Dios? La mayoría de ellos corrieron idéntica suerte: fueron llevados ante los tribunales y entregados a los verdugos. Sufrimientos incalculables sobre los que se edificaron los más altos valores de la humanidad y que dan testimonio de la otra dimensión del hombre. Sólida tierra en la que ha hundido sus raíces la Iglesia: ¡Esteban moría cuando Pablo nacía a la vida!

**

¡Curioso destino el de Esteban! Si hemos de creer a Lucas —que escribe con un escrupuloso respeto a sus fuentes—, este Helenista fue elegido para servir a las mesas, como solución a un litigio institucional que paralizaba ya a la Iglesia de Jerusalén (Hch 6). Pero la palabra habita a Esteban, y es en él más fuerte que nada: ¿es él el hombre del Nuevo Testamento en quien mejor llegó a hacerse carne y sangre la palabra? Ya sabemos que aún está Pablo por venir, pero de momento todavía está sordo y ciego. En el fondo, no le desagrada del todo a ese teólogo de la misión que es Lucas presentar a Esteban como el primer misionero, el testigo del Verbo hecho carne. Y tanto peor para la distribución de los víveres a las viudas de la Iglesia naciente... ¡Prioridad para la palabra!

Esteban habla con el candor de un niño. No entiende de cautelas oratorias ni de sutilezas diplomáticas. Tiene un modo de leer ante el Sumo Sacerdote la historia sagrada que es todo un modelo de requisitoria diáfana, en la que todo pretende obstinadamente demostrar, hasta el extremo, la vanidad del Templo y, por consiguiente, de la religión instalada, culturalizada, momificada. Esteban no quiere otra adoración que la dirigida al Dios creador y «al Hijo del hombre que está en pie a la derecha de Dios». Una religión en la que Dios y el hombre se reconocen cara a cara, sin ninguna mediación inútil y vana. El mismo Esteban, ante la muerte, se transfigura en esa gloria de la que otro protomártir, Ireneo, en Galia, dirá que «¡la gloria de Dios es el hombre vivo!».

Religión de encarnación, religión del hombre. Y, sin embargo, «¡no os fiéis de los hombres!». Las guerras de religión son las más sangrientas e inhumanas de todas. Jesús murió en medio de un verdadero conflicto religioso; ya su nacimiento había sido una especie de protesta divina frente a las religiones que habían encerrado el futuro de Dios en el cortocircuito de su propio pasado. A causa de Jesús, los hombres se van a denunciar y a entregar mutuamente al poder secular; la encarnación lleva en sí o el reconocimiento o la traición del hombre por el hombre. Pero, «cuando os arresten, no os preocupéis de lo que vais a decir o de cómo lo diréis: el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros».

¿Para decir qué? No para defenderse, ni siquiera para construir una argumentación convincente, sino para liberar la verdad: «¡Señor, no les tengas en cuenta este pecado! ¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!». Palabras que expresan la verdad del hombre cuando Dios lo habita de tal manera que ya no forma con él más que una sola carne y un solo espíritu. Palabras de niño, es decir, del hombre plenamente abierto al futuro y libre de perdonar y de reconocer a Dios más allá de las barreras religiosas.

A lo largo de toda su vida, Jesús vivirá como un niño, asombrado, cautivado, libre, entregado enteramente al Padre y enteramente dado a los hombres. Y morirá también como un niño, en la dura desnudez de un nacimiento. Hoy son enviados a la muerte hombres y mujeres por atreverse a juzgar las estructuras de este mundo con la lucidez de los niños. Y los sumos sacerdotes de nuestras religiones fracasadas intentan hacerles callar lapidándolos. ¿No deberemos rezar sin descanso para que, ante la muerte, esos hombre y mujeres pronuncien, aunque sea en un último suspiro, el testimonio del Espíritu: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen»? Y es que ésta es la única frase que Dios ha escogido para salvar al mundo. Una frase hecha carne hasta la última gota de sangre.

*
**

Jesucristo,

venido en la verdad de nuestra carne,
te adoramos y te bendecimos,
porque tú eres el Hijo del hombre
y estás de pie en la gloria del Padre.

Palabra engendrada antes de los siglos,
en quien todas las cosas subsisten,
te damos nuestra fe y nuestra esperanza,
porque tú eres la verdad

en quien el hombre descubre su futuro y su libertad.

Frente a la muerte,
perdonaste a los que te golpeaban
y dejaste que el Espíritu pronunciara en tus labios
las palabras que reconcilian.

Hoy te pedimos nosotros
por los hombres y mujeres
martirizados en nombre de la fe.

Que sean contigo una sola carne,
a fin de que el testimonio de su sangre derramada
diga al mundo la palabra de eternidad
que sólo el silencio puede evocar
en esa visión del más allá
en la que tú tiendes los brazos a todo amor
que se entrega hasta el extremo,
para que al fin irrumpa la eternidad.

27 de diciembre

FIESTA DE SAN JUAN EVANGELISTA

UNA MIRADA, UNA PALABRA

1 Juan 1,1-4. *¡Por la unidad de la Iglesia! Cuánta grandeza y cuánta fortaleza se encierran en esta frase: «Os lo anunciamos para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo!»! Por la unidad de la Iglesia, maltrecha hoy por una disputa tan vieja como el hombre: ¿cabe imaginar siquiera que Dios haya podido sufrir y morir como un simple mortal? Ya en los primeros tiempos del cristianismo —aunque la historia se repite bajo formas insidiosas para cada generación— hubo quienes no podían admitirlo, poniendo en cuestión la realidad misma de la encarnación.*

Desde el prólogo, todo queda dicho: el Verbo (el Logos que los gnósticos pretenden conocer directamente) se manifestó en Jesús. «Lo hemos visto y oído, contemplado y palpado con nuestras manos». Así se nos remite a la tradición evangélica, que no es una teoría erudita, sino una historia avalada por testigos. Jesús es el Hijo de Dios. En Jesús contemplamos la Vida «vuelta hacia el Padre».

El salmo 96 forma parte de un grupo de cánticos de entronización en honor de Yahvé. En su origen, por lo tanto, servía para aclamar el retorno glorioso del arca después de una campaña militar. Canta el terror del enemigo ante la omnipotencia divina y refiere el temblor de la tierra cuando la visita Dios. Pero hoy ya no hay que temblar: si Dios se revela todavía en un monte, lo hace con rostro de hombre, con el rostro del hombre transfigurado.

Juan 20,2-8. María ha visto que el sepulcro está abierto y corre adonde están los discípulos, pero sólo puede hacer una banal constatación: «Se han llevado del sepulcro al Señor». María piensa en ladrones de cadáveres. Es verdad que aún no ha despertado del todo y no es un modelo de creyente; a pesar de lo cual, para los tiempos venideros será la iniciadora, la que presintió las secretas promesas del cuerpo sin vida que ella tanto amó.

Pero aún le queda camino por recorrer. Primero necesita escuchar el testimonio oficial de la Iglesia, el que da Pedro y para el que el príncipe de los apóstoles reunió todas las pruebas: las vendas por el suelo y, en un lugar aparte, el sudario cuidadosamente doblado. Son unas pruebas silen-

ciosas, pero ¿acaso no es el tiempo del recogimiento, en que cada objeto adquiere el valor de signo visible que remite a lo invisible? La ausencia del cuerpo no es, ciertamente, la prueba de la resurrección; es el inicio de que el poder glorificador del Espíritu no ha olvidado el cuerpo,

Juan es el último en llegar al final del camino. Ve las vendas, pero no las hace caso. En efecto, su mirada se ha vuelto ya hacia el interior; si revuelve algo, es en sus recuerdos y en su corazón. El vino de las bodas, el templo purificado, Lázaro... Otros tantos presentimientos de lo posible, de un insospechado orden de las cosas. Un sepulcro abierto y unas vendas, una mujer y dos hombres para interpretar... Todo es ordinario y cotidiano, pero todo tiene valor de signo. «Vio y creyó».

*
**

Un recién nacido al que una mujer envuelve en pañales. Un sepulcro abierto y las vendas del sudario enrolladas cuidadosamente. En el intervalo, un hombre semejante a los demás en todo. Al comienzo, un puñado de pastores, pobres de corazón, glorificaban a Dios por lo que habían visto. Al final de la historia, el discípulo a quien Jesús amaba vio y creyó. Hacen falta muy pocas cosas para que nazca la fe... Pocas cosas, pero infinitas como el corazón y el amor, y profundas como el calor de una mujer y el silencio del misterio. El discípulo entró y vio: ¡vio y creyó! Un momento después, exclamará María con todo su corazón y con todo el ímpetu de su natural: «¡Rabboni!». ¡Hermanos, lo que palparon nuestras manos os lo anunciamos!

Para que estéis en comunión con nosotros... Comunión de fe que vienen a sellar un poco de pan sobre nuestra mesa y la esperanza de nuestras manos unidas en lenguaje de paz. Comunión frágil, más débil que un niño apenas salido de su madre y más misteriosa que un sepulcro abierto sobre el silencio del ausente. Comunión de amor y de alabanzas que cualquier cosa puede romper si pretende ser algo más que la comunión fundada en la mirada contemplativa... Lo que vieron nuestros ojos y palparon nuestras manos... ¡era la Palabra de Vida! Palabra que el discípulo escuchaba, reclinada la cabeza sobre el corazón del Maestro, en aquella cena de despedida en que el amor se entregaba hasta el extremo. Palabra que María sentía penetrar en ella en aquella hora en que con su perfume anunciaba la hora de la sepultura. ¡Palabra de vida! ¡Hermanos, os la anunciamos!

Para que nuestro gozo sea completo... ¡Audacia suprema! Pero son tan pocas las cosas que se requieren para hacer que brote el gozo, como la vida hace saltar la piedra del sepulcro... Tan pocas cosas...: la ternura de una mirada, la seducción de una música, la paz de una mano amiga; y, en el corazón de todo esto, como un manantial que transfigura la carne, una palabra del Verbo de Vida, una palabra del Hijo del hombre, una palabra del Amor hecho carne. Jesús le dice: «¡María!»... Jesús le dice: «Pedro, ¿me amas?».

Jesucristo,

**niño que aprendes poco a poco la palabra,
al principio eras tú
palabra que alumbraba al mundo.**

**Tú, el más hermoso de los hijos de los hombres,
rostro que cautiva los ojos de nuestro corazón,
al declinar el día conociste el sepulcro,
y nuestras manos tocaron la frialdad de tu cuerpo.**

**Hoy te reconocemos
en la fascinación de la belleza,
en el silencio affigido de nuestras penas,
en el balbucir de la fe en busca de sí misma.**

**Jesucristo, Señor y Dios nuestro,
dígnate abrir nuestros ojos y dirigir nuestras manos
para que en la comunión de nuestras esperanzas
encontremos la alegría y la paz,
más allá de la muerte,
en ese diario alumbramiento
que es el germen de la eternidad.**

*
**

**Oh Dios, a quien ningún ojo vio,
bendito seas por el reflejo de tu gloria
manifestada en Jesús, tu Hijo amado.**

**Palabra engendrada antes de los siglos,
él vino a hablarnos de tu amor
y vivió entre los hombres.**

**Lleno de gracia y de verdad,
él nos transmitió tu perdón
y nos salvó de la muerte.**

**Por eso te damos gracias
y te cantamos
en la paz del Espíritu.**

FIESTA DE LOS SANTOS INOCENTES

SOLIDARIO DE LOS EXILIADOS

1 Juan 1,5—2,2. *El escrito se propone restablecer la comunión plena de la Iglesia, maltrecha por la herejía gnóstica. Para conseguir este objetivo, Juan se propone, según sus propias palabras, «desvelar» el mensaje de Cristo, no porque lo desconozcan los destinatarios de la carta, sino porque deben ahondar cada vez más en sus exigencias. ¿Qué hay que hacer para estar en comunión con Dios? Caminar en la luz (1,5—2,2) y guardar el mandamiento del amor (2,3-11).*

Así pues, hay en el punto de partida una exigencia fundamental de verdad; de una verdad, por lo demás, siempre por hacer. Hay que empezar por denunciar las ilusiones alimentadas por los gnósticos, los cuales dicen estar sin pecado y en comunión con Dios. El autor apuntaba probablemente a la pretensión de los herejes de vivir una moral superior que, de hecho, no era más que una especie de amoralismo sin pecado. Se sabe, en efecto, que despreciaban la «carne», no la licencia sexual, ante la que cerraban los ojos, sino simplemente lo cotidiano de la vida, empezando por el amor fraterno.

A esta actitud catastrófica, puesto que negaba la verdad, opone Juan el auténtico comportamiento cristiano, que consiste en una conversión constantemente renovada, que se expresa en la confesión de los pecados. Quien actúa de este modo obra la verdad en sí mismo: camina en la luz y realiza la comunión con Dios. Mejor aún: está sin pecado, pues el creyente es salvado por Cristo.

El salmo 123 está catalogado entre los cánticos de subida. En realidad, es un pequeño salmo de acción de gracias que, con imágenes muy realistas, menciona los diversos peligros de los que se han visto libres los fieles.

Mateo 2,13-18. ¿Es simbólica esa matanza de niños en Belén ¡Sin duda alguna! Pero con tal de que se recuerde que el símbolo siempre tiene sus raíces en la realidad humana, que en este caso es el sufrimiento y el clamor de los hombres que mueren de hambre, el amargo llanto de las columnas de exiliados y el silencio de los prisioneros aterrorizados. Es Raquel, que solloza porque el Asirio deporta a sus mejores hijos a tierra extranjera; es Jacob-Israel, que conduce hacia Egipto sus rebaños diezmados por el hambre.

¿Qué respuesta da Yahvéh a esos lamentos? «Reprime tus sollozos, enjuga tus lágrimas, Raquel. Hay una esperanza para tu descendencia» (Jr 31,16). En efecto, de Egipto sube ya un niño. ¿Será Israel que escapó de la cólera del Faraón y se dispone a atravesar el mar de los Juncos? ¿Será la joven Iglesia purificada en el agua del bautismo y el baño de las persecuciones? ¡Reprime tus sollozos, Raquel, porque Dios ha salvado un resto! «De Egipto llamé a mi hijo». Al grito de los hombres responde Dios enviando a su Hijo. Se llama Jesús, «Dios-salva».

*
**

Apenas ha nacido, y ya conoce el exilio. Hoy, en los campos de refugiados, crecen niños sin saber siquiera lo que significa la expresión «mi casa». Otros, en familias de nuestro entorno, han tenido que ser adoptados para poder llamar a alguien «papá» y «mamá». La lista de los pequeños exiliados es larga. Jesús fue uno de ellos.

No podemos olvidar que la historia del pueblo de Dios empezó en una especie de campo de concentración: en ese Egipto en el que la Biblia ve el símbolo de toda esclavitud. La historia del pueblo de Dios adquiere forma cuando un libertador toma conciencia de la miseria de sus hermanos y les conduce a través del desierto, en un largo Exodo. Sí, la historia de Dios se escribe con una paciencia inmensa y una atención renovada día a día. Tenemos toda la razón del mundo para denunciar a todos los Herodes, la violencia y el terrorismo de nuestro tiempo; pero ¿sabemos de veras la violencia interior que supone una paz que nos permite convivir en nuestra propia casa con el llanto de los oprimidos y el exilio de los extranjeros?

La fe es una continua desinstalación. ¿Os habéis fijado cómo actúa el Angel de Dios con José? No le desvela el futuro, sino que le ordena sobre la marcha: «¡Huye!», «¡Vuelve!», «¡Ve a Nazaret!». A cada día le basta su afán. Es una especie de exilio lejos de las certezas y los planes tranquilizadores. La fe consiste en un perpetuo éxodo. Estar en las manos de Dios como en un desierto... Aprender a vivir en comunión con Jesucristo, solidario de los exiliados y los extranjeros. Conocer el incesante peregrinar de una Iglesia que no tiene en este mundo ciudad permanente. Levantarse cada dos por tres, a mitad de la noche, porque se ha escuchado un grito: el grito de los inocentes, el grito del Inocente que carga con el pecado del mundo en un interminable vía crucis.

No hay nada tan penoso como un niño maltratado:
No permitas, Señor,
que sigamos haciéndonos los distraídos.
Abre nuestros corazones a lo que aún nos resulta ajeno,
pues tu Hijo supo tomar sobre sí
el rostro del niño rechazado.

Acaba con nuestra cómoda instalación,
pues únicamente en tu Reino
tenemos ciudad permanente
por los siglos de los siglos.

*

**

Por los padres que esperan la llegada de un hijo
y por los que padecen la prueba de la soledad,
te rogamos, Emmanuel, Dios con nosotros.

Por los exiliados en tierras lejanas
y por los que conocen la paz de un hogar,
te rogamos, oh Dios que nos llamas a la unidad.

Por los que despiertan a la aventura de un nuevo día
y por los que se encierran en sus nostalgias,
te pedimos, oh Dios, Sol naciente.

29 de diciembre

LA CITA

1 Juan 2,3-11. *En un segundo momento, Juan opone a la actitud de los fieles que guardan con fidelidad la Palabra, la actitud de los gnósticos, que para liberarse del yugo de los mandamientos se jactan de poseer un «conocimiento superior». Frente a ambas actitudes, saca la conclusión de que estos últimos viven en la mentira, porque, en definitiva, su comportamiento equivale a separar la fe de la vida de cada día.*

Así pues, el verdadero creyente es el que observa la ley; pero aquí, lo mismo que en el cuarto evangelio, esa ley se resume sencillamente en el mandamiento del amor. Este mandamiento es antiguo y nuevo a la vez: antiguo, porque tiene sus raíces en la tradición viva de la Iglesia; nuevo, porque en la cruz enseñó Jesús la profundidad con que el hombre está llamado a vivirlo.

El salmo 95 es una invitación a la alabanza. Cuando Dios viene a juzgar al mundo, la creación entera tiembla ante su majestad.

Lucas 2,22-35. *«Setenta semanas están fijadas sobre tu pueblo y tu ciudad santa para poner fin a la rebeldía, para grabar el sello a los pecados, para expiar la iniquidad, para instaurar justicia eterna, para sellar visión y profecía, para ungir al santo de los santos» (Dan 9,24). Hoy ha sonado la hora de la cita. Dios entra en su templo; viene a morar entre los hombres. Pero es una visita sin tambor y sin trompeta. Yahvé viene como un niño en brazos de su madre. Como un recién nacido consagrado al servicio de Dios, que es también servicio a los hombres. Movido por el Espíritu, Simeón va a su encuentro y bendice a Dios. El anciano contempla la gloria divina, y ahora ya puede morir en paz: es el viejo Israel el que se va para dar paso a la alianza nueva. Pero, aunque Simeón ve la gloria de Dios, la muerte ya se insinúa en el camino de Jerusalén. Dios visita a su pueblo, y comienza el juicio; efectivamente, allí está el niño «para que muchos caigan y se levanten en Israel». Dios viene como una señal, y María, la hija de Sión, se sentirá desgarrada por el drama de su pueblo.*

EL MUNDO VIEJO HA PASADO

Entre la inmensa muchedumbre que ha acudido al templo, Jesús pasa inadvertido. Los sacerdotes, demasiado ocupados con los ritos que deben realizar, no advierten nada especial. María y José se confunden con la gente de tal manera que Dios puede acudir de incógnito a la cita. Pero un anciano y una anciana esperan discretamente en oración; esperan al Mesías, y esperan con la paciencia infinita de las personas ancianas, a las que nada puede desanimar. Por eso sus ojos medio cerrados reconocieron al Señor. Salieron a su encuentro.

Siempre que Cristo acude a un encuentro, a una cita con nosotros, lo hace sin estruendo. Hoy acude pequeñín, como un recién nacido. Mañana acudirá discreto, como un amigo que llama a la puerta. Al atardecer, mendigará nuestra mirada, cuando lo expongan desnudo en una cruz. Y una vez resucitado, viene de nuevo, se aparece, pero nuestras manos no pueden retenerlo: apenas lo hemos reconocido, y ya ha desaparecido.

Simeón va al encuentro. Movido por el Espíritu, toma en sus brazos a Jesús. No todo es conforme a las normas, pues Simeón no es sacerdote del templo. Pero la religión ha de estar por encima de las normas ya hechas, y el anciano nos da ejemplo. Y es que el Hijo de Dios acude siempre a la cita para que cada cual le tienda los brazos y se funda estrechamente con él; para encontrarse con Dios hay que poner todo el corazón en ello. Y es, sin duda, por haber invitado Jesús a cada hombre a vivir su religión con el corazón, sin remitirse a otros, por lo que la irritada multitud pedirá un día su cabeza. Frente a Cristo, apenas hay más que dos actitudes posibles: o entro en el amor hasta morir por él (ése es el «mandamiento nuevo»), o rechazo el amor y pido la muerte de Cristo. Las citas con Cristo ponen siempre los corazones al descubierto, a plena luz.

Evidentemente, nuestra fe es una espada cortante que penetra hasta lo más profundo del corazón. Religión de Jesús, venido a hacer la voluntad del Padre. Religión de María, que medita estas cosas y emprende ya el camino del Calvario. Religión de Simeón, el creyente, que entona su «Nunc dimittis». El anciano lleva al niño en sus brazos, pero es el niño el que guía sus pasos. «Si quieres ser mi discípulo, déjalo todo», dice Jesús.

*
**

**Aislado, cada hombre busca en su propia noche;
las tinieblas han cerrado los corazones al amor.
Pero tú, Señor, enciendes
una luz nueva para guiar a todos los pueblos.
Guíanos, Señor, abre nuestros ojos
para que todos tus hijos
podamos caminar a un mismo paso
en la claridad de tu Hijo Jesucristo,
nuestro Señor.**

1 Juan 2,12-17. Hemos visto que a los gnósticos les gustaba llamarse a sí mismos «sin pecado», porque predicaban una moral supuestamente superior; Juan ya les ha condenado cuando escribe: «Si decimos que no hemos pecado, le hacemos [a Dios] mentiroso» (1,10). Ahora se dirige a los fieles con estas palabras: «Habéis vencido al Maligno».

De nuevo, se trata de reconfortar a los verdaderos creyentes. Estos están en la verdad; los demás, en el error. Al guardar la fe de la Iglesia, los creyentes acogen la obra de Dios en ellos; al dar su confianza a Cristo, se proporcionan un «abogado» ante el Padre. Ellos son, pues, y no los herejes, los que poseen la vida. ¡Que perseveren, a pesar de las fuerzas diabólicas que socavan la comunidad!

Salmo 95: cfr. el 29 de diciembre.

Lucas 2,36-40. «Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser»... En Israel, los nombres dicen mucho; dicen el destino de los hombres y revelan la historia del mundo.

Ana, «Dios-es-favorable». Dios acampó en medio de su pueblo; colocó a Israel sobre sus rodillas y lo mimó. Dios está lleno de gracia para el hombre; lo está para este Hijo de hombre que entra hoy en su templo y sobre el cual hace descender su favor.

Fanuel, «Dios-es-luz». ¡Alégrate, pueblo de Dios! Hoy ha brillado su luz sobre ti. Una estrella ha ascendido en el cielo nuevo y han cantado los ángeles: «¡Paz en la tierra a los hombres que Dios ama!». ¡Pueblo de Dios, alégrate! Una anciana ha hablado del niño a todos los que esperaban la liberación de Jerusalén. Todos la escuchan: ¿no es hija de la tribu de la «Felicidad»?

ALFA Y OMEGA

¡El mundo viejo ha pasado! El mundo, con sus deseos, está desapareciendo. Ana, la anciana profetisa, con ochenta y cuatro años a sus espaldas, debía de saberlo bien... ¡Sin duda, se ha acabado el tiempo de los deseos...! ¡Pues no! A Ana la sostenía un gran deseo: ¡servir a Dios, ver amanecer, por fin, el Día de Dios! Hija del Dios-luz, no podía dejar que se apagara en ella la lámpara del corazón antes de haber visto con sus propios ojos la luz de lo alto.

Hablaba del niño a todos los que encontraba. Se diría que había empezado a vivir una nueva vida... Y así es, porque, si el mundo viejo ha pasado, ¡ha nacido ya un mundo nuevo! Ha nacido aquí abajo, nimbado con la claridad de lo alto, pues es el mundo de Jesucristo, venido en nuestra carne. En él, la carne y sus deseos han recibido un sentido, una vida nueva. ¡Pero el mundo (viejo) no comprende nada!

«Lo que hay en el mundo, dice el apóstol san Juan, no procede del Padre... Deseos egoístas, codicia de los ojos, soberbia del dinero. No es una condena de la vida, sino una orientación nueva de la creación, desorientada por el pecado. «Vosotros, hijos míos, habéis vencido al Maligno...» Entonces, ¡que vuestros deseos egoístas se transformen en ardiente deseo de solidaridad y de paz; que vuestra mirada se haga contemplación del rostro de Dios en el rostro de todo hombre; que la riqueza sea en vuestras manos manantial de inesperada felicidad para los que nada tienen! Porque la palabra de Dios en nuestro corazón es llamamiento a una vida nueva, a una juventud en la que renacerá el mundo. ¿Quién no querría pasarse la vida guiado por semejante deseo?

*

**

**En ti, Señor, no hay tinieblas;
quien te contempla queda envuelto por tu luz.
Tú eres la vida
y el manantial de toda transparencia.
Enséñanos a verte tal como eres
y báñanos en la claridad de tu gracia:
entonces viviremos en comunión contigo
y en el deseo de amarnos unos a otros
en este mundo nuevo que tú has creado
para que perdure por los siglos de los siglos.**

1 Juan 2,18-21. «*Todos me conocerán, desde el pequeño al grande*». (Jr 31,34). *El autor sigue haciendo su llamamiento a la serenidad. Tampoco él sabe cuándo será la última hora de la historia, pero está convencido, con toda la Iglesia primitiva, de que esa hora decisiva llegará precedida de anticristos que se esforzarán por seducir a los fieles.*

Pues bien, los anticristos ya están a la puerta; incluso formaban parte de la comunidad antes de ponerse a predicar doctrinas contrarias a la fe. Hay motivos para vacilar, sin duda; pero los que se mantengan fieles pueden seguir sintiéndose seguros. Ellos son los que han recibido la Buena Noticia y los que han sido marcados con la unción. Por eso también han de ser ellos los que perseveren.

Salmo 95: *cfr. el 29 de diciembre.*

Juan 1,1-18. *A pesar de su unidad teológica, el prólogo está compuesto por una serie de diversas piezas que responden a diferentes momentos de la tradición joánica.*

El primer fragmento (vv.1-5) reproduce un pasaje himnico que relee de manera original los primeros capítulos del Génesis. La Palabra, al existir eternamente junto a Dios, tuvo parte preponderante en la obra de la creación. Sin embargo, con la caída del primer hombre irrumpió el pecado en el mundo, y lo creado, separado del Verbo, volvió a ser nada (el tohu-bohu de Gn 1,3).¹ Pero las tinieblas no pudieron detener la invasión de la luz, por ser ésta superior a ellas. Estos primeros versículos, teñidos de dualismo, probablemente representan el pensamiento de los medios bautistas y formarían un himno precristiano.

Los vv. 6-13 van dirigidos «contra» el Bautista. En efecto, después de la muerte de Jesús, la misión apostólica se encontró en su camino con algunos adeptos de Juan que seguían viendo en éste a «la Luz». Por eso nuestro texto insiste en que el profeta no fue más que un hombre enviado por Dios. Mientras él daba testimonio de la Luz, ésta venía al mundo. Pero ni el mundo ni los judíos la recibieron: así pues, el triunfo de la Luz se vio limitado por el libre albedrío del hombre y su negativa a abrirse a la gracia divina. Sin embargo, a los que reconocieron su luz, Cristo les dio el poder de pasar del campo de las tinieblas al de la Luz.

1. Con J. Schmitt, leemos este versículo de la siguiente manera:
«Todo fue por él,
pero, separado de él, lo creado volvió a ser nada».

Finalmente, en los vv.14-18 ha desaparecido todo rastro de dualismo. La Luz no es opuesta a la carne; al contrario, ha tomado carne, y esa encarnación es el momento decisivo de la historia de la salvación. En Jesús pudieron contemplar los hombres la gloria de Dios, y la mañana de Pascua puso de manifiesto la misericordia del Padre y su fidelidad a las promesas. Esta tercera parte del prólogo vuelve a interpretar el tema del Verbo, esta vez en un sentido claramente cristológico.

Así, la Palabra que procede de la boca del Padre no volvió a él sin haber producido su efecto. Como en los orígenes, tomó carne y realizó obra creadora; dio a un puñado de creyentes el poder hacerse hijos de Dios. Como el maná no era el verdadero Pan de vida, tampoco la ley mosaica había podido dar a los hombres «la gracia y la verdad»; no era más que la sombra de la Palabra auténtica encarnada en Jesucristo.

*
**

Los suyos no le recibieron. La pobreza de Dios se hace drama de Dios. Vino a los suyos y, al igual que todos, busca acogida y abrigo, comprensión y aliento. Dios viene a los suyos todos los días. Puerta cerrada a un Dios que no vive según nuestros reglamentos. Puerta cerrada a una Palabra que desconcierta nuestros pensamientos. ¡Navidad es también una fiesta de conversión! El Verbo se hace carne, y Dios sabe lo que le cuesta. Desde el pesebre hasta la cruz, el camino es uniforme.

Y no obstante... A los que creen en su nombre les da el poder de hacerse hijos de Dios. A los que creen en Jesús-Salvador, Dios de los pecadores, Dios de los perdidos, Dios de los humildes, Dios de ternura. Los que creen en su nombre... Los que perciben la luz en la oscuridad de la espesa noche, los que escuchan la Palabra en el silencio de una fe incesantemente zanzandada. ¡Pueblo de la Samaritana y del Ciego de nacimiento, grupo minúsculo de los pescadores de Galilea y de los últimos presentes al pie de la cruz! ¡Les dio el poder de hacerse hijos de Dios!

¡Nacieron de Dios! Venidos al mundo como vino Jesús, hijos e hijas de lo inesperado, de la pobreza, de la inseguridad. No tienen en este mundo otro apoyo que Dios, su amor y su Espíritu. Vienen al mundo en pleno viaje, y el tiempo les urge a proseguir el camino. Hijos frágiles, siempre llamados a renacer; hijos de un Dios al que nadie vio jamás. Pueblo de los sin nombre, de los apátridas, de los huérfanos según el mundo.

Hoy se va un año, según el mundo. Esta noche los hombres se desearán mutuamente un «feliz año» sin saber cómo será éste. Hijos de Dios, ¿seremos capaces de afrontar el futuro sin más equipaje que nuestra fe? En esto nos diferenciamos de todos los anticristos que querrían desviarnos hacia otros caminos que no son los de la Palabra cada día nueva. Sólo Cristo es el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Y no porque unos anticristos se llaman a sí mismos «hijos de Dios» vamos nosotros a seguirles por otro camino que no sea el de Dios-con-nosotros, Verbo hecho carne en la humildad de nuestra carne.

**Tú eres siempre mayor que nuestros planes,
tus designios superan nuestras previsiones;
por medio del Espíritu engendras a tu Hijo,
y en ese mismo Espíritu renuevas nuestras vidas.**

**Ven, Señor, una vez más
y haznos renacer en tu Palabra;
ensancha nuestro corazón
y responde a nuestra esperanza
hoy y por los siglos de los siglos.**

*
**

**Los buenos deseos que hoy nos intercambiamos
confiémoslos a Aquel que puede satisfacerlos
por encima de nuestras expectativas.**

**Te confiamos, Señor, a quienes tienen responsabilidades:
que sean ellos los primeros
en dar testimonio de lo que viven.**

**Te confiamos a quienes pueden propiciar la paz:
que se comprometan decididamente
en el servicio a los seres humanos.**

**Te confiamos la felicidad de nuestros respectivos cónyuges,
el futuro de nuestros hijos,
la salud de nuestros enfermos,
la realización de nuestros proyectos:
que en todas las cosas busquemos lo mejor.**

**Acreecencia nuestra fe y fortalece nuestra esperanza
para que seamos hombres y mujeres
según tu Palabra.**

EL LIBRO DE LAS VOCACIONES

SOLEMNIDAD DE SANTA MARIA, MADRE DE DIOS

MADRE DE DIOS

No todos los años se celebra la totalidad de los días que figuran en este apartado. Tómense los que haga falta entre el día del año y el domingo de la Epifanía.

Juan Bautista, Andrés y Juan, Simón-Pedro, Felipe, Natanael... Los primeros discípulos de Jesús se los da el Bautista. Ellos, a su vez, llevan a otros al Señor. Pero todos ellos son llamados: «¡Ven y verás! ¡Natanael, te vi!». Se cruzan las miradas, y una misma fascinación arrastra a algunos a quedarse con aquel a quien ha señalado Juan.

Las primeras páginas del cuarto evangelio, verdadero «libro de las vocaciones», hablan de la profundidad del llamamiento. Quedarse, creer, dar testimonio... La vocación hunde sus raíces en una relación personal con Cristo. Pablo dirá en otra parte: «¡Fui arrebatado!». Una fe que va de golpe al corazón de la revelación, pues fue Juan Bautista el primero en dar testimonio: «Este es el Hijo de Dios». Y Jesús dirá a Natanael: «Veréis el cielo abierto para el Hijo del hombre».

Para aquellos discípulos sí se abrió el cielo, y el Padre proclamó que Jesús era su Hijo. Dieron su fe al que reconocieron como la Palabra de Dios, como la palabra que llama a dejarlo todo por ella. Se entregaron a ese Jesús que hace nuevas todas las cosas y reúne a los hombres para las bodas de la eterna alianza. Recibieron de él un nombre nuevo.

¿Cómo podría ser la encarnación buena noticia para nuestro tiempo si ya no hubiera hoy hombres y mujeres que escucharan esa voz ni se encontraran con esa mirada? Es en la carne de nuestra historia donde la Navidad escapa a las ilusiones del sueño para seguir siendo la aurora de un mundo al que Dios ama hasta el punto de entregarle a su Hijo.

El título de «María, Madre de Dios» recuerda el gran debate teológico que apasionaba, cuando no los dividía, a los cristianos de los primeros siglos. Aquel debate se centró en la cuestión trinitaria: se trataba de conciliar la fe en la divinidad de Jesús con la fe en la unicidad de Dios. Numerosos teólogos de aquella época se contentaban con subordinar el Hijo al Padre; incluso algunos, como el obispo de Antioquía, Pablo de Samosata, llegaron a afirmar que Jesús no era más que un hombre, en quien había habitado el Verbo «como en un templo». El paladín de esta tendencia fue, indiscutiblemente, Arrio, que no sólo subordinaba el Hijo al Padre, sino que le negaba la naturaleza y los atributos divinos, como la eternidad y la generación divina; para este sacerdote alejandrino, que fue condenado por el concilio de Nicea (325), el Verbo no era más que una criatura.

Los arrianos, por otra parte, no contentos con negar la divinidad del Hijo, mutilaban su humanidad y le negaban un alma humana. De hecho, se inscribían en la corriente gnóstica que devaluaba la materia y, por lo tanto, la humanidad de Cristo, corriente contra la que se había alzado ya el autor de la 1.^a *Carta de Juan*. Ciertamente, en el siglo II Ireneo de Lyon había realizado una primera síntesis y había mostrado que el significado redentor de Cristo provenía del hecho de que éste hubiera recapitulado todas las fases de la existencia humana en una fidelidad absoluta a su Padre. Sin embargo, la síntesis de Ireneo no se conservó íntegramente; si la unidad de la persona de Cristo era generalmente admitida y, consiguientemente, dada por supuesto en el punto de partida, la explicación que de ella se daba era excesivamente unilateral. Occidente era excesivamente racional, mientras que la escuela de Alejandría privilegiaba el aspecto de revelación, interesándose sobre todo en el hecho de que Jesús, en cuanto Palabra, permitía conocer al Padre. Con todo, esta escuela no apreciaba en su justo valor la autenticidad humana de Cristo.

De hecho, la explicación, que debía hacer resaltar progresivamente todo el alcance del dogma cristológico, enfrentó entre sí a las escuelas de Alejandría y de Antioquía, en Siria. La teología de Nicea encontró su principal defensor en la persona del obispo alejandrino Atanasio, que consagró su vida a la tarea de intentar que las decisiones conciliares calaran en la vida de la Iglesia. Puso nuevamente de relieve el pensamiento de Ireneo, especialmente la doctrina del «intercambio», según la cual, Dios se hizo plenamente hombre para que, a su vez, el hombre pudiera vivir de manera divina. Defendió la divinidad de Jesús, pero también insistió en que, si éste no hubiera asumido la naturaleza humana en todos sus aspectos, el género humano no estaría auténticamente salvado. Hay que señalar, sin embargo, que Atanasio dejaba en la sombra la actividad humana de Jesús, haciendo de él un ser indudablemente penetrado de Dios, pero meramente pasivo, lo cual provocó la reacción de la escuela de Antioquía, que puso el acento en la humanidad auténtica del Salvador. Al revés que la escuela de Alejandría, que subrayaba con fuerza la unión de las naturalezas humana y divina, la escuela de Antioquía hacía hincapié en la distinción y en la plenitud de ambas. El pretexto para el enfrentamiento lo proporcionó un discípulo de Atanasio, Apolinar de Laodicea, que, presentándose como el portavoz de su maestro, arremetió contra la naturaleza humana de Cristo, lo cual suscitó una violenta réplica por parte de los teólogos de Antioquía Diodoro de Tarso y Teodoro de Mopsuestia, que rechazaban la encarnación propiamente dicha y únicamente admitían una mera inhabitación del Logos en el hombre Jesús. No confesaban el nacimiento del Hijo de Dios, sino el de un hombre en el que habitaba Dios.

La disputa estalló abiertamente cuando un sacerdote, Anastasio, se puso a censurar en sus sermones el título de «Madre de Dios» otorgado a María desde mucho tiempo atrás; ésta, según Anastasio, no podía ser llamada *Theotokos* (Madre de Dios), sino únicamente *Christotokos* (Madre de Cristo). Semejante afirmación originó una gran indignación, pues el título mariano criticado por Anastasio gozaba del favor popular. Se crearon entonces dos partidos: el primero, encabezado por Nestorio, nombrado obispo de Constantinopla por merced imperial; el segundo, dirigido por Cirilo, el muy enérgico obispo de Alejandría. En realidad, la disputa teológica se duplicaba con una rivalidad político-religiosa, y enfrentaba entre sí a los dos patriarcas más prestigiosos de la Iglesia de Oriente. En el año 431, el emperador Teodosio II, instigado por Nestorio, convocó en Efeso un concilio general cuyo desarrollo fue particularmente agitado. La unión no se consiguió hasta el 433, en que la unidad de la persona de Cristo fue reconocida como verdad de fe: «Pues se hace la unión de dos naturalezas. Por eso afirmamos un Cristo, un Hijo, un Señor. A causa de esta unión sin confusión, confesamos a la santa Virgen, Madre de Dios».

Números 6,22-27. *Se ha observado muchas veces que el título del libro de los Números en las biblias hebreas («En el desierto») le cuadraba perfectamente a la situación de Israel en aquella época. En efecto, el libro abarca el período de formación del pueblo en los desiertos que bordean Palestina al sur y al sureste.*

Sin embargo, la bendición de Nm 6,22-27, aunque de formulación arcaica, debió de ser incorporada al libro tardíamente. Efectivamente, esa bendición parece estar reservada a los sacerdotes, mientras que otros documentos revelan que también los reyes bendecían a su pueblo. Por otra parte, toda la teología subyacente es sacerdotal: Yahvé, que no tiene morada en la tierra, habita, sin embargo, en medio de su pueblo gracias a la institución de los sacerdotes y de los levitas.

Recuérdese que algunas variantes textuales escriben los verbos en futuro, lo cual confiere a la bendición un valor profético. Esta disposición fue entendida por algunos Padres de la Iglesia como un anuncio de la venida de Cristo, «paz y reconciliación nuestra» (J. de Vaulx).

El salmo 66, de factura compuesta, une la oración con el género himnico e invoca el favor del Señor para su pueblo.

Gálatas 4,4-7. En el capítulo precedente ha explicado Pablo el papel que la Ley desempeña en la economía de la salvación: ella ha revelado al hombre su debilidad, aun sin poder por ello liberarlo. No obstante, esa Ley no anulaba la promesa hecha a Abrahán; al contrario, esa promesa iba a cumplirse con la venida de Cristo, cuya encarnación inauguró el tiempo del cumplimiento, comparado por el apóstol con la emancipación del hijo.

Hasta ese momento, el hijo no posee nada propio; no puede entrar en posesión de los bienes que le pertenecen y está sometido a sus tutores. En el fondo, se encuentra en una situación comparable a la del esclavo. Tal era la situación de los judíos, sometidos a la Ley hasta la venida de Cristo, así como la de los gentiles, sometidos a sus pasiones. Para liberar de estas esclavitudes a los hombres envió Dios a su Hijo, nacido de mujer y sujeto a la Ley. Efectivamente, es en lo concreto de su existencia humana donde Jesús libera de sus alienaciones a los hombres.

Lucas 2,16-21. El evangelio de los pastores tiene un cierto sabor paschal. Aquí, como en el libro de los Hechos (2,47), se ve a los creyentes compartir la Buena Noticia con todos aquellos con quienes se encuentran, e incluso celebrar el acontecimiento «glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían visto y oído». Sí, aquellos pastores son ya la Iglesia.

Como ocurre también en los Hechos, María se mantiene en medio de aquella Iglesia misionera y laudatoria. A la manera de los depositarios de los secretos apocalípticos, conserva en su corazón los acontecimientos de los que ha sido testigo privilegiado. Es verdad que esos acontecimientos sólo alcanzarán su sentido último con la Pascua, pero ya en casa de su prima Isabel cantó María la obra del Espíritu. ¿No es el niño del pesebre —Dios-salva— la sonrisa de Dios, como lo fue Isaac?

VENIDO EN NUESTRA CARNE

Hijo de Dios venido en nuestra carne,
hijo de María y hermano de los hombres,
¡ilumina, Señor, nuestros caminos!
Rostro del Padre, prenda de paz para el mundo,
mediador entre Dios y los hombres,
¡ilumina, Señor, nuestros caminos!
Palabra renovadora, fuente de esperanza,
concebido por el Espíritu, verdadero hombre,
¡ilumina, Señor, nuestros caminos!

*
**

Dios de luz,
bendito seas por cada mañana
y por cada nuevo año,
promesa de vida y de renovación.
Dios de ternura,
bendito seas por el corazón de cada hombre
y por las manos que se abren
en señal de paz.
Dios y Padre de Jesucristo,
bendito seas, más aún,
por la mirada de tu Hijo,
reflejo insondable de tu amor.
¡Bendito, glorificado y santificado seas
por Aquel que abrazó nuestra carne
y nos transfigura en tu luz!
Que con tu Iglesia
te canten los ángeles en los cielos,
pues tú eres el Dios de lo infinito
y el Dios de toda ternura,
y es a Ti a quien aclamamos.

*
**

Señor Jesucristo,
tu nacimiento fue la aurora de una paz nueva
para los hombres que tú amas.
Mira una vez más el amor
que tú mismo has depositado
en el corazón de tu Iglesia,
y, para que en este nuevo año
pueda ella cantar tu gloria,
dígnate unir nuestras manos
en la unidad y en la alegría.
Quédate con nosotros, Emmanuel,
y danos una paz que dure
por siglos y siglos sin fin.

1 Juan 2,22-28. *El niño ha crecido y se ha hecho hombre: ha conocido la fatiga, la cólera y la admiración; ha padecido y ha muerto. A menudo, la humanidad de Jesús parece molestarnos y, cuando confesamos su divinidad, nos apresuramos a reconstruir su vida de hombre según unos criterios que parezcan dignos del Hijo de Dios. Y siempre los habrá para transformar los arrebatos de cólera de Jesús en «santa» indignación...*

Es este error el que denuncia la carta de Juan, la cual recuerda la enseñanza recibida por los fieles cuando se preparaban para el bautismo y que han asimilado bajo la acción del Espíritu. En efecto, los creyentes no viven su fe como un dato exterior a ellos. Al contrario, la Palabra recibida ha penetrado en ellos como una unción del Espíritu. Ellos saben, y «no necesitan que nadie les enseñe». En plena controversia con los gnósticos, difícilmente puede expresarse mejor el hecho de que la fe es interior al hombre.

El salmo 97, perteneciente a la categoría de los himnos, invita a toda la tierra a la alabanza: en el niño del pesebre ha resplandecido toda la ternura divina.

Juan 1,19-28. *«Una voz grita en el desierto: ¡Allanad el camino del Señor!». Con el Segundo Isaías, el tema del nuevo Exodo, presente ya en Jeremías y Ezequiel, empezó a afirmarse explícitamente. El principio fundamental era que los acontecimientos del «final de los tiempos» serían la réplica del acto creador. Yahvé crearía «unos cielos nuevos y una tierra nueva» y restablecería al hombre en la primitiva gloria de Adán. Pero antes conocería Israel un nuevo Exodo, una especie de retiro preparatorio para la Tierra prometida.*

Cada cual a su manera, los solitarios de Qumrán y Juan Bautista entendieron la frase del profeta como una invitación a retirarse al desierto. Juan, consciente de la inminencia de los últimos tiempos, quiso dar una última oportunidad al pueblo y exigió de cada uno la conversión radical. Sin embargo, cuando se le preguntó por su misión, rindió homenaje a otro: él no era ni el Cristo ni Elías, a quien la tradición hacía volver para una última exhortación penitencial, ni tampoco el profeta de los últimos tiempos. Su bautismo no era más que un rito de agua destinado a sellar la conversión de los neófitos. Sin embargo, entre sus discípulos se hallaba el que todos esperaban.

«Yo no soy el Mesías». Muy lúcido hay que ser acerca de uno mismo paa hacer tal afirmación, pues han surgido tantos falsos mesías y tantos agitadores de esperanzas frustradas en cada época histórica que resulta tentador atribuirse la palma del profetismo cuando uno es sincero en sus ambiciones de servir a la humanidad. Pero ¿a qué se debe el que, salvo Jesucristo, nadie pueda pretender ser el Mesías de Dios sin pisotear el corazón mismo de la fe cristiana? ¿Cuál es ese absoluto conferido a Jesús de Nazaret por la fe ortodoxa e incluso ya por el propio Juan Bautista? La pregunta resulta tanto más inquietante cuanto que Jesús fue, y sigue siendo, verdadero hombre, hombre de nuestra raza, uno de nosotros: nosotros prestamos nuestra fe a un hombre en quien reconocemos a «Dios-con-nosotros»...

El Evangelio entero es el largo itinerario de este conocimiento paciente, y a menudo vacilante, en que el entusiasmo alterna con el retroceso y la duda. Estamos en plena paradoja: Dios se manifiesta en la humildad de un hombre. Comparado con los demás demiurgos, Jesús nos ofrece un aspecto singularmente humilde. Por otra parte, si hubiera sido tan deslumbrante como nuestra imaginación lo supone, ¿por qué iban a dudar tanto sus discípulos? ¿No será que nuestra idea de Dios se ha hecho tremendamente insulsa...?

Porque de lo que se trata es de reconocer en Jesús al Hijo de Dios al que «ni el ojo vio ni el oído oyó», al Dios más allá de toda luz. Si permanecemos ajenos a la locura de amor de la creación, resulta incomprensible el enigma evangélico: fue porque Dios «amó tanto al mundo» (su mundo) por lo que le dio a su Hijo único. En él ve Dios al hombre. Y en él ve el hombre a Dios. Pues existe una connivencia de Dios con el hombre fundada en esta extraordinaria noticia: el infinitamente grande se une al infinitamente pequeño. La humildad del hombre, sacado del humus, es la imagen y semejanza de la gloria de Dios.

Contra todos los falsos adoradores de un Cristo ajeno a nuestra tierra, nosotros afirmamos que la prueba de la divinidad de Jesús radica en el hecho de que Jesús fue hombre hasta un punto al que jamás ha llegado nadie. Pero para sentir tal cosa tenemos, sin duda, que retirarnos al desierto, el único lugar donde el hombre consigue, al fin, saber que es hombre.

**Tú no eres un Dios extraño:
te llamas Dios-con-nosotros.
Hemos tocado a tu Hijo con nuestras propias manos
y hemos reconocido en él
la verdad de nuestras esperanzas humanas.
Dios y Señor nuestro,
guárdanos en la humildad de la fe
y haz que nuestra comunión contigo
sea a través de tu Hijo amado y hermano nuestro,
Jesucristo nuestro Señor.**

**Tú eres más grande que nuestro corazón
y conoces todas las cosas:
¡Señor, infúndenos tu Espíritu!
Para quien vive en el amor,
el temor desaparece para siempre:
¡Señor, infúndenos tu Espíritu!
Tú nos has amado primero,
y nosotros hemos reconocido tu amor:
¡Señor, infúndenos tu Espíritu!**

**Misterio insondable de tu amor:
tú, Dios que habitas el infinito,
viniste a morar en nuestra carne.
¡Bendito seas por Jesucristo,
el primogénito de tu amor,
en quien somos hijos tuyos!
Te damos gracias por la palabra
recibida de él como promesa de vida:
«Quien permanece en el amor
permanece en Dios, y Dios en él».
¡Sí, creemos en su palabra
y te bendecimos con un solo corazón!**

**Nuestras manos han recibido el pan de eternidad,
y nuestros labios han probado la fuente de la vida.
Guárdanos, Señor, en la fe y en el amor,
para que nuestra comunión con tu Hijo
sea también comunión contigo.
Dios vivo, manantial de toda gracia
por los siglos de los siglos.**

EL SANTO DE DIOS

1 Juan 2,29—3,6. *En su segunda exposición (2,29—4,6), Juan define en términos de filiación la comunión entre Dios y el hombre. De hecho, empieza insistiendo en el amor divino. Ved, dice, lo que este amor hace del creyente: un hijo de Dios.*

Por eso el fiel, purificado por el que no tiene pecado, debe convertirse en lo que en realidad es: debe «hacerse puro como lo es Jesús». Esta consigna tiene importantes repercusiones; por eso requiere de antemano una buena definición de la «pureza», palabra devaluada por siglos de tabú. El diccionario define lo «puro» como lo «libre y exento de toda mezcla de otra cosa». Pero dirán algunos: ¿puede ser puro el hombre, siendo como es precisamente mezcla de carne y espíritu? La respuesta a esta pregunta se encuentra en la contemplación de la persona de Cristo. El Puro de Dios ¿lo sería solamente fuera de la carne, siendo así que es el Verbo hecho carne? Indudablemente, el concepto de pureza sólo se pueden entender mirando al Hijo de Dios hasta hacerse semejante a él, viéndolo tal como es. Lo cual resulta imposible para el mundo, para el que Dios permanece oculto, cubierto, disimulado, por falta de una mirada capaz de ver lo invisible a través de lo carnal y contingente.

Salmo 97: cfr. el 2 de enero.

Juan 1,29-34. *Movido por el Espíritu, Juan Bautista da testimonio de Jesús: «Yo lo he visto, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios». Sin duda, el testimonio se dirige indirectamente a ciertos discípulos del Bautista que se empeñaban en ver en Juan al Mesías.*

Juan saluda a Jesús llamándole también «Cordero de Dios» (agnos tou Theou). Este título parece ser resultado de una reevaluación post-pascual. Parece ser, en efecto, que Juan Bautista habría reconocido en Jesús más bien al restaurador de la pureza de Israel, en cuyo caso le habría saludado con el título de «Puro de Dios» (agnos tou Theou): Jesús es el que hace puro a todo el que cree en él. Así, pues, el autor del cuarto evangelio habría releído a la luz de la Pascua el título dado a Jesús por Juan Bautista: en efecto, al ofrecerse Jesús en la cruz, quitó el pecado del mundo. Se entregó en manos de los hombres, como el cordero presenta sus flancos a las tijeras del esquilador. Por otra parte, ¿no murió a la misma hora en que los padres de familia inmolaban el cordero pascual en el atrio del templo? (cfr. también 1 Cor 5,7b).

¡Qué peligrosas son las palabras cuando el hombre las devalúa! Y, no obstante, una extraordinaria sinfonía verbal canta hoy en nosotros el amor y la fidelidad de Dios... Pero ¿qué entendemos cuando el apóstol nos dice: «Todo el que tiene esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro»? La pureza... Inmediatamente se reduce el horizonte, asfixiado por siglos de angustia. Sin embargo, la pureza ¿no significa simplemente lo que está libre y exento de toda mezcla de otra cosa, lo que es transparente, claro y límpido? Pero precisamente nosotros no somos demasiado ajenos a la idea de que la unión del cuerpo y del espíritu en el hombre es una turbia mezcla. Y entonces ¿qué pasa con Jesucristo? Si él es el Santo, el Puro de Dios, ¿lo será fuera de la carne, siendo como es el Verbo hecho carne? Sólo se puede comprender debidamente la pureza contemplando al Hijo de Dios, hasta asemejarse a él viéndole, al fin, tal como es.

¡Mirad (esta es la palabra) la importancia que tienen en la revelación cristiana la mirada y los ojos! «He visto al Espíritu que bajaba del cielo y se quedaba sobre él», dice el Bautista. Y el apóstol Juan, por su parte, dice: «Seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es». Pienso en la bienaventuranza: «¡Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios». Pureza y visión se reclaman mutuamente. Si el mundo «no nos conoce, es porque no conoció a Dios»: Dios permanece para él oculto, cubierto, disimulado, por falta de una mirada capaz de ver lo invisible a través de lo carnal y lo contingente. Cuando el Bautista señala a Jesús, está viendo; sin embargo, no hay en ello ningún fenómeno extraordinario. Es la simple realidad, pero comprendida, contemplada en su profunda unidad. Juan fue un ser de una pureza perfecta: percibió la manifestación del Espíritu donde otros no veían nada. Bien pudiera ser que todavía hoy estuviera la fe en lucha con el mismo requerimiento.

Nosotros somos hijos de Dios, y Jesús es el Hijo de Dios. El fondo de las cosas, que sólo se revela por transparencia, está del lado del ser, no de la moral. Jesús no es Hijo de Dios como consecuencia de un comportamiento ejemplar; lo es en la raíz misma de su existencia, por encarnación. Y nosotros somos «hijos de Dios» por la misma razón. El Espíritu es el agente de esta existencia. Juan vio al Espíritu permanecer sobre Jesús, y éste bautiza (sumerge, hace nacer) en el Espíritu Santo. Pero ¿qué es la filiación sino una relación, un amor? El hombre es padre (madre) y sigue siéndolo al vivir una relación de amor con otros. Así ocurre (por prioridad) en Dios-Trinidad y en Dios-con-nosotros. El amor «del que el Padre nos colmó» no es algo accesorio, un favor; no sólo somos «llamados» hijos de Dios: lo somos, y lo que nos hace serlo es el amor trinitario (del cual el Espíritu es el corazón). Tanto la humanidad de Jesús como la nuestra son transfiguradas en Dios por la gracia creadora del Amor. Pero para nosotros esta relación pasa por el Hijo, a quien el padre ha dado todo poder, empezando por el de dar la vida a los hombres que creen en él.

«Todo el que tiene esperanza en él se purifica a sí mismo, como él es puro». Por fin puede decir la pureza su verdadero nombre, que no es otro que el del amor. Porque el amor es transparente, es límpido, no tiene mezcla.

El amor hace ver lo invisible, no conoce el miedo, conoce a Dios. Pienso en lo que debió de ser el amor del Bautista a Jesús. Pureza infinita que no podrán sofocar esos deseos y esas aproximaciones que constituyen el lenguaje humano del amor.

Juan vio al Espíritu descender como una paloma. ¡Todos los simbolismos pueden encontrarse aquí, sin mezcla! Paloma de pureza incandescente, cuya blancura evoca la santidad de Dios... Paloma de la paz, cuyo ramo llevado hasta el arca del mundo nuevo anuncia un mundo de amor filial... ¡Espíritu que se cernía sobre el mundo en la primera mañana para darle calor y vida y que resucitó al Cordero de Dios en la mañana del día sin término! Dichosos los corazones que saben contemplar estas cosas sin cansarse: ¡todo es puro para ellos!

*

**

**Bendito seas, Dios y Padre nuestro
que has querido llamarnos hijos tuyos
y nos engendras cada día
en tu Hijo Jesús, nacido de ti!**

Te rogamos:

**Infunde en nosotros tu Espíritu,
a fin de que cada día
podamos llamarte Padre,
por los siglos de los siglos.**

*

**

**Abre, Señor, nuestros ojos
a la transparencia de tu luz.**

**Haz que no cesemos de contemplar
a Jesús, tu Hijo venido en nuestra carne,
hasta el día en que seamos semejantes a él
viéndole cara a cara, tal como es,
por los siglos de los siglos.**

4 de enero

FASCINACION

1 Juan 3,7-10. *El estilo de 1 Jn fácilmente despista al lector poco familiarizado con los paralelismos de la lengua hebrea; razón de más para tenerlo en cuenta. Así, en 3,4 hemos leído: «Todo el que comete pecado quebranta también la ley»; en 3,8 se encuentra un paralelo: «Quien comete pecado es del diablo». Por consiguiente, es importante definir la palabra «iniquidad» (adikía): aquí significa incredulidad, la incredulidad de los judíos, que no reconocieron antaño a Jesús; la de los gnósticos, que niegan hoy la encarnación del Hijo de Dios.*

A lo dicho se añade que el juego de las antítesis conduce también a oponer 3,4 a 3,7b («Quien obra la justicia es justo»), lo cual equivale a oponer la «iniquidad» (adikía) a la justicia (dikaiosine) que caracteriza el estado de quien se mantiene en la alianza divina. Aquí se debe entender la justicia en el sentido de «hacer la verdad», lo que permite en el creyente la presencia de la «semilla» (según san Agustín y Lutero) de la palabra de Dios.

Cuando Juan escribe que «todo el que ha nacido de Dios no comete pecado», informa de la fuerza que tiene en el hombre la palabra divina. «En efecto, en el A. T. la fuerza para vencer el pecado viene de la Ley, de la palabra de Dios, interiorizada en el corazón de los justos; y en esta purificación del hombre por la ley interior veían los profetas la característica de los tiempos mesiánicos» (Jr 31,33-34) (TOB: «Traduction Oecuménique de la Bible»). Pero el v. 10 insiste en el tema, especificando que la práctica de la justicia supone una comunión fraterna también «encarnada». En efecto, «no es de Dios el que no ama a su hermano».

Salmo 97: cfr. el 2 de enero.

Juan 1,35-42. *Desde su bautismo, Jesús formó parte de los discípulos del Bautista; va «detrás» de Juan y bautiza él también. No hay duda de que Jesús adquirió rápidamente ascendiente sobre sus compañeros, de manera que el movimiento bautista habría tenido entonces dos cabezas. Juan, «el amigo del Esposo», reconoció al «Cordero de Dios» y anunció que su misión de precursor había terminado. Y, al igual que el anciano Simeón, se llenó de gozo.*

Los discípulos de Juan, que ahora se unen a Jesús, son todos galileos. Andrés, Simón y Felipe son de Betsaida; Natanael es escriba, medita debajo de la higuera, es decir, debajo del «árbol del conocimiento del bien y del mal», si damos crédito a la literatura rabínica (TOB). Discípulo de Juan y con compañeros galileos: los comienzos de Jesús son tremendamente humanos. También esto pertenece a la encarnación.

El poder de Dios, fascinante, cautivador, está en acción a través de la mirada, las palabras y las acciones de Jesús, exigiéndolo todo, y todo de inmediato. Con la llegada de Cristo, un hálito nuevo alcanza al hombre en pleno corazón, una fascinación se ha apoderado de los hombres disponibles. La mirada de Jesús traspasa sus corazones, y al punto le siguen. Sólo una cosa tiene importancia en su vocación: Dios es un seductor, y arrastra cada vez más lejos.

¡Desdichado el hombre que nunca ha sido blanco de un flechazo...! Cree vivir, pero lo que hace es vegetar; sus días se esfuman, agotados ya por el peso de la muerte. ¡Dichoso el hombre que es cautivado, fascinado! ¡Un amor ardiente le arrastra, y cada mañana le despierta para emprender un camino sin término, en busca del tesoro por el que lo dejó todo!

¡Desdichado el hombre que pone su fe en una religión cerrada a cal y canto! Cree dormir en paz, pero será ya demasiado tarde cuando despierte, endurecido el corazón por no haber escuchado la voz que le llamaba. ¡Dichoso el discípulo que, seducido por Jesucristo, se queda con él! ¡Día y noche le escucha y le mira, y su corazón ya no vive más que de esa pasión!

Nos gustaría saber qué dijo Jesús, a lo largo de aquel día, a los dos discípulos que se sintieron fascinados por su mirada. Pero siempre es indiscreto registrar los diálogos amorosos. Y, sin embargo, yo sé bien lo que les dijo... Una palabra, una sola, la palabra que llevaba él en su corazón de Hijo. Jesús les dijo (o más bien leyeron ellos en su mirada) que Dios es Amor, que Dios lo es todo y que, cuando Dios llama, hay que dejarlo todo.

¡Dichoso el cristiano que no se cansa de mirar a Jesucristo! Quedará fascinado. Y, pase lo que pase, siempre volverá a su primer amor, pues la mirada de Cristo es la mirada infinitamente amorosa de Dios al hombre, a todo hombre. ¿Recordáis el último diálogo de Pedro con Jesús, después de aquella noche imposible en que el discípulo creyó que podría volver a sus redes? —«Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» —«¡Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo!». Cuando se ha nacido de Dios, no se puede decir más que eso. El que ha nacido de Dios, ni siquiera puede ya pecar: ¡está embarcado en el amor!

**Señor, Jesús, Hijo amado del Padre,
tú nos ofreces tu vida
como un tesoro inestimable.
Haznos sentir el arrebató del verdadero discípulo;
haz que lo dejemos todo, llenos de gozo,
para seguirte a ti
por los siglos de los siglos.**

*
**

**Por los que te han seguido y permanecen en ti
y por los que se resisten a tu llamada,
te pedimos, oh Dios que quieres el bien del hombre.
Por los que aman con la libertad del Espíritu
y por los que temen darse a los demás,
te pedimos, oh Dios que te revelas en el amor.
Por tu Iglesia, a la que quieres servidora y pobre,
y por los que desfiguran tu Evangelio,
te pedimos, oh Dios que te manifiestas en la humildad.**

*
**

**Tú eres la luz, Señor, Jesús,
y quien te recibe
descubre los caminos de la vida.
Ven a disipar nuestras tinieblas,
a fin de que nuestras manos, abiertas para acogerte,
se unan también en señal de paz
y en prenda de unidad y de vida.**

*
**

**Nosotros, Señor, te hemos seguido,
y tú te has quedado entre nosotros.
Nuestros ojos te han reconocido en esta mesa:
¡tú eres el pan de la vida verdadera!
Ahora que hemos de reemprender la marcha,
haz que permanezcamos con nuestros hermanos:
que seamos para ellos
el pan de la esperanza y la palabra de futuro.
Haznos discípulos tuyos
hasta el día en que ocupemos un lugar
en la mesa del Reino eterno.**

A CORAZON ABIERTO

1 Juan 3,11-21. *Al comienzo de su exposición, Juan hacía notar cómo el mundo, al ignorar lo que es el amor, tampoco podía conocer su precio. Ahora vuelve sobre el tema, señalando el mundo como el lugar del odio. El creyente, por el contrario, tiene ante sus ojos el ejemplo de Jesús, que dio su vida por los hombres.*

Así pues, Dios se comprometió hasta la cruz. Al hombre le toca corresponder a esta benevolencia con un amor sin reservas. Y, al igual que el amor celestial se encarnó en la mirada de Jesús, así también el amor del hombre debe concretarse en su manera de mirar al hermano. No con la mirada de Caín, cargada de envidia y de odio, sino con una mirada de dulzura y de comprensión. Entonces podrá el hombre vivir en paz: aunque su corazón le acuse, tiene que saber que Dios es mayor que su corazón.

El salmo 99 es un himno que invita a los fieles a cantar el amor de Dios a su pueblo.

Juan 1,43-51. *Juan corona el capítulo del «Testimonio» con unas palabras de Jesús: «Veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre». Estas palabras evocan el sueño de Jacob-Israel (Gn 28) en el que el patriarca veía una escala colocada entre el cielo y la tierra. Esta leyenda tenía relación con la fundación del santuario de Betel; refería cómo el dios local se había aparecido en sueños a un remoto antepasado que le había visto descender a lo largo de lo que posiblemente fueran las rampas de un zigurat, especie de torre de Babel. Así se explicaba la función del templo, que es la de ser el lugar de encuentro entre el cielo y la tierra, la puerta del cielo y la «casa de Dios» (Beth-El).*

Con las citadas palabras, pues, Jesús se autoproclama la puerta del cielo. Algunos rabinos interpretaban el sueño de Jacob diciendo que «los ángeles saltaban y brincaban por encima de Israel y le reconfortaban, pues se dijo: Israel, en quien yo me glorificaré». Relacionaban así la visión del patriarca con los cantos del Siervo paciente (Is 42). Pero, al poner la figura del Hijo del hombre en lugar de Israel, Juan establece una interesante relación: en efecto, el Hijo del hombre fue glorificado exactamente igual que el Siervo, y Dios fue glorificado en él. Al morir en la cruz, Jesús realizó la misión, confiada al Siervo, de reagrupar a Israel e iluminar a las naciones. A partir de entonces quedó tendido un puente entre el hombre y Dios.

La respuesta a Natanael cierra el testimonio y abre el libro de los «Signos», que ilustrará la visión de los cielos nuevos.

¡Natanael! Un hombre recto, un modelo en su género... Un escriba. Bajo su higuera, escudriña minuciosa y fielmente el bien y el mal. Ciertamente, no es un espíritu abierto a lo inesperado, sino que tiene muy claras sus propias ideas, aunque, eso sí, no sabe mentir. ¡Cuántos «profesionales» de la religión se le parecen...! Pero al menos Natanael se fía de Felipe.

¿Y otra vez la historia de la mirada...! «Te vi», dice Jesús... El escriba se siente subyugado. Un poco aprisa, la verdad, lo cual demuestra que Jesús es un consumado seductor. Pero hay que ir más allá de la primera manifestación: «¡Has de ver cosas aún mayores!». Natanael, vas a ver lo que sólo la fe puede contemplar... Donde escrutabas la palabra como una tupida red, descubrirás el cielo abierto y una palabra que no esperabas. Donde te apresurabas a exclamar: «Tú eres el Hijo de Dios», verás a un Hijo de hombre al que Dios resucitó a pesar de la muerte. Eras escriba: ¡en adelante serás testigo del amor!

¡Pues así son nuestras vidas! Escudriñamos el bien y el mal para saber hasta dónde llegará el amor, para definir sus límites y sus exigencias. Somos honrados y, sin embargo, nos sentimos incómodos en nuestro corazón, que tarde o temprano nos acusa. Por querer vivir el amor sin dejar que su fuente nos vivifique, ya no nos atrevemos a estar confiadamente delante de Dios. Y es preciso que un día alguien nos mire y nos diga: «¡Te conozco!». El nos conoce con su corazón y nos lleva más allá, hasta la visión de la fuente, donde todo se vuelve posible, porque todo está bañado en Dios.

No basta con amar; hay que amar con el ímpetu del amor de Dios. ¿Cuál es, pues, esa asombrosa visión que se nos promete, sino la del Dios-Amor, que engendra a su Hijo y nos da el Espíritu? Entonces, quien ha visto así la fuente no busca sino amar, y amar a corazón abierto; ignora las vacilaciones de su corazón, demasiado humano, y vive con confianza. Sabe que ha pasado de la muerte a la vida. Testigo de otro mundo, está en paz. Cesa de escudriñar el bien y el mal, para dejar correr la fuente a través de él, «más allá del bien y del mal»... Lo cual no es una fórmula blasfema más que para quienes nunca han sentido sobre sí la mirada de fuego del Hijo del hombre, muerto por amor y resucitado por el Amor.

Natanael, si tú supieras...

LAS MANIFESTACIONES DEL VERBO

LUZ EN LAS ENCRUCIJADAS

Hemos trivializado excesivamente la Epifanía. Fiesta de los Reyes o pseudorrelato de magos astrólogos, hemos olvidado que es la gran fiesta de la Manifestación. La solemnidad con que nuestros hermanos de Oriente la celebran expresa mejor el misterio de la fe. Por otra parte, la Epifanía es a un mismo tiempo celebración de la venida de los magos, del bautismo del Señor y de las bodas de Caná. Así lo canta una antigua antifona del libro de las horas: «Hoy la Iglesia se ha unido a su celestial Esposo, porque en el Jordán Cristo ha lavado los pecados de ella, los magos acuden con regalos a las bodas del Rey y los invitados se alegran al ver el agua convertida en vino».

Los evangelios correspondientes a esta semana después de la Epifanía prolongan las manifestaciones del Verbo encarnado. Tanto en la palabra de Jesús, en Nazaret o en Cafarnaúm, como en sus gestos de bondad (multiplicación de los panes y curación del leproso), el Verbo encarnado es el Esposo que viene a salvar a los hombres y a conducirles a la vida. Revela a Dios; manifiesta el amor del Padre.

Sustituye el temor por la paz, y aporta la luz a los que caminaban en tinieblas. Al que ama le dice: ¡tú conoces a Dios!, y al que escucha su palabra le anuncia: ¡hoy se cumple para ti esta palabra! La manifestación de Dios en Jesucristo no es una historia antigua: ¿acaso no es la vocación de la liturgia realizar esa manifestación cada día, dando gracias al Dios que nos llama a él, en el amor y en la fe?

1 Juan 3,22—4,6. *Como consecuencia de la ley interior que en lo sucesivo le anima, el creyente no puede pedir nada que no sea acorde con la voluntad divina. Ahora bien, el mandamiento divino se cumple perfectamente en la confesión de Jesucristo, Hijo de Dios, y en la caridad fraterna. El que cumple este mandamiento está seguro de que Dios habita en él.*

El apóstol, plenamente consciente de la crisis que divide las Iglesias, al final de su exposición vuelve a hablar del tema del criterio de la fe: «Podéis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios» (4,2-3a). Finalmente, insiste en que la palabra de Dios, en este caso la predicación apostólica, pasa por la mediación humana. Quien da crédito a la palabra de los apóstoles se abre al conocimiento de Dios. Quienes fueren hallados así de firmes en la verdad de la fe eclesial, están seguros de haber vencido a los falsos profetas.

Salmo 2: *Un monarca controvertido. En la Antigüedad, los cambios de reinado eran frecuentemente fruto de una rebelión contra la dinastía reinante. Aquí, el rey invoca para sí la mejor de las garantías: el propio Yahvé le ha dado el trono y ha determinado su destino.*

La Iglesia primitiva releyó este salmo desde una perspectiva cristológica: la cruz de Cristo es signo de conflicto en el corazón de todo cristiano.

Mateo 4,12-17.23-25. *Tras la muerte de Salomón, un cisma había dividido la tierra de Israel. Las provincias septentrionales proclamaron su independencia, mientras que el sur del país se mantenía fiel a la corona de Jerusalén. Evidentemente, aquella escisión había escandalizado a los patriotas judíos, y muchos de ellos esperaban que el Mesías restablecería la unidad nacional. Pero el año 732 a.C., el ejército asirio se anexionaba el norte de Galilea, y la división del país parecía consumada incluso en el destino divergente de las provincias.*

Pero he aquí que hoy surge en Cafarnaún un hombre que se pone a proclamar el advenimiento del Reino y la urgencia de la conversión. Se alzan las cabezas, y los corazones recobran la esperanza. ¿Habrà quedado sin efecto la antigua maldición? Sobre la «tierra de sombras» brilla una luz (cfr. Is 8,23b-9,1). Es justamente a la «Galilea de los gentiles adonde se dirige Jesús, a Cafarnaún, a Séforis y a Tiberíades, donde la población griega es importante e incluso, a veces, mayoritaria. Sí, el Reino de los cielos se acerca en la persona de Jesús, que se hace cargo de las dolencias y enfermedades de los hombres, y éstos acuden de Galilea y de la Decápolis, de Jerusalén y de toda la Judea. Su fama llega incluso a Siria. Un nuevo amanecer se alza sobre el mundo.

Jesús regresa a Galilea. Su vida junto al Bautista ha terminado; en adelante será profeta por los caminos, nómada de Dios en busca de los que se han perdido. Y comienza su camino en la encrucijada de los gentiles... ¡sus hermanos! Sí, Jesús es galileo, lo mismo que sus discípulos... ¡En Jerusalén no lo olvidarán! Pero sabe que los caminos de Dios no corren paralelos a los de los hombres, e inicia su misión llevando la luz a la encrucijada de un mundo que se debate entre la atracción del exterior y la tradición de una religión ancestral: «¡Galilea de los gentiles!». Un mundo que evoca para Cristo los antiguos tiempos en los que Dios hacía regresar a su esclavizado pueblo por el camino del mar que bordea Galilea. Tiempos en los que Dios quebrantaba el yugo de los cautivos y hacía estallar el inmenso clamor del gran retorno. Jesús regresa al mal afamado país que lleva en sí la señal de la servidumbre y de las tinieblas, país de mala fama. Viene a hablar a los hombres de la paz, la alegría y la verdadera libertad. Por eso clama: «¡Convertíos!».

Convertirnos... Palabra familiar... y vilipendiada. Pensamos en nuestros malos hábitos y, como a cada conversión le sigue una recaída en el pasado, permanecemos atrapados en nuestras tinieblas... Pero Jesús habla más bien de una re-conversión, como se reconvierte una empresa demasiado endeudada para sobrevivir. Jesús viene a proponer un camino nuevo, una ruta que se adentra en busca de un mundo nuevo. Por eso dice: «¡Seguidme!».

El Evangelio entero supone un camino, una marcha, un aprendizaje en el que cada mañana significa el descubrimiento de un nuevo horizonte, un auténtico «hoy». Poco importa quiénes somos... ¡Los pescadores de Galilea tenían las manos callosas, más entusiasmo que constancia y todo por aprender! «Convertíos»: si el Reino de Dios está ahí, hay que salir a anunciarlo por los caminos de los hombres. ¿Qué importancia tiene todo lo demás? Cuando la mañana despunta, hay que rechazar la noche, sin detenerse en las pasadas obscuridades. ¡Reconvertíos! En cada cruce de caminos, hay que llamar a los que buscan la luz y conducirlos a la fuente de la vida. Es decir, simple y radicalmente, «tener fe en Jesucristo y amarnos los unos a los otros, como él nos mandó hacer». ¡Se trata de una conversión realmente extraordinaria!

AMAR ES CONOCER

1 Juan 4,7-10. *En una tercera y última exposición, Juan vuelve a hablar de los criterios de la comunión con Dios. En las demostraciones precedentes, estos criterios siempre fueron tres: uno negativo, la renuncia al pecado, y dos positivos, la caridad y la fe. En esta ocasión, el autor pasa por alto el primer criterio, para dedicarse exclusivamente a los otros dos, a los que hace remontarse hasta su fuente. Por una parte, muestra que el amor viene de Dios y hunde sus raíces en la fe (4,7-21); por otra parte, que la fe en el Hijo de Dios está en la raíz de la caridad (5,1-12). Señalemos también el paralelismo con el final de la exposición precedente. En 4,2 leíamos: «Todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios»; ahora leemos: «Todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (4,7).*

Todo el que ama conoce a Dios. Nos encontramos en el plano del «conocimiento» bíblico, hecho de connivencia, intimidad y participación interior. En realidad, la definición del cristiano se aproxima a la de Dios. El que practica el amor realiza la experiencia del Amor, pues Dios es Amor. Esta definición no tiene nada de abstracta, como lo demuestra la insistencia del apóstol en lo que la historia de la salvación nos enseña. Primero, Dios envió a su Hijo único al mundo «para que vivamos por medio de él»; después —y esta es la prueba más palpable— él nos amó primero. Nos encontramos muy lejos de la iluminación intelectual, erudita y superior de los gnósticos.

«Dios mío, confía tu juicio al rey, al hijo del rey tu justicia». El salmo 71 enumera las cualidades que Israel espera de su rey: la paz, la seguridad en las fronteras, el pan y, sobre todo, un recurso seguro contra los jueces corruptos. Este salmo se aplica con absoluta naturalidad al rey de los tiempos mesiánicos.

Marcos 6,34-44. *¿Qué han hecho con mi pueblo los pastores de Israel? Han dejado abandonadas las ovejas; éstas se han dispersado y convertido en presa de las bestias salvajes. Andan errantes por todas partes, sin que nadie vaya a buscarlas...: así estigmatizaba Ezequiel el descaro de los jefes judíos, a la vez que anunciaba que Yahvé suscitaría un pastor que apacentaría el rebaño (cfr. el cap. 34).*

¿Qué hacen hoy los que tienen encomendado el cuidado del pueblo? Deberían conducir a la Iglesia al desierto y abrir generosamente ante ella la mesa de la Palabra y del Pan, instalándose allí los fieles, como en tiempos de Moisés, en filas de cien y de cincuenta, y Dios seducirá a su pueblo hablándole al corazón. En medio del desierto del mundo, la Iglesia beberá en el manantial de la vida. Jesús tomará de nuevo el pan en sus manos, pronunciará la bendición y lo partirá para repartirlo. «El siglo futuro irrumpirá en nuestro mundo para establecer en él una como cabeza de puente de ese mundo en el que, según el Apocalipsis, ya no habrá muerte ni llanto ni dolor» (Von Allmen).

¿Quién definirá el amor? Afecto por el cual busca el ánimo el bien verdadero o imaginado... Pasión que atrae..., dice el diccionario. Siempre habrá en el amor algo de irracional, y nadie lo podrá programar. Es una manera de ser opuesta a la fría razón, que compatibiliza y fija los mínimos lógicos o los compromisos soportables. El amor brota del corazón; es desbordante; empieza en el preciso momento en que la razón desearía poner punto final. En este sentido, pienso que la increencia actual es paralela a la crisis del amor, que se remonta muy atrás en nuestro mundo occidental. Nos sentimos atraídos, por un lado, por lo que Kant llamaba «la religión dentro de los límites de la razón» y, por otro, por los desbordamientos de la pasión, sin norte ni guía. Ahora bien, la fe es la reconciliación de ambos extremos: Dios es Amor, fuente siempre rebosante... El amor es un don de sí que no conoce límites, un gozo pleno por encima de todo egoísmo. Como cristianos que somos, «creemos en el amor». Nuestra fe no es otra cosa.

«El que ama conoce a Dios». Impregnémonos de este verbo «conocer», es decir, «con-nacer» o nacer con, hacerse uno con el otro. El amor es el gran lugar del conocimiento: cualquier experiencia amorosa así lo atestigua. Sólo conocemos al otro entregándonos a él y aceptando que él se entregue a nosotros. Pocos son los que se conocen mutuamente, porque se reservan mucho, se encierran en sí mismos, no se atreven a confiarse el uno al otro el secreto de su corazón, tienen miedo a dejar que su intercambio arranque de la mismísima raíz, como tan perspicazmente lo describía Newman. Ahora bien, Dios nos conoce primero, porque se une a nosotros, nos confía la raíz de su ser, nos llama a sí para que seamos como él. Dios nos conoce desde el día en que nació-con-nosotros, al crearnos con su más íntimo aliento. Es muy cierto que el amor va unido al aliento... desde todos los puntos de vista. Nuestro corazón se pone a dar saltos, y ¡es Dios el que se mueve en nosotros! «El que ama conoce a Dios»... Experimenta a Dios en sí, y esa experiencia no tiene fin, pues «¡nunca se ama demasiado!». A los ojos de nuestra fe, el conocimiento de Dios está más allá de la razón, al nivel del corazón, en el éxtasis de la caridad. Ahí es donde conocemos a ese Dios que es vida infinita y no soledad cerrada.

La multiplicación de los panes en el desierto es el signo y el sacramento de ello. El pan es repartido hasta el infinito, porque es el pan del amor, el pan de aquella compasión de Cristo hacia la multitud abandonada, a la que él ama mucho más de lo que recomendaría la razón; él no quiere despedir a aquella gente, sino ser para ellos el buen pastor que da su vida. ¡En Jesucristo hemos reconocido el amor que Dios nos tiene!

Se suele llamar «hermano» a una persona que tiene corazón, que es «buena como el pan»... ¿Pensamos en ello cuando participamos en la eucaristía? Si nuestra comunión eucarística es el lugar donde podemos conocer a Dios, convendría que no lo hiciéramos comiendo el Cuerpo del Señor de una manera aislada, como si se tratara de que cada cual hiciera acopio de energías para sí solo. En la medida en que la mesa de Cristo constituya para nosotros la experiencia del amor, en esa misma medida conoceremos a Dios, revelado en su Hijo, «tan bueno como el pan», hasta el punto de haberse hecho pan repartido hasta el infinito a todos los hombres.

**Oh Dios a quien nunca vio ojo alguno,
tú te das a conocer en la mirada del amor.
Tú, que habitas siempre más allá,
hablas en el corazón bañado en caridad.
Quédate con nosotros,
y haz que nosotros permanezcamos en ti;
abre nuestros ojos para que perciban tu presencia,
dilata nuestro amor para que conozcamos el gozo
y la alegría de conocerte en la caridad que nos une
ahora y por todos los siglos de los siglos.**

*
**

**Tú que nos ha amado hasta el extremo,
¡perdónanos, Dios del amor!**

**Para que amemos de verdad a nuestros hermanos,
¡vive tú con nosotros, Dios del amor!**

**Para que te conozcamos como tú nos conoces,
¡permanece con nosotros, Dios del amor!**

*
**

**Señor Jesús,
Hijo unigénito,
lleno de gracia y de verdad:
¿llegarán un día nuestros ojos
a ver tu gloria?
Tú te revelas ya a nosotros
en el sacramento del pan compartido;
la humildad de nuestros gestos
habla ya del esplendor de tu amor.
Haz que conservemos la capacidad de asombro;
haz que tu eucaristía sea cada día
como prenda y anticipo
del cara a cara en que te conoceremos
a la luz deslumbrante de tu gloria.**

MAS ALLA DEL MIEDO

1 Juan 4,11-18. «*Si Dios nos amó de esa manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros*». He aquí el fundamento del amor: su modelo y su fuente están en Dios. El amor humano participa del amor de Dios al hombre: «*Nosotros amamos, porque él nos amó primero*» (4,19). Se nos remite a los primeros días del mundo, cuando el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios; todo el amor que un corazón humano puede contener tiene su fuente en Dios, y esa plenitud del amor divino se manifestó cuando Dios envió a su Hijo como víctima por los pecados (cfr. 4,10). Así se unen la fe y el amor, cosa que puede expresar el apóstol con una fórmula sumamente densa: «*Nosotros conocemos, por haber creído en él, el amor que Dios manifiesta en medio de nosotros*».

Con sobrada razón, el v.12 vuelve a traer a la actualidad la cuestión de los criterios: «*A Dios nadie lo ha visto nunca*». Entonces, ¿qué es lo que puede garantizarnos nuestra comunión con Dios? La fe en Jesucristo venido en la carne, como lo ha mostrado ya el apóstol; pero también la caridad: «*Si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud*». Pero, una vez más, no se trata de hablar de Dios ni del amor en términos abstractos; al contrario, estamos en plena «*encarnación*»: «*Si alguno dice 'Amo a Dios', y aborrece a su hermano, es un mentiroso*» (4,20). En realidad, la fe y el amor fraterno son participación en el Espíritu de Dios, ese Espíritu que está en el origen del testimonio apostólico y, a la vez, de la confianza del creyente ante el juicio final: «*No hay temor en el amor*».

Salmo 71: cfr. 8 de enero.

Marcos 6,45-52. ¿*Quién es este Jesús que sacia a su pueblo? Mientras Jesús se retira a la soledad para orar, los discípulos embarcan. Es de noche, y el miedo se apodera de los pescadores. El lago es peligroso... ¿Y si Leviatán, ese monstruo de otros tiempos, llegara a aparecerse...? ¿Qué pueden hacer unos corazones endurecidos cuando se desencadenan las fuerzas del mal?*

¿*Quién es este Jesús que sacia a su pueblo? Mirad cómo se destaca sobre el lóbrego fondo de la noche y camina sobre el mar. ¿Quién es Jesús? Es el Dios del Exodo, el Dios de Moisés.*

Jesús ha orado en el monte, y ahora regresa a los suyos. Ha visto la gloria del Padre, y aún ha de manifestársela a los Doce. Pero es necesario que sus corazones se abran, deben morir a sí mismos. Entonces reconocerán la gloria de Dios en la humilde señal de la cruz.

¡No temáis! La relación de los discípulos con Jesús no es aún la del amor, confiado y abierto al misterio. Ellos creen estar viendo un fantasma, pues su imaginación sigue estando impregnada de los miedos que atormentan a los hombres mientras no se han encontrado con Dios en un cara a cara abrasador y, sin embargo, bañado en serenidad. No entienden lo que está pasando, porque aún no han penetrado en el corazón del Señor, donde habita intensamente el amor que viene de Dios. Tienen cegado el corazón; por eso permanecen bloqueados en sí mismos. Tienen miedo.

Hermanos, el amor perfecto destierra el temor; quien permanece en el temor no ha llegado a la perfección en el amor. Sin embargo, es preciso decirlo, ¡cuántas angustias e incluso cuántas neurosis originadas por falsos sentimientos religiosos! Dios produce miedo, porque hemos ido en su busca atiborrados de prohibiciones, incómodos dentro de la propia piel, en pos de una seguridad imposible, pues lo primero que habría que hacer sería desbloquear el corazón. Y algunos se obstinan en hablar de un Dios que prohíbe, amenaza, persigue y castiga. El corazón del hombre sólo se puede curar mediante una prolongada relación con Jesús y una confianza inquebrantable en la libertad del amor.

Tratar con Jesús... Ved cómo sube a la barca de los discípulos, se sienta simplemente en medio de ellos y amaina el viento. Nada excepcional, salvo la presencia del que calma las angustias sin mover un dedo. ¿Quién es? El mismo lo dirá, al hilo de mil encuentros en los que su mirada siempre engendrará la paz y la serenidad. En Jesús, el amor de Dios adquiere verdadero aspecto de amistad, benevolencia y libertad.

¡Confiar inquebrantablemente en el amor! Ved de nuevo a Jesús caminar libremente sobre las olas, como si se burlara de ellas. La imagen es hermosa, aunque, desgraciadamente, evoca las advertencias que hacemos a esos niños (a esos niños grandes) que se pasan la vida sin hacer caso de unos peligros que sólo ellos no pueden percibir. ¡No hagas eso...! ¡Cuidado con aquello...! Qué fastidioso resulta el miedo cuando uno contaba con el amor... ¿Y si me place caminar por las aguas? No hay temor en el amor... Y todo el mundo sabe perfectamente que hay días en que el amor es tan turbulento como las olas bajo el influjo del vendaval, tan peligroso como los tifones que zarandean la maltrecha embarcación. Pero ¿qué importa? «¡Ahí están, cerca de mí, tu vara y tu cayado que me reconfortan!». El que permanece en el amor permanece en Dios: lo importante es permanecer sin vacilar, sin perjuicio de pasar un mal trago o de dar algún paso en falso. El amor destierra el miedo. Es otro modo de vivir, otra manera de conocer a Dios. La única, en cualquier caso, que no engendra esa angustia religiosa que es la peor de las neurosis humanas.

Hermano, ama y haz lo que quieras... Pero jamás apartes tu mirada de la de Cristo. Y ve con frecuencia a encontrarte con él en el monte, para orar con él. Cada vez te gustará más hacerlo, y... ¡cada vez harás más lo que quieres!

Quando el miedo se apodere de nosotros,
ven, Señor, a sentarte a nuestro lado
y haz que permanezcamos contigo.
Quando nos sobrecoja la angustia,
danos un hermano a quien amar
y enciende en nosotros la pasión de tu amor.
Que tu Espíritu abra en nosotros
la puerta de la aventura,
pues únicamente hay paz en la libertad
a la que tú nos invitas
para que vivamos contigo
sin temores ni angustias,
tan libres como los siglos de los siglos.

*

¡Permanece con nosotros, Señor Jesús,
para que nosotros permanezcamos en ti!

¡Quédate en nuestra pobreza,
para que podamos conocer tu gracia!

¡Ilumina nuestra noche,
para que caminemos en la luz!

¡Revélanos tu verdad,
para que demos testimonio de tu amor!

¡Bendito seas, Señor, Emmanuel,
Dios de los hombres,
por siglos sin fin!

*

Pastor que reúnes a los descarriados,
oh Jesús, tú nos das
tu cuerpo como alimento.

¡Bendito seas
por este auténtico bien que nunca pasará!

Te pedimos
que tu presencia produzca en nosotros
frutos de unidad y de paz
al servicio de los hombres, nuestros hermanos,
pues tú quieres reunir a la humanidad
en una sola esperanza,
en torno a una sola mesa,
en tu Reino eterno.

10 de enero

HOY

1 Juan 4,19-5,4. *¿Cómo se llega a ser hijo de Dios? Primero, por la fe en Cristo Jesús; después, el que pretende amar a Dios debe amar también al hombre, pues no es posible pretender amar a Dios sin amar también a los hijos de Dios. El que es fiel a Jesucristo es igualmente fiel a los hombres por los que Cristo murió, manifestando así el amor de Dios. Quien no siente pasión por el hombre no puede, pues, pretender amar a Dios. La lección es dura para todos los que querrían privilegiar el culto de Dios ignorando al hombre.*

¡Pero quien ha nacido de Dios vence al mundo! Consiguientemente, podemos dejar que estalle el himno de la victoria. En el mandamiento de Dios no hay ninguna carga. Estamos en comunión unos con otros, y también «estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1,3). Nuestra alegría alcanza su plenitud.

Salmo 71: cfr. 8 de enero.

Lucas 4,14-22a. *Sábado, en una sinagoga, donde tantas veces reconoció Israel su futuro en la palabra de sus profetas; todos los ojos están puestos en Jesús mientras desenrolla el libro de Isaías y se detiene en un pasaje que se refiere a él. Mensaje de ternura y de luz: he aquí que Dios habla nuevamente a su pueblo. Allí está Jesús, y en lo sucesivo todo quedará confundido, la palabra y la vida. Buena noticia para los pobres, cuando el Señor se deje despojar en la cruz; libertad para los cautivos, cuando haga saltar la puerta del sepulcro.*

Sábado, en una sinagoga... Pero el alba ya blanqueaba el horizonte cuando el Siervo cargaba sobre sí con toda la miseria del mundo. Hoy... ¡Dichoso el hombre que despierta a esta palabra, porque verá la luz de Dios!

**

¿Cuándo nacimos? No se trata del primer grito inarticulado que emitimos, sino de saber cuál fue en nuestra vida la palabra que decidió nuestro porvenir, por comprometernos para siempre. ¿Cuándo se adueñó de nosotros el Espíritu para una misión que iba a requerir nuestra vida entera? Porque la vida no se vive si no es bajo el signo de una fidelidad creadora; la verdadera vida es siempre la granazón de un momento en el que Dios puso en nuestros labios una palabra que iba a identificarse con nosotros mismos. Palabra que ya no sería discurso, ni slogan, ni razonamiento, sino acción y vida. Palabra siempre nueva.

El propio Jesús nació en el Jordán, cuando le fue confiada su misión. Allí fue inhabitado por el Espíritu de Dios, y en lo sucesivo su misión se

AGUA Y SANGRE

confundirá con su vida: en él se cumplirá la buena noticia que él mismo anuncia. Cristo no se impuso por su elocuencia retórica ni con la autoridad del escriba, sino que realizó el designio de Dios tomándolo sobre sí mismo. Si vino a traer a los pobres la buena noticia, él fue el primer pobre y desprovisto de todo, hasta el punto de morir abandonado. Si abrió las puertas de la libertad a los cautivos, significa que, en su resurrección, todo hombre que cree en él recibe el espíritu de libertad y de re-nacimiento. Una palabra suya basta para cambiar la condición del hombre, pues lo único que a éste se le pide es que responda a esa palabra con otra de compromiso. «Sígueme», dice Jesús, «y sígueme desde hoy mismo, sin tardar, pues hoy es cuando se cumple para ti la Palabra, en este día que es encuentro de Dios con el hombre».

Por consiguiente, ¿cómo podría la Iglesia tener otro lenguaje? La Palabra que se nos confía es activa y eficaz; no tenemos que buscar argumentos sutiles. Cada cual puede decir a su hermano: «¡Hoy se cumple para ti la Palabra que yo proclamo!». Decir tal cosa no es señal de orgullo, sino un acto de fe en aquel que nos llamó. Pero muchas veces, por desgracia, el apóstol pierde la fe en sus propios orígenes; se aleja de su nacimiento, le entra miedo y cada vez difiere las cosas con más frecuencia. ¡Tiempo perdido! La única solución está en volver a la fuente. El que da paso a las improvisaciones del Espíritu está seguro de poder decir: «Hoy se ha cumplido...» Pero sabe también que esa palabra le conducirá, de un tirón, de su nacimiento al don total, de su primera palabra al motivo decisivo que sellará su existencia.

Hoy... Para hablar en nombre de Dios, ¿no habrá que vivir cada día como el hoy de Dios? ¿No habrá que redescubrir a cada instante una Palabra siempre nueva y siempre recién nacida?

*
**

**Hoy se cumple tu palabra
y nos renueva tu Espíritu.**

Señor,

**que nuestra vida proclame la paz y la alegría;
luz más poderosa que las tinieblas,
libertad recibida de tus manos:
tú, Dios nuestro,
por los siglos de los siglos.**

*
**

**Haz, Señor, que vivamos cada día
como si fuera el primero y el último.
Que nuestra vida reciba de nuevo el baño
de la juventud primigenia,
y que cada una de nuestras acciones
sea emprendida
con la fuerza de tu resurrección.**

1 Juan 5,5-6.8-13. *Volvamos a la herejía que dividía a la Iglesia naciente. La gnosis sostenía que en el bautismo el ser de Jesús había sido investido con el Espíritu Santo; que en el Jordán el agua había corrido sobre el Hijo de Dios. En cambio, aquella herejía pretendía que en los acontecimientos de la Pasión ese mismo Espíritu se había retirado de Dios. Y que, por tanto, el que había dado su sangre en la cruz no era el Hijo de Dios, sino un simple hombre.*

Juan se opone a tal disociación: «Todo espíritu que no confiesa a Jesús no es de Dios» (4,3). El Espíritu, el agua y la sangre se unen para dar un mismo testimonio. El Jesús de la cruz era el mismo que el del bautismo; el mismo cuerpo fue el bañado por el agua del Jordán y por la sangre derramada en la cruz. Además, el Espíritu no habla por su cuenta, sino que comunica lo que recibe del Señor resucitado, y conduce a los hombres a la verdad plena (cfr. Jn 16,13). Manifiesta la unidad de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Salmo 147. *A ningún pueblo bendijo el Señor como a Israel. Este salmo, con estructura de himno, exalta el privilegiado vínculo establecido entre Dios, su pueblo y Jerusalén.*

Lucas 5,12-16. *Aquel hombre era un leproso, un muerto en vida. Un día observó la presencia de una mancha en su costado; poco tiempo después, la mancha había crecido hasta llegar a invadir su rostro y sus manos, como hace el pecado con el alma. Entonces la sociedad de los hombres, siempre pronta a levantar barreras, lo apartó.*

Viene Jesús y ocupa el lugar del leproso. Carga con el sufrimiento humano, hasta el punto de que los hombres acabarán sacándolo de la ciudad, para arrojarlo al mundo de los muertos. Entonces se verá afluir hacia él a una multitud de hombres de Galilea y de Judea, de Jerusalén y de Idumea, de la otra parte del Jordán y de los países de Tiro y de Sidón. Serán enfermos, tullidos, cojos y lisiados. Y a todos los curará.

LA PERFECTA ALEGRÍA

Multiplicaban las abluciones, y el agua corría permanentemente para proteger una pureza egoísta. Pero viene un leproso, un hombre afligido en su carne, y la única solución que encuentran es excomulgarlo fuera de los muros de la ciudad... Fariseos a los que ni siquiera logrará enternecer la sangre del Hijo del hombre, derramada fuera de la Ciudad santa. Abluciones inútiles multiplicadas hasta el infinito, sin proporcionar el menor alivio a los que padecían, no de impureza legal, sino de enfermedad corporal. ¡Vacuidad de una religión que halaga al alma rechazando el cuerpo!

Pero en el Jordán había corrido el agua sobre el Hijo de Dios como una fuente nueva; en ella se había sumergido él, tomando ya sobre sí la carga de los hombres. Más tarde sustituirá el agua de las purificaciones rituales por el vino de la alianza, esperando la hora en que su carne y su sangre habrían de ser el sacramento de esta alianza con todos los hombres. Se había sumergido en plena masa humana, curando al leproso sin miedo a tocarlo y purificando a los pecadores sin temor a amarlos. Había sustituido la religión por la compasión y la ternura, por el agua viva del Espíritu y la sangre derramada en la cruz. Relegado entre los muertos, abrió la vida a sus hermanos.

Hermanos, ¿quién vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Al mundo con sus durezas, sus egoísmos y sus leprosos rechazados. Al mundo que cree poder sustraerse a la muerte simplemente con ignorarla. Pero Dios ha dado testimonio contra ese mundo: testimonio de la sangre, vertida por amor; testimonio del agua, manantial vivo en el desierto de los hombres; testimonio del Espíritu, que resucita a los muertos en el nombre del Hijo de Dios. Dios ha dado testimonio contra ese mundo, y hoy nos llama a que seamos nosotros los que demos testimonio. Que nuestra fe en Cristo sea un compromiso al servicio de los hombres que sufren; que nuestra palabra sea cada día más carne y sangre; que abracemos al leproso como a un hermano particularmente amado por Dios. Y que nuestra oración sea el lugar en que se confirme nuestra pertenencia a ese Dios hecho carne para la salvación del mundo.

*
**

**Dios y Padre de todos los hombres,
tú nos ha dado a tu Hijo,
rostro vivo de tu amor,
que compartió en todo nuestra condición humana
y cargó con el dolor de los rechazados.**

**Te pedimos
que nos des una fe viva en su Encarnación,
a fin de que también nosotros
seamos para nuestros hermanos
el rostro y la palabra de tu salvación.**

1 Juan 5,14-21. *En el epílogo de su carta, el apóstol recoge los diferentes temas de la epístola, y ante todo el de la ley interior que habita en el creyente. Y de nuevo vuelve a sacar las consecuencias: el que se mantiene atento a los mandamientos no puede pedir nada que no sea conforme a la voluntad divina. Debe habitarle, pues, la confianza, especialmente cuando pide a Dios por los anticristos de doctrina engañosa.*

El auténtico creyente, es decir, el que cree en Cristo Jesús y ama a su hermano, es de Dios. Puede conocer a Dios, «esto es, entrar en relación personal y vivir en comunión con él» (TOB). ¡Guárdese de los ídolos y de la enseñanza de los anticristos que tienen por Dios a la mentira y cuya doctrina satánica lleva a la muerte eterna!

¡Un himno más! El salmo 149 invita a los fieles a alegrarse y a danzar, porque Dios les da la victoria.

Juan 3,22-30. *Juan bautizaba en Ainón, en Samaría, donde abundaba el agua. Jesús también lo hacía, pero en Judea. Un hombre que había visto bautizar a ambos se dijo: he ahí a dos competidores. Su corazón estaba endurecido, pues para reconocer en el agua utilizada por Jesús un agua que salta hasta la vida eterna eran necesarios los ojos del corazón.*

Juan tuvo esos ojos. En su discurso reconoció al enviado de Dios, y entonces pasó a un segundo plano, y se alegró de ello: Jesús era el Esposo.

CELEBRAR A LOS SANTOS A LO LARGO DEL AÑO

«Nadie puede arrogarse nada si no se le ha dado del cielo». ¡Palabras de una fe maravillosa en boca del Bautista! Sólo hay un pecado capaz de conducirnos a la muerte: el de atribuírselo todo a uno mismo sin pedir nada a Dios. Por eso es Juan el santo por excelencia. El mismo define su santidad como una frase: «¡Yo soy el amigo del Esposo!». Una santidad plena de alegría y de amor. Una santidad que pone al hombre en su lugar, hecho de humildad y de grandeza a un tiempo.

¡Amigo del Esposo! Todo, en la nueva alianza, se enuncia en términos de bodas y de amor, de comunión y de vida. Jesús, el Esposo, nos ama hasta entregar su cuerpo por nosotros, para que seamos uno con él. Todo amor lleva su señal, todo amor tiende hacia él. En esta asombrosa alianza todo se transfigura, y cada ser es amado por Dios en Jesús, el Amado. Ya nadie podrá atribuirse nada que no haya recibido de Dios. Los esposos se reciben mutuamente en el nombre de Dios vivo que santifica su amor. Padres e hijos, amos y criados, jóvenes y adultos, pastores y fieles, todos se dan los unos a los otros por el amor de Dios, que hace nuevas todas las cosas. Flota sobre el mundo un aire de fiesta, y cada cual crece, bajo la mirada de Dios, en la medida en que disminuye para que el otro crezca. Somos todos, los unos para los otros, precursores de la buena noticia, en medio de la límpida alegría de la amistad.

¿Qué más da que el uno bautice aquí y el otro allá? ¿Qué importa el que éste viva su fe de una manera y aquél la viva de otra? Si cada cual vive como amigo del Esposo, todo es gracia. ¿Es preciso, pues, que dos amigos se parezcan tanto entre sí que resulte difícil distinguirlos? ¿O es menester que uno de ellos prevalezca sobre el otro? La santidad de unos evidencia la santidad de otros, distinta y, sin embargo, la misma, como las notas de una sinfonía que se unen para engendrar una gran obra. ¡Tocad, tambores y cítaras, porque ambos sois necesarios para que la fiesta cante! Ha nacido un mundo nuevo: ¿no escucháis la voz del Esposo? ¡Dichoso el que permanezca en vela para las bodas, porque conocerá la alegría de vivir! Pues no hay más que un pecado que conduce a la muerte: el de encerrarse en la tristeza como si Dios no lo hubiera renovado todo en Jesús.

*
**

**No permitas, Señor,
que acaparemos a tu Hijo
como si fuera un bien de nuestra propiedad.
Infunde en nuestros corazones el gozo
de dárselo a nuestros hermanos,
a fin de que también ellos conozcan esa paz
que tú das a aquellos a los que invitas
a la alianza de fiesta,
en la humildad y en la verdad,
en Jesucristo nuestro Señor.**

«Padre Santo,
tu manifiestas tu gloria en la asamblea de los santos
y, al coronar sus méritos,
coronas tu propia obra».

(Prefacio de los Santos I)

El leccionario para las fiestas y memorias de los santos es discreto: únicamente propone lecturas obligatorias para las fiestas y para la memoria de algún que otro santo de los que aparecen en el Nuevo Testamento. Para los demás días se nos aconseja que, de no existir alguna razón particular en contrario, se siga la lectura continuada del leccionario ferial. Nosotros hemos respetado esa opción, y por eso, sólo en determinados casos se encontrará referencia a las lecturas bíblicas. Tampoco habrá comentarios exegéticos, dado que en la mayoría de los casos se puede recurrir a uno de los volúmenes dedicados al leccionario semanal.

Sin embargo, no nos hemos resistido a la tentación de esbozar, siguiendo el año natural, el retrato de los santos cuya memoria celebra la Iglesia, sin olvidar a los que, aun sin gozar del honor de figurar en el calendario universal, son universalmente conocidos y venerados. No obstante, no era cosa de repetir lo dicho ya en otros lugares, como son las introducciones de los misales o del libro de las horas u otros estudios más elaborados. Por lo demás, citaremos algunos de éstos, que el lector interesado podrá consultar provechosamente.¹ Hemos optado, pues, por una vía intermedia, más sugestiva que completa: unas palabras que sitúen al santo en su contexto o en su actualidad, y a veces una frase característica de su obra.²

1. Pierre PIERRARD, *Dictionnaire des prénoms et des saints*, Larousse, 1974. Alain GUILLERMOU, *Le livre des saints et des prénoms*, Desclée de Brouwer, 1976.

2. Las citas provienen de *Lectures pour chaque jour de l'année*, en colab., 1974.

2 *Basilio Magno y Gregorio Nacianceno*. Dos monjes, nacidos ambos en el seno de sendas familias santas y amigos desde sus años de estudios en Atenas. Ambos desempeñaron un importante papel en la Iglesia del siglo IV, que, recién adquirida su libertad, ya está enzarzada en disputas dogmáticas acerca de la divinidad de Cristo. Basilio, que llegará a ser obispo de Cesarea, en Capadocia, fue primero un maestro de vida monástica, y la Regla que él escribió servirá de fundamento al monacato en pequeñas comunidades pobres y perfectamente estructuradas. También son suyas ciertas páginas muy enérgicas en defensa de los pobres, así como un grandioso Tratado sobre el Espíritu Santo. Gregorio fue patriarca de Constantinopla, pero prefirió retirarse a Nacianzo para escapar a las intrigas de sus adversarios, que no soportaban el ardor con que defendía el dogma. Sus homilias sobre la Trinidad son de una enorme profundidad mística.

«El pan que tú almacenas en reserva le pertenece al hambriento; el calzado que se pudre en tu casa, al que va descalzo; y el dinero que guardas enterrado, al menesteroso». (Basilio).

«El Espíritu es mi amigo íntimo, y me paso la vida invitando a todos, en cuanto puedo, a adorar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo» (Gregorio).

3 *Genoveva de París*. Cuando nació Genoveva, hacia el año 420, Nanterre no era más que una aldea. A muy temprana edad, Genoveva se consagra a Dios y vive en París, que por entonces no es más que una pequeña isla en el Sena (L'Île de France). Su abnegación y fortaleza y su fama de santidad le hacen ganarse el corazón de los parisinos, a quienes salva haciendo que se desvíen las hordas de Atila que asolan la Galia. Cuando Genoveva conduce al pueblo, sabe perfectamente lo que quiere. Desgraciadamente, la abadía edificada a su nombre en el «monte de Santa Genoveva» fue destruida entre 1802 y 1807; pocos años antes, en noviembre de 1793, los revolucionarios habían arrojado sus cenizas al Sena...

13 *Hilario de Poitiers*. En el siglo IV, el que también habría de ser padre espiritual de san Martín, fue obispo de Poitiers y escribió la primera obra teológica de importancia en Occidente: el *De Trinitate*.

Como tantos otros defensores de la fe, también Hilario conoció el exilio y la pobreza.

«Dame. Dios todopoderoso, el sentido verdadero de las palabras, la luz de la inteligencia y la fe de la verdad, para que sepa expresar a los hombres lo que yo creo».

- 15 *Remigio*, obispo de Reims en el siglo VI. Todo el mundo sabe que bautizó a Clodoveo y los suyos, es decir, a Francia. Desempeñó un papel importante en la evangelización y en el establecimiento de la Iglesia en la Galia del norte. Fue célebre la abadía construida a su nombre en Reims.
- 17 *Antonio*, abad. En Egipto, a principios del siglo IV, por la época en que el obispo de Alejandría, Atanasio, lucha por defender la divinidad de Jesús, Antonio oye la voz del Evangelio: «¡Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes y sígueme!». Se va al desierto y se sume en la renuncia y en la oración incesante. Con todos los «padres del desierto», sus discípulos, nos recuerda que el verdadero combate de la vida es el que se libra contra las fuerzas ocultas que, al atacar a Dios, destruyen al hombre. En el desierto, Antonio proclama la Buena Noticia de lo esencial.

«Los hay que parece que callan y, sin embargo, siempre están hablando, porque su corazón condena a los demás. Y los hay que, hablando de la mañana a la noche, permanecen siempre en silencio, pues no dicen una sola palabra que no edifique a quienes les escuchan» (Apotegmas de los padres del desierto).

- 21 *Inés*. ¿Cómo habrá que llamar a esta muchacha romana martirizada el año 305, en tiempos de Diocleciano: «pura» (*agnos*, en griego) o «cordero» (*agnus*, en latín)? En este día, en Roma, donde el recuerdo de Inés se conserva muy vivo, el papa bendice unos corderos inmaculados cuya lana servirá para confeccionar el llamado palio, ornamento litúrgico propio de los arzobispos.
- 22 *Vicente*. España ha conservado vivo el culto a este mártir de Zaragoza del siglo IV. ¿Sabes lo que significa su nombre? «Vencedor».
- 24 *Francisco de Sales*. Este noble saboyano y hombre de leyes, embebido de espíritu franciscano, convertido en «Monsieur de Genève», o sea, obispo, en 1593, este gran espíritu que se relacionó con los grandes nombres de la reforma católica, fue primero un verdadero misionero del Evangelio entre los disidentes calvinistas, cuya dureza casi inhumana había experimentado. Al rigor de la predestinación opuso siempre el «dogma» de la confianza necesaria entre Dios y el hombre. De ese modo, poseía un lenguaje que era escuchado por los laicos, por personas en busca de una vida espiritual. Su «Introducción a la vida devota» fue (y sigue siendo) un monumento de

espiritualidad y de humanismo cristiano. San Francisco de Sales es patrono de los escritores y de los periodistas.

25 *Conversión del apóstol san Pablo*.

Lecturas: Hch 22,3-16 ó 9,1-22
Sal 116
Mc 16,15-18

Le rodeó una gran luz y quedó ciego, hasta que recobró la vista momentos antes de ser bautizado. No obstante, se creía a sí mismo clarividente y honrado, defendiendo la causa de Dios apasionada y celosamente. El haría castigar a los adeptos a la doctrina de Jesús, pues no debía permitirse que el error y la herejía se multiplicaran. Volaba camino de Damasco, donde se decía que estaba arraigando la secta cristiana. En Damasco permaneció tres días envuelto en aquella noche, escrutando la llamada que le había desquiciado por completo en el camino hacia aquella ciudad. Al tercer día vio con claridad, y en seguida se puso a predicar que «Jesús es el Mesías». En Pablo, el Resucitado había suscitado al apóstol que iba a ensanchar los límites de la Iglesia hasta los confines del mundo, donde existen pueblos que caminan en tinieblas, para que esos pueblos reciban gran luz y esperanza por la fe.

26 *Timoteo y Tito*, discípulos de Pablo.

1.ª lectura: 2 Tm 1,1-8 ó Tt 1,1-5

Con Timoteo y Tito se configura la sucesión eclesial. La unidad de la Iglesia no es algo que deba darse por supuesto; hacen falta para ello «vigilantes», «obispos», unos hombres a los que Dios otorga un espíritu de fortaleza, de amor y de inteligencia para que gobiernen su Casa. Así, siglo tras siglo, la imposición de manos significa en la Iglesia el don del Espíritu con vistas al ministerio de la unidad en la fe. La ordenación no suprime la gran libertad de los carismas, de los que todo bautizado está dotado por el Espíritu; al contrario, permite que esos carismas den sus frutos en la unidad del único cuerpo de Cristo.

- 27 *Angela Merici*. En la época del Renacimiento, esta mujer humanista, preocupada por la instrucción de las niñas pobres, ideó fundar una congregación religiosa dedicada a la enseñanza, las Ursulinas, cuya vida sería muy flexible, sin clausura y sin otros inútiles lastres. Sin embargo, su institución no tardó en adoptar normas más tradicionales.

«Dios ha dado a cada cual el libre albedrío, y a nadie quiere forzar; únicamente propone, invita y aconseja».

- 28 *Tomás de Aquino*. La Iglesia latina reconoce en él a su maestro intelectual predilecto. Era un hombre grueso, de carácter plácido y dotado de una inteligencia brillante y un maravilloso sentido místico. Descendiente de una noble familia, fue oblato benedictino en Monte Cassino antes de unirse, contra la voluntad de su familia, a los Hermanos Predicadores, recién fundados por santo Domingo. Estudiante en Colonia, París y Roma, se hizo Maestro en Teología en París, tras superar diversos obstáculos, debidos tanto a la rivalidad de los maestros seculares como a su prodigioso sentido de las nuevas cuestiones planteadas a la teología por el nuevo descubrimiento de la filosofía aristotélica y el riguroso empleo de la razón en la elaboración del dato de la fe. Siempre procuró armonizar, sin confundirlas, la razón y la fe, la piedad y la doctrina. Murió en 1274. Sus obras, antes de llegar a ser la base de la teología oficial de la Iglesia, fueron consideradas sospechosas durante mucho tiempo.
- 31 *Juan Bosco*. El «problema de los jóvenes» se planteaba ya con carácter agudo en aquellos comienzos del siglo XIX, cuando «Don Bosco» fundó la congregación de los Salesianos para proporcionar a los adolescentes una enseñanza adaptada a su condición social, sobre todo a los pobres y a los menos dotados. Nunca se ponderará suficientemente la importancia del papel desempeñado por estos enseñantes en la formación de las actuales escuelas; tampoco se podrá jamás exagerar la importancia que tiene para la Iglesia el solidarizarse con los jóvenes en momentos como los actuales, en que la crisis y el paro afectan a tantos, empezando por los «más pobres».

2 *Presentación del Señor.*

Lecturas: Mal 3,1-4 ó Hb 2,14-18

Sal 23,7-10

Lc 2,22-40

Ver comentario de los días 29 y 30 de diciembre.

- 3 *Blas*. Se implora a san Blas para curar los males de garganta, porque se cuenta de él que curó a un niño que se ahogaba con una espina de pescado... Pero no habría que olvidar que este mártir del siglo IV, apenas conocido, era armenio, hijo de ese pueblo que acabará siendo olvidado, debido al horroroso genocidio que viene padeciendo desde hace siglos...
- 3 *Anscario*. En el siglo IX, Anscario (u Oscar), monje en Corbie (Picardie), y más tarde en Sajonia, fue obispo de Hamburgo y legado pontificio en los pueblos nórdicos, donde trabajó incansablemente por el Evangelio. Se le ha descrito como «apóstol por fuera y monje por dentro», lo cual constituye un hermoso ideal evangélico.
- 5 *Agueda*. La leyenda se ha adueñado de esta santa, célebre en Sicilia. Su nombre significa «buena». Fue martirizada en tiempos del emperador Decio, a finales del siglo III.
- 6 *Pablo Miki y sus compañeros*. Eran 25, y fueron crucificados en Nagasaki (Japón) en 1597. No había pasado aún mucho tiempo desde la misión de Francisco Javier, pero ya tenían que padecer los cristianos el martirio por el nombre de Cristo. De los que fueron crucificados, 3 eran jesuitas japoneses y 6 franciscanos españoles; los demás eran indígenas laicos, entre ellos 3 niños.
- 6 *Amando*. El nombre de san Amadno es muy conocido en Bélgica y en el norte de Francia, donde murió este misionero a finales del siglo VII, concretamente en Elnone, que a partir de entonces se llamó Saint-Amand. El valle del Escalda, Brabante y la región de Lieja se beneficiaron espiritualmente de su paso. Fue uno de los grandes evangelizadores de Bélgica.

10 *Escolástica*. La hermana de san Benito comparte con él el honor de presidir los orígenes del monacato cenobítico en Occidente. Nacida en Norcia (Umbría), había ido a vivir cerca de su hermano, junto a Monte Cassino, y solía verse con él frecuentemente para mantener conversaciones espirituales. Allí murió en el año 543.

11 *Nuestra Señora de Lourdes*. El mensaje de Lourdes hace eco al Evangelio: «¡Convertíos y orad sin cesar!». Desde las apariciones, a mediados del siglo XIX, Lourdes ha sido un importante lugar de oración, de vuelta al Evangelio y de consuelo para los enfermos y los pobres.

14 *Cirilo y Metodio*, patronos de Europa con san Benito. La aventura de los dos hermanos misioneros de Europa central es extraordinaria. Hijos de un alto funcionario de Tesalónica, se hicieron monjes en Bitinia; más tarde, recibieron diversas misiones en Moravia, para implantar allí la Iglesia con la fe. Ingeniosamente, inventaron una escritura capaz de servir para la traducción de la Biblia y la celebración de la liturgia: la escritura glagólica o cirílica. Así pudieron celebrar el culto en la lengua del pueblo. Sin embargo, tropezaron con la oposición de algunos misioneros germánicos, que veían en ellos a unos inquietantes competidores y que, además, preferían celebrar los ritos en latín, lengua tenida en alta estima en la corte imperial. Fue necesario que Roma les apoyara y reforzara su autoridad. A pesar de ello, no pudo evitarse que Metodio fuera encarcelado durante tres años. Entretanto, Cirilo moría en Roma (869). Metodio murió en tierra eslava, en el 885. La utilización de la lengua del pueblo (el eslavo) en la liturgia se había conseguido, sin que con ello se hubiera «falseado la palabra de Dios» (1.^a lectura).

18 *Bernadette Soubirous*. Fue una niña pobre, muy equilibrada, carente de instrucción pero no de talento; la mayor de seis hermanos y pastora; en 1858, en Lourdes, se le aparece la Virgen Inmaculada. Nada podrá nunca hacer dudar a Bernardette de lo que vio y oyó. Pasará la vida lejos de las multitudes, entre las Hermanas de la Caridad de Nevers, ocupada en realizar oficios subalternos bajo las órdenes de su superiora. Murió en 1879, invocando a la Virgen María.

22 *La cátedra del apóstol san Pedro*.

Lecturas: 1 Pe 5,1-4
Sal 22
Mt 16,13-19

La «cátedra» de Pedro no fue nunca la de un escriba o un doctor, sino la de un humilde pastor que, como el mismo Jesús, entregó su vida por sus ovejas. En Roma, antes de sufrir el martirio, sin duda experimentó la pobreza. Así es como se edifica la Iglesia; su piedra

angular está en el Calvario, y sus piedras vivas encuentran su solidez en la fe de los fieles de Cristo; siendo así, ¿no convenía que fuera el apóstol Pedro el primero que participara en la cruz del Señor para confirmar en la fe a sus hermanos?

23 *Policarpo*. El martirio del obispo de Esmirna, el año 155, sólidamente atestiguado por un relato auténtico, realiza la unión de la Iglesia con la generación apostólica, pues Policarpo debió de conocer, si no al apóstol Juan, sí al menos a los más cercanos a él. La Iglesia, joven aún, daba frutos abundantes, que es lo que significa el nombre del anciano obispo: Policarpo, «portador de muchos frutos». Cuando fue martirizado contaba 86 años.

«Señor, Padre de tu Hijo amado Jesucristo, te bendigo, porque en este día y esta hora te has dignado agregarme al número de tus mártires y concederme tener parte en el cáliz de Cristo. ¡Ojalá pueda ser admitido hoy en tu presencia como un sacrificio aceptable, como lo dispusiste y me diste a conocer de antemano y ahora cumples, oh Dios veraz y verdadero!» (Policarpo, en el momento del martirio).

4 *Casimiro* (1458-1484). En este príncipe, administrador del reino, reconocen Polonia y Lituania a su patrono. Oriundo de Cracovia, murió joven, aquejado de tuberculosis, después de haber defendido siempre a los pobres y venerado con amor a la Virgen María.

17 *Patricio*. El patrono de Irlanda no es cualquiera... Nacido a finales del siglo IV, tuvo que huir a la Galia, donde acabó recalando en Auxerre. De allí, una vez consagrado obispo, regresó a su isla natal para evangelizarla; su actividad apostólica encontró serias resistencias y fuertes hostilidades, pero fue sumamente popular en vida, como todavía sigue siéndolo. De Irlanda habían de venir al continente los austeros y misioneros monjes que consolidaron la Iglesia en el siglo VI y fundaron tantos lugares insignes de la vida religiosa a lo largo de la Edad Media.

19 *José*, esposo de la Virgen María.

Lecturas: 2 Sam 7,4-5a.12-14a.16

Sal 88

Rom 4,14.16-18.22

Mt 1,16.18-21.24a ó Lc 2,41-51a

Ver el comentario del 18 de diciembre.

25 *Anunciación del Señor*.

Lecturas: Is 7,10-14

Sal 39

Hb 10,4-10

Lc 1,26-38

Ver el comentario del 20 de diciembre.

- 4 *Isidoro de Sevilla*. Figura de gran talla intelectual. Un hombre cuyas obras fueron tan leídas y estudiadas en todas partes, durante la alta Edad Media, que su época es conocida como la del «renacimiento isidoriano». Obispo de Sevilla, Isidoro dio un gran impulso a la Iglesia visigótica en el siglo VII; puso los cimientos de la liturgia local, llamada mozárabe; pero, sobre todo, escribió importantes obras, como «De la naturaleza de las cosas», que es una verdadera enciclopedia, o «El elogio de España», o también «Sentencias», compendio de teología dogmática y moral que será utilizado en las escuelas de teología. Sus reliquias se conservan en León, donde se edificó una abadía considerada como un santuario nacional.
- 7 *Juan Bautista de la Salle*. Canónigo de Reims (1651-1719) sumamente culto y de formación sulpiciano. Impulsado a ocuparse en la enseñanza, descubre la miseria de los niños pobres, que se estancan en la ignorancia por carecer de medios para costearse unos estudios. El señor De la Salle reúne entonces a algunos compañeros y funda la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, para atender a la formación de los más faltos de recursos. Es conocida la importancia pedagógica de esta institución. Ante las numerosas calumnias de que fue objeto, Juan Bautista tuvo que retirarse discretamente.
- 16 *Benito José de Labre*. En pleno siglo XVIII, siglo apasionado por las ideas filosóficas y el libre examen, he aquí a un santo vagabundo y menospreciado que lleva una vida extraña y pobre, plagado de parásitos. Nacido en Artois, habría querido ser monje; recorrió Europa como mendigo-peregrino, y sólo fue acogido en Italia, donde visitó muchas veces Loreto y Roma. Pasó el final de su vida entre las ruinas del Coliseo y murió en la trastienda de un carnicero, a la edad de 35 años.
- 21 *Anselmo*. Una de las grandes figuras de la intelectualidad de la Edad Media. Nacido en Aosta en 1033, vivió mucho tiempo en la abadía normanda de Bec, en la que estudió y de la que más tarde fue abad. En estrecho contacto con Inglaterra, fue nombrado primado de Can-

torbery y trabajó con ahínco en reformar la Iglesia según los cánones de la reforma gregoriana; pero fue blanco de los ataques de los reyes Guillermo II y Enrique I Beauclerc, y acabó conociendo el exilio. Su obra teológica se sitúa entre el pensamiento meditativo de los Padres de la Iglesia y la dialéctica razonadora de los escolásticos. La célebre fórmula «Fides quarens intellectum» —«la fe que busca entender»— resume perfectamente su pensamiento, que va, de la prueba de la existencia de Dios a partir de la idea misma de Dios, hasta la elaboración de un grandioso fresco sobre la Encarnación en el «Cur Deus homo?» («¿Por qué Dios se hizo hombre?»).

- 23 *Jorge*. Poco sabemos con alguna certeza, acerca de este gran mártir de Oriente, muerto hacia el año 303, actual patrono de Grecia, de Inglaterra y de Cataluña, como antaño lo fue de los caballeros y de los ejércitos. De todos modos, se sabe que su figura cautivaba a los cruzados y que su leyenda es muy abundante. El fue —aunque hubo otros— quien venció al dragón infernal...
- 25 *Marcos*. Es el patrono de Venecia; morirá en Alejandría, desde donde habrían sido llevadas a Venecia sus reliquias. Se supone que padeció el martirio. Su nombre va unido, sobre todo, al 2.º evangelio, en el que no cesa de plantearse la cuestión fundamental para nuestra fe: «¿Quién es este hombre, Jesús?».

Lecturas: 1 Pe 5,5b-14
Sal 88
Mc 16,15-20

- 29 *Catalina de Siena*. ¡Historia poco común, la de Catalina Benincassa! Toda Siena la conoce y la trata; ella es terciaria dominica, vive pobremente, es muy alegre... y es una santa. Todo el mundo lo dice. Pero, fuera de Siena, el mundo sufre; la estancia del papa y de los cardenales en Avignon se eterniza; las ciudades italianas se alzan unas contra otras. Y la joven Catalina marcha a Avignon; posee un auténtico carisma de predicadora y confirma sus palabras con asombrosos arrebatos. Gregorio XI se deja convencer y regresa a Roma. Pero los franceses, descontentos, suscitan un antipapa frente a su sucesor, Urbano VI; es el principio del «cisma». Catalina se va a Roma, donde muere después de una larguísima agonía. Tiene 33 años; corre el 1380.

«Santísimo y dulcísimo padre en Cristo, el dulce Jesús: os escribo para... Sed paciente cuando se os dicen estas cosas, pues se os dicen únicamente por el honor de Dios y para vuestra salvación... Vuestra autoridad se extiende a todo, pero vuestra visión es limitada, como hombre que sois... Sé que Vuestra Santidad desea ardientemente tener auxiliares que puedan servirle, pero para ello es preciso escucharles con paciencia» (Carta a Urbano VI).

- 2 *Atanasio*. Patriarca de Alejandría en el siglo IV, Atanasio conoció el exilio en cinco ocasiones por haber defendido sin concesiones la divinidad de Jesús contra los arrianos (cfr. 1 de enero). Suya es esta maravillosa fórmula que lo resume todo: «Dios se hizo hombre para que el hombre fuera hecho hijo de Dios»... Si Cristo no fuera verdaderamente Dios, ¿cómo íbamos a participar por él en la verdadera vida de Dios? Atanasio favoreció también el monacato naciente y escribió la vida de Antonio abad (17 de enero).

- 3 *Felipe y Santiago*, apóstoles.

Lecturas: 1 Cor 15,1-8
Sal 18a
Jn 14,6-14

«Al día siguiente, Jesús determinó salir para Galilea. Se encuentra con Felipe y le dice: '¡Sígueme!' Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro» (Jn 1,43-44). «Felipe se encuentra con Natanael y le dice: 'Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés y los profetas: Jesús, el hijo de José, el de Nazaret'. Natanael le respondió: '¿De Nazaret puede salir cosa buena?'. Felipe le dice: '¡Ven y lo verás!'» (Jn 1,45-46). «Había algunos griegos entre los que subían a adorar en la fiesta. Estos se dirigieron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaron: '¡Señor, queremos ver a Jesús'. Felipe fue a decírselo a Andrés; Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús» (Jn 12,20-21). «Le dice Felipe a Jesús: '¡Señor, muéstranos al Padre y nos basta!'. Jesús le dice: '¿Tanto tiempo estoy con vosotros y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre'» (Jn 14, 8-9).

Nada se sabe con certeza acerca de Santiago, hijo de Alfeo. Su identificación con Santiago, «el hermano del Señor», al que se ha atribuido una carta del Nuevo Testamento dirigida a la Iglesia de Jerusalén, es incierta.

- 14 *Matías*, apóstol elegido después de la ascensión del Señor, en sustitución de Judas y para completar el número de los Doce. De esta elección (1.ª lectura) recuérdese que, si el apóstol es testigo de la resurrección, es también un compañero de Jesús en su predicación

y en su vida en la tierra; adviértase la insistencia en dejar que el Espíritu designe por sí mismo al hombre que ocupará un lugar en el ministerio de los Apóstoles; obsérvese, finalmente, el valor simbólico del número doce, que remite a la Iglesia al pueblo de Dios.

Lecturas: Hch 1,15-17.20-26.

Sal 112

Jn 15,9-17

19 *Ivo*. El patrono de los abogados era bretón, gentilhomme y jurista. Nacido en 1253, fue sacerdote, párroco y abogado de los pobres como juez eclesiástico, pero también como administrador de un asilo instalado en la casa solariega de los Kermartin, su familia paterna. Existe una letrilla alusiva a él que dice así: «Santus Yvo erat brito, advocatus et non latro, res miranda populo!», es decir: «San Ivo era bretón, abogado y no ladrón, ¡motivo de admiración para el pueblo!»...

22 *Rita*. Se la invoca en favor de las causas desesperadas, y su culto es de lo más popular. También podría pedírsele la gracia de la paciencia... Nacida en Cascia (Umbría) en 1381, a los 12 años hace voto de virginidad, pero tiene que ceder a las presiones de sus padres y casarse. Durante 18 años soporta a un marido brutal que acaba muriendo asesinado; pierde a sus dos hijos y, finalmente, ingresa en las Agustinas de Cascia, donde recibe un estigma en la frente; su llaga despedirá tal hedor que desde entonces tendrá que vivir aislada, recibiendo únicamente a algunos enfermos a los que cura.

25 *Beda el Venerable*. De él dijo Newman que fue el modelo del benedictino. Beda vivió en la Inglaterra del siglo VIII y fue el primer letrado anglo-sajón; su influjo se extendió a todo Occidente, y es autor de una serie de obras de historia y de teología.

25 *Gregorio VII*. El nombre de este gran papa (1028-1085) va unido al de la «reforma gregoriana», que se proponía regenerar a la Iglesia, maltrecha por el sistema de las investiduras laicas conferidas por los príncipes y el emperador a los obispos y abades. Gregorio, que había sido monje y abad de San Pablo Extramuros, en Roma, y más tarde consejero de los papas reformadores, puso un ardor poco común en purificar a la Iglesia, lo cual le valió enfrentarse abiertamente al emperador Enrique IV, que, aunque marchó a Canosa a hacer penitencia, no por ello renunció a pretender dirigir la Iglesia, y Gregorio acabó su vida exiliado en Salerno.

26. *Felipe Neri*. ¿Habría que otorgar a «Don Pipo» el título de patrono de los humoristas? La idea no resulta tan descabellada si tenemos en cuenta que el humor es una forma de ternura, y que Felipe solía provocar la risa para escapar él mismo a ciertas manifestaciones del Espíritu demasiado llamativas, pues en ocasiones le ocurría que entraba en éxtasis cuando menos lo esperaba. No obstante, fue, sin

ninguna duda, uno de los santos más humanos y dotados para la acción. En Roma, donde era párroco, reunió una comunidad de sacerdotes que acabarían formando el «Oratorio», y que fue un hallazgo pastoral sin precedentes, pues en aquel marco se inventó el género musical del «Oratorio», música improvisada por la asamblea reunida en torno al predicador y dirigida por éste, utilizando frecuentemente melodías conocidas a las que aplicaban textos dictados por las circunstancias. En definitiva, algo muy parecido a los «Espirituales Negros» de Norteamérica. Felipe Neri fue contemporáneo de la reforma católica, y cuando murió, en 1595, había contribuido decisivamente a restaurar una religión tan optimista como exigente.

27 *Agustín de Cantorbery*. ¿Quién no recuerda el memorable encuentro entre el papa Juan Pablo II y el arzobispo de Cantorbery en el día de Pentecostés de 1982? Con razón, ambos se presentaron como los sucesores de Gregorio I el Magno y de Agustín. Este, monje de San Andrés, en el Coelius de Roma, fue enviado a Inglaterra, con unos compañeros, por el papa Gregorio para llevar allí la semilla de la fe. La cosecha fue abundante. El papa recomendó a los misioneros que respetaran las costumbres locales y se esforzaran por infundir en ellas el espíritu evangélico. Agustín fue el primer obispo de Cantorbery. Allí murió hacia el año 605.

30 *Juana de Arco*. Trece años de edad y una fe hondamente arraigada tiene la aldeana de Domrémy, en Lorena, cuando «oye» a san Miguel, y luego a santa Catalina y a santa Margarita, evocar la gran piedad del reino de Francia, y animarla a ella misma a entronizar al «pequeño rey de Bourges», Carlos VII. Orléans está a punto de caer en poder de los ingleses. Juana acaba entrevistándose con el rey y recibiendo de él una armadura de combate. Al frente del ejército real, consigue grandes victorias; conduce a Carlos VII a Reims y le hace coronar según la tradición. Pero pronto empieza Juana su calvario: borgoñones e ingleses se apoderan de ella, siendo juzgada en Rouen como hechicera, hereje y cismática. El obispo de Beauvais, Cauchon, no quiere oír hablar de su buen sentido y de su fidelidad; por último, es entregada al «brazo secular» y quemada viva. Era el 30 de mayo de 1431.

«Me pongo enteramente en manos de Dios. Sería la más desdichada del mundo si supiera que no cuento con el favor de Dios».

31 *Visitación de la Virgen María*.

Lecturas: So 3,14-18a ó Rom 12,9-16b

Is 12,4-6

Lc 1,39-56

Ver comentarios los días 21 y 22 de diciembre.

- 1 *Justino*. Roma, siglo II, bajo el reinado de los Antoninos, bastante tolerantes, pero muy imbuidos de filosofía. Un retórico, Justino, decepcionado por aquella sabiduría pagana, se vuelve hacia el cristianismo, al servicio del cual pone su talento. Procura conciliar la herencia de los filósofos griegos y la fe cristiana, y elabora los primeros pasos de una teología del «Verbo» o «Logos»; es optimista y ve en la razón humana una primera vía de acceso a la Verdad Eterna, aunque tal acceso supone necesariamente la iluminación del Verbo hecho carne. Finalmente, Justino morirá mártir, diciendo: «¡Nadie que esté en su sano juicio abandona la verdad por el error!». Esta afirmación de la verdad la había hecho anteriormente en público, especialmente en cartas abiertas dirigidas al emperador, o «apologías», que también son una fuente importante para conocer la vida de la Iglesia naciente.
- 2 *Potino, Blandina y sus compañeros*. En Lyon, hacia el año 177 y bajo el imperio de Marco Aurelio, de la familia de los Antoninos. El populacho mira con malos ojos a los cristianos, muy presentes ya en el valle del Ródano. Durante las fiestas paganas, dan muerte al nonagenario obispo, que reconforta a una joven esclava llamada Blandina. Conocemos el martirio de estos santos por una carta de los cristianos de Lyon y de Vienne (hoy cabeza del distrito departamental francés de Isère) a las Iglesias de Asia y Frigia, de donde eran oriundos la mayoría de ellos.

«Todos temíamos por Blandina, por ser tan endeble. Pero se sintió tan llena de fortaleza que acabó agotando a sus verdugos. No hacía más que repetir: 'Soy cristiana, y entre nosotros no se hace ningún mal', y al decirlo adquiría nuevas fuerzas».
- 3 *Carlos Luanga y sus compañeros*. Primeros mártires del Africa negra. A finales del siglo XIX, son quemados en Uganda, como antorchas vivas, por un reyezuelo depravado. Eran 22, católicos unos y anglicanos otros.
- 5 *Bonifacio*. Wynfrith era un monje inglés que desembarcó en las costas de Frisia, para lanzarse a la evangelización del continente. El nombre de «Bonifacio» lo recibió del papa Gregorio II, que al

mismo tiempo confirmó su misión. Apóstol de Frisia y de Germania con el título de arzobispo de Maguncia, con la ayuda de algunos monjes compatriotas suyos puso allí los cimientos de la Iglesia. Aunque con menos éxito, trabajó también en la reorganización de la Iglesia franca deseada por Pipino el Breve, al cual ungió en su coronación, el año 751, avalando así, con la aprobación de Roma, el golpe de estado del primer «carolingio» contra los reyes merovingios. Vuelto en misión al país de los frisones, fue martirizado a la edad de 80 años, en el 755. Su cuerpo se encuentra en la abadía de Fulda, que él había querido que fuera centro de irradiación cristiana para toda Germania.

- 6 **Norberto.** Entre los numerosos reformadores de la vida religiosa en la Edad Media, se encuentra este noble renano convertido al Evangelio. Cerca de Laon, en Prémontré, reunió en el «desierto» a algunos discípulos que rápidamente se hicieron sacerdotes y vivieron formando comunidades como «canónigos regulares». Más tarde, Norberto fue nombrado arzobispo de Magdeburg. Murió en 1134.
- 9 **Efrén.** Conocido con el sobrenombre de «la cítara del Espíritu Santo», fue diácono en Edesa (Persia) en el siglo IV; al morir, dejó escrita una obra teológica y lírica que permite ver con toda claridad el vigor que la fe tenía en aquellos momentos más allá de las fronteras del Imperio romano.
- 11 **Bernabé.** Hay que hacer justicia a este «hijo de la consolación» (que eso significa su nombre), sin el que tal vez no hubiera sido Pablo el misionero que fue... Este cristiano de Jerusalén, dotado de un espíritu abierto, no tardó en comprender que, para que los gentiles entraran en la Iglesia, bastaba la fe; se le encomendó misionar en Antioquía, y se llevó consigo al converso Pablo de Tarso. De esta ciudad partió la primera misión paulina. El relato de este «envío misionero» que figura en los Hechos (lectura del día) es de gran valor, pues sitúa perfectamente la misión en la inspiración del Espíritu y la responsabilidad de la Iglesia, significada por la imposición de manos.

Lectura: Hch 11,21b-26; 13,1-3

- 13 **Antonio de Padua.** Las devociones son buenas, con tal de que no deformen demasiado el verdadero rostro de los santos. ¿Es éste el caso de Antonio de Padua? Este noble portugués fue algo así como el «hijo predilecto» de san Francisco de Asís, que temía que su Orden se viera comprometida por los intelectuales y que encontró en Fray Antonio a un sabio, a un santo y a un verdadero pobre, y le confió la enseñanza de la teología a los sacerdotes de la Orden. Pero Antonio fue también misionero y predicador afamado en Marruecos, en el sur de Francia (entre los albigenses) y en Italia, especialmente en Padua, donde murió en 1231. Gregorio IX le canonizó al año de su muerte.

- 21 **Luis Gonzaga.** Este hijo de un marqués italiano ingresó en la Compañía de Jesús a la edad de 16 años. Aquejado de una salud muy frágil, murió a los 23 años, víctima de su entrega al cuidado de los apesados, en 1591. Se distinguió por su pureza extrema y patentizó un estilo de santidad muy sencilla.
- 22 **Juan Fisher y Tomás Moro.** Dos víctimas del rey Enrique VIII de Inglaterra, dos amigos y humanistas, mártires de su fidelidad a la Iglesia. Fisher era canciller de Cambridge y amigo de Erasmo cuando escribió su primera refutación del luteranismo. En aquel momento le apoyó Enrique VIII, pero muy pronto cambia el viento, porque el rey, además de despreciar las libertades de la Iglesia, quiere divorciarse. Roma se opone a tal pretensión, y Enrique VIII exige que se le reconozca jefe de la Iglesia anglicana. No sólo Juan Fisher, ya cardenal, opone resistencia al rey, sino también Tomás Becket, canciller del reino y hombre de excelente reputación. Ambos, acusados de traición, fueron ejecutados en 1535. De Moro se ha conservado una obra maestra, titulada «Utopía», en la que se expone cómo debería ser un gobierno ideal. Hoy todos los cristianos veneran en ellos a dos mártires sinceramente ligados a la Iglesia y que, no obstante, no disimulaban el problema que representa la especificidad anglicana de la fe.
- 24 **Natividad de san Juan Bautista.** «Hubo un hombre enviado por Dios...» Seis meses antes del nacimiento de Cristo, la Iglesia celebra el nacimiento del precursor, justo en el momento en que los días empiezan a acortarse. ¿No dijo Juan de Jesús: «Es preciso que él crezca y que yo disminuya»? Desde siempre, «la noche de san Juan» ha sido ocasión de grandes festividades, precedidas por una jornada de ayuno, al término de la cual se celebraba por primera vez la Eucaristía (misa de la vigilia). La jornada del 24 era, evidentemente, festiva, al menos bajo «l'ancien régime» litúrgico.

Lecturas: *Misa de la vigilia:* Jr 1,4-10
Sal 70
1 Pe 1,8-12
Lc 1,5-17

Misa del día: Is 48,1-6
Sal 138
Hch 13,22-26
Lc 1,57-66.80

Ver los comentarios de los días 19, 23 y 24 de diciembre.

*

**

«Señor, tú me escutas y me conoces; de lejos percibes mis pensamientos» (Salmo 138). Juan Bautista tiene una viva conciencia de la presencia de Dios. Dios viene, Dios está ahí; es preciso acudir

a la cita, preparar en el desierto los caminos del Advenimiento. Dios viene y juzga; ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, se separará el trigo y se quemará la paja. Juan es riguroso; desde su juventud se había ido a vivir al desierto como un asceta. Y, no obstante, en el salmo propuesto para su fiesta leemos lo siguiente: «¡Te doy gracias, Señor, por esta maravilla que soy!». Si Dios escudriña los pensamientos del hombre, no lo hace ante todo para juzgarlo; o, mejor dicho: su juicio es un fuego de amor, una purificación que debe esclarecer la maravilla que es el hombre, criatura del Dios vivo, hijo del Padre. Pero ¿quién se atreve a decir con tanta seguridad que para Dios todo hombre es una maravilla? El nombre de Juan significa «Dios se ha compadecido»... La maravilla del hombre es ésta: que Dios no le juzga según la medida de sus actos, sino según la desmesura de su divina gracia. ¿Quizá no percibiera el Bautista toda la amplitud de esa gracia? Puede ser; pero para convencerse de ella basta con leer de nuevo el cántico que el evangelista pone en boca del padre de Juan, Zacarías: «Dios ha hecho misericordia a nuestros padres y ha recordado su santa alianza... Tú, niño, irás delante del Señor para preparar sus caminos, para anunciar a su pueblo su salvación... Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, nos visitará una Luz que nace de lo alto». Hoy, cuando los días comienzan ya a decrecer, brilla un astro en el cielo y Juan lo señala con el dedo: «¡Viene aquel en quien nosotros somos maravilla!».

27 *Cirilo de Alejandría*. Cirilo, antes eremita, sucede a su tío como patriarca de la Iglesia de Antioquía el año 412. Hay en este hombre algo de despótico, pero muy en la línea de la Iglesia egipcia, que tiene que hacer frente a las pretensiones totalitarias de Constantinopla. Y, de hecho, una buena parte de la vida de Cirilo la ocupan sus vehementes controversias con Nestorio, que desembocarán en el concilio de Efeso y en la definición de María «Madre de Dios». (Ver el 1 de enero). Ese acta dogmática, ratificada por Roma, no impedirá al Oriente seguir dividido durante mucho tiempo entre «cirilianos» y «anticirilianos».

28 *Ireneo de Lyon*. Discípulo de Policarpo, en Asia Menor, Ireneo sucedió al obispo Potino de Lyon (ver 2 de junio). Su obra escrita es muy importante y justifica el nombre que lleva este obispo: Ireneo= «Pacífico». La Iglesia del siglo II está desgarrada por la «gnosis», es decir, por los aberrantes ensayos de algunos filósofos que tratan de minimizar la encarnación del Verbo, para desentenderse así de los misterios de un Dios hecho hombre; con ello desprestigian la historia, la vida concreta, el Antiguo Testamento y las estructuras de la Iglesia; de la fe sólo quieren conservar su aspecto falsamente espiritual. Ireneo reacciona enérgicamente, y su «Adversus Haereses» es un monumento de catolicidad. Puede decirse que con Ireneo aparece con toda claridad el fundamento de la fe católica, anclada en la tradición apostólica y en el conjunto de la

Escritura. Conviene leer, en la víspera de la fiesta de los apóstoles Pedro y Pablo, estas densas frases de Ireneo:

«Aunque la Iglesia esté extendida por todo el mundo, de los apóstoles y de los discípulos de éstos ha recibido la fe en un solo Dios y en un solo Jesucristo, Hijo de Dios, que se encarnó, y en un solo Espíritu Santo. Esta es la predicación que la Iglesia ha recibido y guarda cuidadosamente, como si habitara una sola casa. Sobre la superficie de la tierra, sin duda son diferentes las lenguas; sin embargo, la fuerza de la Tradición es una e idéntica. Donde está la Iglesia, allí está también el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios está también la Iglesia y toda gracia, pues el Espíritu es la verdad».

Pero recuérdese que Ireneo escribió también:

«¡La gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios!».

29 *Santos Pedro y Pablo*. Ambos murieron mártires, testigos de la fe, en Roma, entre los años 64-67. Enterrados el uno en la colina del Vaticano y el otro en la salida de la ciudad, en la vía Ostiense, ambos han suscitado a lo largo de los siglos una peregrinación continua a las fuentes de la Iglesia. La visita conocida con la denominación de «ad limina apostolorum» (a las puertas —es decir, al sepulcro— de los apóstoles) es aún el acto central de la visita pastoral de los Obispos a Roma, donde se entrevistan con el Papa, custodio de la tradición apostólica, según la más antigua formulación del primado romano.

Lecturas: *Misa de la vigilia*: Hch 3,1-10

Sal 18a

Gal 1,11-20

Jn 21,15-19

Misa del día: Hch 12,1-11

Sal 33

2 Tim 4,6-8.17-18

Mt 16,13-19

Todo parecía separar y oponer a estos dos hombres, columnas de la Iglesia: su pasado, de pescador de callosas manos el uno, y de erudito rabino el otro; su adhesión a Cristo, progresiva y diaria en Pedro, súbita y dogmática en Pablo; su concepción de la fe, paciente y a veces vacilante en Pedro, cuando se trata de admitir a los gentiles en la Iglesia, y violenta y audaz en el apóstol de las «Gentes». En más de una ocasión, el encuentro entre ambos tropezó con discusiones duras y casi amargas, y en cualquier caso sus caminos se mantuvieron distantes por mucho tiempo. Pedro en Jerusalén; Pablo,

por las rutas del Mediterráneo. Fue en Roma donde volvieron a encontrarse, al menos en la muerte y en el testimonio esencial de la fe, el martirio. En estos dos hombres tan distintos reconoce la Iglesia cómo ella no puede por menos de ser atraída por lo antiguo y por lo nuevo, la prudencia y la urgencia, la tierra natal y la misión, hasta que nazca la unidad, que siempre está por encima de los modelos humanos.

«El Evangelio que yo proclamo no es invención humana», asegura Pablo; pero el Espíritu sólo puede hablar por medio de los hombres, situados necesariamente en una historia concreta. El Evangelio es una revelación, pero hay que estar incesantemente preveniéndolo contra la tentación del ensueño o de la inflación individual. Y he aquí que Jesús le dice a Pedro: «A ti te doy las llaves del Reino»; pero el portero ¿no debe agotar todos los medios para abrir las puertas a todo hombre que va en busca de la vida? «Pedro, lo que ates en la tierra, será atado...». Y, sin embargo, ¡la fe se nos da para la libertad! ¿Contradicción? No, simplemente la Iglesia continúa en el tiempo esa aventura imposible (imposible para los hombres, pero no para Dios) en la que se juntan el Eterno y lo cotidiano, el Espíritu y la tierra, la carne y el cielo, la vida y la muerte. Aventura que la Iglesia no podría llevar a buen puerto si ella, a su vez, no estuviera fundada sobre Pedro y sobre Pablo, sobre el suelo mil veces labrado de nuestra tierra y sobre la llamada irresistible de los horizontes nuevos. Aunque a veces sea preciso que Roma no esté ya en Roma...

JULIO

- 3 *Tomás*. La tradición le ha llevado hasta los persas y los malabares, en la India, donde aún se sigue hablando de los «cristianos de santo Tomás». El Evangelio nos transmite un hermoso retrato suyo: «Vayamos también nosotros a morir con él» (Jn 11,16). «Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?» (Jn 14,5). «Tomás, ¡dichosos los que, aun no viendo, creen!» (Jn 20,29).

Lecturas: Ef 2,19-22
Sal 116
Jn 20,24-29

- 6 *María Goretti*. En 1902, en Nettuno, una niña de 12 años, la mayor de seis hermanos, que guardaba la casa en ausencia de su madre que tenía que ir al trabajo, es apuñalada por un joven de 18 años que la desea y que más tarde asistirá personalmente a la canonización de María.
- 11 *Benito*. El padre del monacato de Occidente y actual patrono de Europa era estudiante en Roma cuando huyó a la soledad de Subiaco, antes de fundar una comunidad monástica en Monte Cassino. Escribió para sus monjes una Regla que es un modelo de equilibrio y de respeto a las posibilidades humanas. Todo es moderación en la vida «benedictina», basada en el trabajo, la oración, la vida en comunidad y la vigilancia del abad. Desde la muerte de Benito, en el año 547, la orden monástica por él fundada ha dado al mundo un alma, y a la Iglesia un lugar para el indispensable retorno a las fuentes.
- 22 *María Magdalena*. ¿Son una misma persona la pecadora anónima de Lucas que unge con perfume los pies de Cristo (Lc 7,36 s.), María de Betania, que escucha al Señor sentada a sus pies (Lc 10, 38 s.) y que, a la muerte de su hermano Lázaro, sale al encuentro de Jesús (Jn 11,1s) y más tarde unguirá a Cristo en señal de su sepultura (Jn 12,1s), y María de Magdala, que reconoce al Resucitado en la mañana de Pascua (Juan 20,11s = evangelio de hoy)? Nada obliga a creer tal cosa; además, no hay por qué cargar a María con todos los pecados del mundo para que su presencia pascual resulte aún más maravillosa. Sea como fuere, el culto a «la Magdalena» es célebre en todo Occidente y ha gozado siempre de gran arraigo popular.

Ver comentario al Evangelio en el tomo 1 de esta obra, p. 122.

25 *Santiago el Mayor, patrón de España*. Se crea o no en ello, nadie podrá impedir que todo el mundo en España venere como su patrono al «Señor Santiago» —cuyo cuerpo arribó un buen día al hermoso país de Galicia— desde que Santiago de Compostela atrae a peregrinos de todo el mundo junto al «Matamoros», el apóstol que, a lomos de su «caballo blanco», colaboró decisivamente, según la tradición popular, a la Reconquista de la tierra cristiana. ¿A qué se debe la peregrinación a Compostela? ¿Será simplemente porque la llamada de «los confines del mundo» (Finisterre) ha sonado siempre irresistiblemente en el corazón de los hombres? Ahora bien, el apóstol Santiago no era un cualquiera...: el propio Señor le llamó ¡«hijo del trueno»! Testigo, junto con Pedro y con Juan, de la transfiguración y de la pasión del Señor, fue muerto a espada, por orden de Herodes, en Jerusalén, donde parece haber desempeñado un importantísimo papel.

Lecturas: 2 Cor 4,7-15
Sal 125
Mt 20,20-28

26 *Ana y Joaquín*. Qué sabemos de los padres de María, aparte de la belleza de sus respectivos nombres?: «Colmada de gracia» y «Yahvé pone en pie»... Un verdadero programa, como siempre. Es célebre, por lo demás, la auténtica veneración que los bretones y los habitantes de Québec sienten por santa Ana.

29 *Marta*. No deberíamos precipitarnos y caer en la simpleza de decir que Marta se contentaba con atender a las labores domésticas mientras su hermana meditaba la Palabra (Lc 10,38-42), porque la acogida y la hospitalidad son muy excelsas virtudes; pero es verdad que la mejor acogida es la más sencilla, la que no se pierde en inútiles cuidados. ¿Tuvo interés el evangelista Juan en rehabilitar a Marta? En cualquier caso, lo cierto es que, junto a la tumba de Lázaro, es ella quien hace una clamorosa profesión de fe cristiana: «Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo» (Jn 11,19-27).

31 *Ignacio de Loyola*. Lo tenía todo para ser un auténtico «conquistador»: su sangre vasca y su estancia en la corte del virrey de Navarra, el duque de Nájera, a cuyo servicio recibió un balazo de cañón, el 20 de mayo de 1521, que le destrozaría la pierna y pondría fin a su carrera militar. En el sitio de Pamplona, pues, resultó herido. Pero también quedó herido en su alma. En Manresa hace un retiro en una gruta; en Montserrat hace voto de consagrarse a Dios; y en Jerusalén se apasiona por Jesús. Dedicado a los estudios, es tachado de «alumbrado»; acude a París y, a la edad de 43 años, con Francisco Javier y otros compañeros, hace voto de regresar a Palestina; ordenado sacerdote en Venecia, Pablo III le confía a él y a su pequeño

grupo una serie de misiones en Italia. Finalmente, se constituye una nueva Orden en la Iglesia: la Compañía de Jesús, que en adelante será siempre un «cuerpo de élite» especialmente vinculado al papa, si bien en el siglo XVIII fue precisamente un papa quien decidió suprimir a los jesuitas... Una verdadera pasión alienta en estos hombres, muchos de los cuales han redescubierto hoy la urgencia de luchar en aquellos lugares en los que se desfigura al hombre y su dignidad de hijo de Dios. Los «Ejercicios Espirituales» de san Ignacio, comenzados en Manresa y concluidos en París, siguen siendo un libro de cabecera para la conversión apostólica de los creyentes. Una conversión «para la mayor gloria de Dios».

- 1 *Alfonso María de Ligorio*. En pleno «siglo de las luces», a dos pasos de la Revolución Francesa y de otras revoluciones, un aristócrata y abogado napolitano se hace sacerdote y se entrega al apostolado en los medios populares. Reúne junto a sí a una serie de sacerdotes en la Congregación del Santísimo Redentor (redentoristas) y, mediante sus escritos, combate abiertamente al jansenismo.
- 4 *Juan María Vianney*. La Revolución Francesa es ya un hecho cuando Juan María alcanza el uso de la razón. Perteneciente a una familia de campesinos, conseguirá hacerse sacerdote y vivirá 42 años como párroco en el pueblecito de Ars: no es lo que se conoce precisamente como una vida gloriosa, a pesar de lo cual hay años en los que acuden a Ars más de 100.000 personas a confesarse con aquel hombre que cree de todo corazón en su ministerio. El cura de Ars es un contemplativo, un ser familiarizado con lo sobrenatural, un hombre de Dios... Hoy es el patrono de los párrocos.
- 5 *Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor*. Erigida en Roma a raíz del concilio de Efeso (cfr. 1 de enero), Santa María la Mayor es la primera iglesia dedicada a María en Occidente.
- 6 *Transfiguración del Señor*.

Lecturas: Dan 7,9-10.13-14 ó 2 Pe 1,16-19

Sal 86

Mt 17,1-9 ó Mc 9,2-10 ó Lc 9,28b-36

(según los diversos ciclos, A, B, C)

Se lleva consigo a Pedro, a Santiago y a Juan a un lugar apartado, a lo alto de una montaña; les dice que abandonen los caminos enlodados y que tomen una cierta distancia para ver mejor el horizonte. Se los lleva a un lugar apartado, lejos del bullicio, para escuchar en paz la llamada que viene de lo alto. Se los lleva a un lugar apartado, cerca de Dios, para volver a descender poco después y vivir en medio de los hombres. Su rostro brilla como un ascua, sus vestidos son pura luz. Rostro de hombre en el que Dios se manifiesta; vestiduras de alegría que envuelven el cuerpo del amado, abocado a una muy temprana muerte. En lo alto, sobre la desnuda cima, la mirada cansada de aquellos hombres ha contemplado el

rostro que nadie puede ver y seguir viviendo. Una nube de paz les cubre con su sombra. De pronto se entreabre la nube y se escucha la voz de Dios: «¡Este es mi Hijo!» Las palabras de Dios son palabras de padre. Ellos sienten miedo, caen rostro en tierra y oyen las palabras que vienen del más allá, la voz del Padre que se inclina sobre su miseria para devolverles la vida perdida en aquel jardín en el que el hombre había pretendido alzarse contra Dios. «Adán, ¿dónde estás?» ¡Levántate, polvo miserable! Mira cómo se posan en ti los ojos del Hijo del hombre; olvida tu suficiencia y contempla a Jesús, en quien viene Dios a empezarlo todo de nuevo por ti. Hasta la cruz. Hasta el jardín de la Pascua, cuando todo sea transfigurado.

7 *Juliana de Cornillon*. Nacida en Retinne, cerca de Lieja, en 1192, y huérfana desde niña, Juliana fue confiada por sus tutores a las religiosas «beguinas», dedicadas al servicio de la leprosería de Mont-Cornillon, situada junto a las puertas de la ciudad, donde recibió una formación seria, adaptada a su inteligencia viva y profunda. Tras ingresar ella misma en la congregación, aceptó el cargo de priora, lo cual no era precisamente una ganga... Para asegurar el fervor de sus hermanas, consiguió que se quitara a la ciudad (al «municipio») la gerencia de la leprosería, lo cual le valió tantas enemistades que tuvo que huir, primero a Salzines y a Namur, y más tarde a Fosses, dependiente del señorío feudal de Lieja, donde murió en 1258. Fue en Fosses donde se celebró por vez primera el Corpus Christi en 1246, gracias al obispo Robert de Thourotte. Aquella celebración fue el resultado de los esfuerzos realizados por Juliana desde 1208 para conseguir que se celebrara esa nueva fiesta, la cual se extendió a la Iglesia universal en 1264, gracias al papa Urbano IV, hijo de un zapatero de Troyes y antiguo arcediano de Fosses.

8 *Domingo*. Hijo de Castilla la Vieja, nacido en Caleruega, provincia de Burgos, en un viaje apostólico a Dinamarca que realizó con su obispo, Diego, descubrió la miseria en que yacía el Languedoc, entregado a los Cátaros. De acuerdo con el papa Inocencio III, se detiene en la que fuera la Narbonesa romana y en el condado de Toulouse, para evangelizar aquellas «ciudades nuevas», donde el clero, de espíritu feudal, no puede dar la réplica a los «herejes» pobres y fervorosos que son los cátaros. Domingo predica, discute y vive pobremente. Desgraciadamente, su difícil ministerio será interrumpido por la «cruzada de los albigenses», decretada por el rey y por el papa y que acabará con sangre y con vergüenza. Entretanto, recibió a algunas mujeres cátaras convertidas en Prouille, cerca de Carcassonne, y fundó lo que sería la Orden de las Dominicas. El mismo, reconocido por el concilio de Letrán en 1215, obtiene del obispo de Toulouse una misión de predicación. Finalmente, pone los cimientos de una Orden religiosa, los Hermanos Predicadores, que seguirá la regla de san Agustín, pero vivirá del espíritu evan-

gético en las ciudades en efervescencia: París, Bolonia, Madrid y tantas otras. Agotado, muere en Bolonia en 1221, a la edad de 51 años.

10 *Lorenzo*. Cuando fue blanco de la persecución de Valeriano, Lorenzo, a la sazón primer diácono del papa Sixto II, se negó a entregar al poder civil los archivos y las listas de los bienes de la Iglesia. Roma le dedicó más tarde la tercera de sus grandes basílicas y le veneró como protector, conjuntamente con Pedro y Pablo.

11 *Clara*. Cuenta 19 años cuando su compatriota Francisco de Asís la recibe en la Porciúncula. También ella es una enamorada de la Dama Pobreza. Llegará a ser abadesa de las «Damas Pobres» (Clarisas) en san Damiano y, a su vez, recibirá a Francisco para que se tome un cierto descanso, hasta que muere agotado después de haber alabado a Dios por todas sus criaturas y por «nuestra hermana la muerte». Probablemente, el cántico de las criaturas fue escrito (o al menos concluido) en san Damiano.

15 *Asunción de la Virgen María*.

Lecturas: *Misa de la vigilia*: 1 Cro 15,3-4.15-16; 16,1-2
Sal 131
1 Cor 15,54-57
Lc 11,27-28

Misa del día: Ap 11,19a; 12,1-6a.10ab
Sal 44
1 Cor 15,20-26
Lc 1,39-56

Apareció en el cielo una señal grandiosa, sorprendente: una mujer encinta, vestida con el sol y en trance de dar a luz a la vida. Una madre, la madre de los hombres. Una mujer vestida con el manto de la transfiguración. Y, frente a ella, la muerte al acecho, en espera solapada, voraz: un dragón color rojo de fuego, dispuesto a devorar al hijo de la mujer.

El *Apocalipsis* nos declara el sentido de la vida y de la muerte. Al levantar los ojos al cielo, lo infinitamente pequeño de nuestra tierra se esclarece en el espejo de lo infinitamente grande; un nacimiento en lo secreto de Belén es la señal que se da a los hombres para que comprendan el sentido de su propia historia. Y María, esa mujer «de la que nada se ha dicho», se convierte para nosotros en Palabra de Dios, en revelación de su gracia.

¿Podía el Dios de la vida abandonar a la mujer y al hombre al poder de la muerte y de la nada irremediable? ¿Habría de ser para siempre la mujer el signo de la concupiscencia, de la sangre perdida, de la muerte indefinidamente repetida? ¿Tendrían el hombre y la mujer que tener los hijos con dolor, y tendría que estremecerse el niño en

el seno de su madre para venir a ser alimento del demonio y de la muerte, su hermana? ¡Apareció en el cielo una señal: una mujer vestida con el sol! María, en quien toda mujer reconoce su propia gracia y su vocación. María, que da a luz a la vida para que ilumine un amanecer sin fin. Ella es la señal de la vida entre nosotros.

¡Ay de la mujer a la que no envuelve ya ese sol que es el manto de la virginidad del corazón y del espíritu...! ¡Dichosa la mujer que se entrega con todo su ser a la vida, a Dios! Pero todo parto es un dolor, un padecimiento. A la mujer se le arrebata el hijo, se le quita para otra gloria; y la mujer huye al desierto, ¡a nuestro desierto! María está con nosotros, en este desierto en que la vida y la muerte, el amor y el orgullo, el miedo y la libertad libran el combate en que se alumbra nuestra resurrección. Nuestra tierra conoce el dolor de su génesis; todo en nosotros clama a Dios. María, me atrevería a decir, se encuentra en el cielo en su maternidad, como todo hombre es llamado hacia Dios con su cuerpo y en su cuerpo.

No, la mujer carnal no es el símbolo de la muerte; la mujer ha encontrado en María su icono de belleza que no le será arrebatado; pero es en el desierto donde, al fin, puede decirse que queda al descubierto la belleza, sin temor a las argucias posesivas del enemigo. ¿No es en el desierto donde el amanecer resulta más hermoso? Desierto de la Pascua, aurora de la Pascua, donde el Hijo que renace le dice a su madre: «Mujer, ven conmigo; yo envolveré tu dolor con el manto del amor!».

- 20 *Bernardo*. Citeaux, en Borgoña, año 1112. Un joven noble de 22 años llama a la puerta del pobre monasterio de Etienne Harding; lleva consigo a unas treinta personas, entre amigos y miembros de la familia, que desean ser monjes según el espíritu de pobreza de los reformadores. El joven se llama Bernardo y va a comunicar a Citeaux su espíritu fogoso, su alma mística y la pasión que siente por la Iglesia. Funda la abadía de Claraval y alcanza un inmenso éxito: la Orden cisterciense va a difundirse por toda Europa. Pero Bernardo será el primero en estar siempre allí donde se ventila la vida de la Iglesia: en lucha con el pensamiento racionalista de Abelardo, con los alborotos comunales de Arnaldo de Brescia y con la ambigua herejía de los cátaros; al lado del papa, para defender a la Iglesia frente al poder civil excesivamente ambicioso, en Roma y en Lieja; en Vézelay, entre los nobles y los jefes, para predicar la Cruzada; y, a pesar de todo, casi siempre en Claraval para velar, orar y hablar de Dios a sus monjes. De Bernardo se ha dicho que es el último de los Padres de la Iglesia. Tal vez fuera un espíritu poco abierto a la ciencia, pero indudablemente fue un hombre de corazón y fe ardientes. ¡Léase, si no, su Comentario al Cantar de los Cantares!
- 21 *Pío X*. Se ha dicho que este papa, muerto en 1914, justo en el momento en que estalla la terrible primera guerra mundial, conservó

siempre su aspecto de cura rural. Tradujo su propia santidad en reformas para la Iglesia de las que todavía vivimos: redescubrimiento de los sacramentos, de la comunión y de la liturgia. Pero, la verdad sea dicha, no estuvo tan acertado en la lucha que emprendió contra las democracias cristianas de Italia y Francia, a las que apenas apreciaba, mientras que alentó a las de Bélgica y Austria, más sumisas al episcopado. Aún menos afortunada fue su condena del «modernismo», en el que sin duda se mezclaban un muy agudo sentido de la crítica histórica o exegética y un racionalismo pernicioso para la fe.

- 23 *Rosa de Lima*. Esta humilde terciaria dominica dio a América del Sur un rostro de santidad rebotante de encanto y abnegación, frente al materialismo colonial. Vivió de 1586 a 1617.
- 24 *Bartolomé*. Este discreto apóstol, sin duda el mismo que Natanael (cfr. el evangelio del día), nos enseña que un hombre obstinado, si es leal, puede ser un testigo particularmente fiable.

Lecturas: Ap 21,9b-14
Sal 144
Jn 1,45-51

- 25 *Luis IX, rey de Francia*. El oficio de rey no ha dado muchos santos, pero, aunque no hubiera dado a la Iglesia más que a san Luis, ya sería bastante. Un santo rey cuya justicia para con los pequeños no es pura leyenda. Y un esposo maravilloso, un buen padre de once hijos, un hombre sencillo y asequible, un jefe que rechaza las guerras, que sin duda aumentarían su territorio pero haciendo daño al adversario. En una palabra, ¡un rey santo! Llevado a las Cruzadas por su espíritu caballeresco, murió en Túnez en 1270. El fue, además, el último de los cruzados.
- 27 *Mónica*. Madre de san Agustín: véase día 28.
- 28 *Agustín*. Nacido en Tagaste, norte de Africa, el año 354, de madre bereber cristiana y padre pagano (pequeño funcionario romano que hará innumerables sacrificios para «situar» a su hijo), es inscrito, al nacer, en el registro de catecúmenos, pero su bautismo va sufriendo continuos retrasos. Vive una adolescencia turbulenta; a los 18 años tiene un hijo, Adeodato, con una amante a la que Agustín se mantendrá fiel durante 14 años. Ello no le impide estudiar, y a los 20 años es profesor de retórica en Cartago. No ve demasiado claro el rumbo que ha de dar a su vida. El maniqueísmo le tienta, a causa del enervante problema del mal; su madre, Mónica, le insiste en que se haga cristiano; su padre murió bautizado. A los 30 años de edad, se traslada a Milán con su madre; allí obtiene una cátedra y descubre la filosofía de los neoplatónicos, pero también la profundidad de los Evangelios. El obispo Ambrosio goza de un gran ascendiente sobre él. Un día —cuenta entonces 32 años— oye una

voz de niño que le dice: «¡Toma, lee!»; abre la Biblia y se hace la luz en él. La noche de Pascua del año 387 se bautiza juntamente con su hijo, Adeodato. Aquel mismo año muere en Ostia su madre, Mónica. Dos años más tarde muere Adeodato. Agustín vuelve a Tagaste, donde lleva una vida religiosa en compañía de unos amigos. Se ordena sacerdote en Hipona, y pronto se hace célebre por su predicación. Todavía no es obispo. Recibe la consagración episcopal el año 395. Durante 34 años va a ser la conciencia religiosa y teológica de la Iglesia, y puede afirmarse, sin exagerar, que lo será siempre. Su obra es la de un pastor de almas, pero también la de un polemista obstinado en corregir las corrientes que hacen que se desvíe la fe: maniqueos, cismáticos donatistas, pelagianos casi estoicos... Contra éstos, Agustín magnifica la gracia y la gratuidad de la salvación, aunque no sin agobiar al hombre con tal peso de pecado que los futuros «agustinianos», Lutero entre ellos, no siempre se librarán del pesimismo más radical. Pero Agustín vivió también la proximidad de los Vándalos y el paso del mundo a los Bárbaros. Su gran obra, «La Ciudad de Dios», es un esfuerzo gigantesco por comprender la historia del mundo a la luz de la fe. ¡Una fe que no puede extinguirse aunque el mundo cambie de rumbo!

«Tarde te conocí, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te conocí; tú estabas dentro de mí y yo fuera, y así por fuera te buscaba... Me llamaste y clamaste, y quebrantaste mi sordera... Me tocaste, y deseé con ansia la paz que procede de ti» (*Confesiones*).

29 Martirio de Juan Bautista.

Evangelio: Mc 6,17-29

(Cfr. viernes de la 4.^a semana del Tiempo Ordinario).

- 1 *Gil*. Nada se sabe con exactitud acerca de este santo, uno de los más populares de la Edad Media y al que aún se invoca en nuestros días. Su celebridad va unida a la abadía que lleva su nombre, en Provenza, en el camino de Roma y de Compostela.
- 3 *Gregorio Magno*. Prefecto de la ciudad de Roma a mediados del siglo VI, Gregorio siguió siéndolo en cierto modo cuando fue elegido papa, tras haber sido antes monje y legado en Constantinopla. El pueblo, atemorizado por las invasiones lombardas, depositó en él su confianza, llegando Gregorio a ser un excelente administrador de la Iglesia; supo llevar a buen término el diálogo con los lombardos, animó a los francos, puso los cimientos de los dominios pontificios y envió una misión apostólica a Inglaterra (cfr. 27 de mayo). Siendo papa, se dio a sí mismo el sobrenombre de «Siervo de los siervos de Dios». En cuanto a la relación entre su nombre y el canto «gregoriano», es más bien producto de la fantasía, porque, aunque es cierto que Gregorio favoreció la liturgia, siguió utilizando en ella el canto denominado «antiguo romano», que desapareció en el siglo IV.
- 8 *Natividad de la Virgen María*. Originariamente, esta fiesta mariana estuvo unida a la dedicación de una Iglesia en Jerusalén, donde la tradición situaba la casa de Ana.

Lecturas: Miq 5,1-4a ó Rom 8,28-30

Sal 12

Mt 1,1-16.18-23

Cfr. el comentario al 17 de diciembre.

- 13 *Juan Crisóstomo*. Un monje de precaria salud que se hizo sacerdote en Antioquía, que más tarde fue patriarca de Constantinopla, que no retrocedió ante nadie a la hora de defender a los pobres, que nunca fue del agrado de la emperatriz Eudoxia, que padeció el exilio,

que estuvo sometido a continua vigilancia y que murió extenuado, al pie del Caúcaso, en el transcurso de un penoso viaje de 1.500 kilómetros, camino de su segundo destierro. Este fue Juan, a quien el pueblo amó y dio el sobrenombre de «Crisóstomo»: «Boca de oro». Además de su inmensa obra literaria, a él se debe en gran parte la liturgia «ortodoxa», que él engrandeció y de la que hizo el lugar de oración de los pobres, ¡que no tienen más cielo en la tierra que la Iglesia!

14 *Exaltación de la Santa Cruz.*

Lecturas: Num 21,4b-9 ó Flp 2,6-11
Sal 77
Jn 3,13-17

El desierto. La abrasadora mordedura del suelo y del cielo; los esqueletos que dan fe de la muerte; el lugar del olvido... No todos los días se convierte el desierto en oasis de seducción. ¡Y el pueblo protesta! Desierto de la existencia; los hombres no mueren sólo de cáncer, leucemia o trombosis... ¡Cuántos hombres y mujeres mueren de no saber ya adónde ir! Por mucha fuerza que tengan para alzar los ojos, no encuentran más que serpientes que silban por encima de su cabeza...

Dios lo sabe. Y tanto mejor lo sabe cuanto que su Hijo murió en el desierto del abandono, fuera de los muros de la ciudad. Si hoy la cruz es gloriosa, no lo es por sí misma, pues la maldición pesaba sobre el que moría colgado del madero. ¿Era aquello la maldición de Dios? Muchos así lo pensaban. Más tarde o más temprano le viene al hombre a la mente la idea de que la muerte es la herida fatal, inscrita en nosotros como una mancha de lepra, a la que durante mucho tiempo hemos confundido con un simple lunar. También de Cristo se dijo: «¡Le vimos y no tenía aspecto que pudiésemos estimar...!». Cristo, solidario de todos los que inclinan la cabeza en un gesto que un día pondrá fin a su vida, cuando les venza la muerte. ¿Quién va a querer recriminarnos por ello?

Y, sin embargo, la cruz es gloriosa. Cruz erguida sobre el mundo. La antigua serpiente había tomado rostro de hombre, y Dios, descendiendo en su Hijo hasta el despojo total, levantó la cruz por encima de nuestras miserias. La mordedura de la muerte ha sido transfigurada en fuente de vida. La cruz es gloriosa porque, en lo sucesivo, el rostro del hombre sufriente resplandece con el amor de Dios.

De nosotros depende levantar en el desierto del mundo el signo de un futuro más fuerte que la muerte. No se trata de colocar crucifijos por todas partes; se trata de que nosotros mismos estemos marcados por el amor de tal manera que todo hombre pueda reconocer el rostro de Cristo y la esperanza de curación. El caduceo, emblema de

nuestros médicos inspirado en la serpiente antigua, lo está diciendo a su manera, porque, al fin y al cabo, ¿de qué medicina se trata, para salvar al hombre, sino de la que lucha tanto con las armas del amor como con las de la ciencia? En el desierto del hombre hay hombres que luchan contra la muerte para que vivan humanamente los minusválidos, los débiles, los incurables... Y la muerte retrocede, aunque el hombre sabe perfectamente que él no ha de ganar la última batalla. Pero la muerte es vencida cada vez que el amor la impide reinar como dueña y señora.

- 16 *Cornelio y Cipriano.* Antiguo abogado, el obispo de Cartago Cipriano ¡sólo tenía amigos! En la espinosa cuestión de la readmisión de los cristianos bautizados por herejes, polemizó con el papa Esteban, más flexible que él en este punto. Y es que la adhesión de Cipriano a la Iglesia era tal que no podía admitir que ésta estuviera presente donde la fe no fuera pura... Pero la persecución orientó las pasiones en otro sentido, y el año 258 Cipriano murió mártir, después de haber apoyado al papa Cornelio, cuya vida se extinguía en el exilio.
- 21 *Mateo.* Véase el tomo 4 de esta obra, viernes de la 13.^a semana.
- 22 *Mauricio y sus compañeros.* El Valais, en Suiza, honra a estos soldados romanos, martirizados por haberse negado a ejecutar a los cristianos. Aunque, indudablemente, no se trata de toda una legión, el testimonio de este acontecimiento está sólidamente fundamentado.
- 25 *Nicolás de Flue.* Un buen hombre, modelo de campesino montañés y de buen padre de familia. Sin embargo, un día deja a los suyos y se va a vivir como ermitaño, asqueado del mundo a causa de un proceso absolutamente carente de honradez. Pero la gente acude a él, es consultado y desempeña un importante papel en la política de independencia de los cantones suizos. Muere a los 70 años de edad, rodeado de los suyos, en 1487. Es el patrono de la Confederación Helvética.
- 27 *Vicente de Paúl.* «Monsieur Vincent»... «El gran santo del siglo»... Es cierto que Vicente de Paúl marcó el siglo XVII con un rasgo evangélico demasiadas veces ausente de las grandezas humanas. Este campesino landés, ordenado sacerdote, es inteligente y no tarda en entrar en contacto con los «grandes del mundo»; conoce y aprecia a Bérulle y a Francisco de Sales, y Luis XIII morirá en sus brazos. Pero descubrió la miseria de los pobres, de los forzados a galeras y de los campesinos de las tierras sin cultivar; es decir, lo que hoy llamaríamos el «cuarto mundo». Dotado de talento organizador, funda con Luisa de Marillac las Hijas de la Caridad; también funda la Congregación de los Sacerdotes de la Misión (Lazaristas); dirige y reforma seminarios, convencido de que sólo con un clero evangélico llegará la Iglesia a estar presente en el corazón del mundo. En el siglo XIX, las «Conferencias de san Vicente de Paúl» extenderán su espíritu a los laicos.

29 *Miguel, Gabriel y Rafael.* «¿Quién como Dios?»... «Dios es fuerte»... «Dios sana»... El culto a los ángeles va dirigido a Dios, y el mismo nombre de los ángeles habla de Dios. La liturgia nos asocia a su alabanza y nos hace solidarios de sus misiones. Porque ¿no envió Dios a sus ángeles cuando quiso venir a nosotros? Pero ¿quién podrá decir lo que son? ¿No nos basta con saber que el cielo de Dios está poblado por miríadas de seres y que el camino entre el cielo y la tierra es recorrido por estos mensajeros?

Lecturas: Dan 7,9-10.13-14 ó Ap 12,7-12a
Sal 137
Jn 1,47-51

30 *Jerónimo.* Originario de Dalmacia, el joven Jerónimo se entusiasmó en Roma con la Escritura. Habiendo pasado buena parte de su vida retirado en Belén, traducirá la Biblia al latín y elaborará un comentario a la misma. Eso sí, no puede afirmarse que su carácter fuera un prodigio de bondad y de equilibrio. Falleció el año 420.

1 *Teresa del Niño Jesús.* Se equivocaría quien no viera en «Teresita» más que a una niña mimada y llevada al Carmelo por una familia extremadamente religiosa. Esto es cierto, pero por sí solo no explica nada. Teresa tenía un carácter obstinado, y la vida en el Carmelo de Lisieux fue dura para ella; allí conoció prolongadas épocas de aridez espiritual que en ocasiones la aproximaron a lo que es el ateísmo contemporáneo. Estuvo en profunda comunión con el mundo y mereció ser proclamada patrona de las misiones entre infieles. También es cierto que resumió toda su fe en el «pequeño camino», el amor, que es «el camino más perfecto»; pero tuvo que conocer el precio y la extraordinaria densidad del amor del que vivió. Su mensaje, popularizado por la «Historia de un alma», ha llevado a Dios a multitud de personas a las que el temor religioso había conducido a la angustia; ésta es la mayor gracia que nuestro tiempo le debe a Teresa, que murió en 1897 suspirando: «¡Todo es gracia!».

«Este año, el Buen Dios me ha concedido la gracia de entender lo que es la caridad. He comprendido, sobre todo, que la caridad no debe permanecer encerrada en lo más profundo del corazón. 'Nadie —dijo Jesús— enciende una lámpara para ponerla debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa'. Me parece que esa lámpara representa la caridad que debe alumbrar y alegrar a todos los que están en la casa, sin exceptuar a nadie».

4 *Francisco de Asís.* Habría podido ser un rico mercader en paños, como su padre; o un caballero, como de hecho lo fue durante algún tiempo en su juventud; o simplemente un ermitaño, como cuando estuvo en Santa Maria degli Angeli entre los 17 y los 20 años. Pero se hizo pobre, llevando la pobreza hasta la cumbre de la gloria, haciendo de ella su esposa y regla de vida para sus hermanos. Este

- hombre, que se tomó en serio el llamamiento a la pobreza evangélica, lo reinventó casi todo para la Iglesia y para el mundo, que por aquel entonces vivían tiempos de profundos cambios. No quiere que sus «Hermanos Menores» sean monjes, demasiado ligados al sistema feudal, ni sacerdotes, demasiado obligados a mantener su rango, sino mendicantes, es decir, hombres libres y pobres, tan libres como los pájaros y tan pobres como la tierra batida; hombres que van de pueblo en pueblo, llevando como único modelo a Cristo y el Evangelio. Francisco necesitó tesón y paciencia para lograr que su proyecto, un tanto recortado, llegará a ser reconocido. Los papas Inocencio III y Honorio III aprobaron dicho proyecto, el cual, sin embargo, no despertó gran entusiasmo entre los obispos. Con el Poverello, la Iglesia recibía de Dios el don inmenso de un poeta que cantó al sol y a las criaturas, a pesar de estar casi ciego, y que habló al corazón de los más sencillos cuando él mismo llevaba en su cuerpo los estigmas de la Pasión. Murió en 1226 en Asís, adonde todavía acuden los hombres a respirar el perfume de la alegría perfecta, quizá no tanto en la basílica que se alza sobre el sepulcro de Francisco cuanto en la humildad de San Damiano o de las Carceri.
- 6 *Bruno*. Canónigo en Colonia, y más tarde en Reims, Bruno, que fue también el maestro del papa Urbano II y, por lo mismo, próximo a las ideas cluniacenses, en 1083 fue a pedir consejo a Roberto de Molesmes, que trataba de fundar en Cîteaux una comunidad religiosa. Roberto le orientó hacia el desierto montañoso del macizo de la Chartreuse, donde Bruno fundó la Orden de los Cartujos, que llevan una vida monástica basada en la vida eremítica.
- 9 *Dionisio y sus compañeros*. Que Dionisio fue el primer obispo de París, que murió mártir, juntamente con sus compañeros, en el «Monte de los Mártires» (Montmartre) y que fue enterrado en el lugar sobre el que se levantará en tiempos de Dagoberto la célebre abadía Saint-Denis, son creencias con fundamento suficiente para ser consideradas hechos ciertos. Tales acontecimientos pueden ser datados en el siglo III. Menos seguridad hay en lo que respecta a situar el punto de partida de los misioneros hacia Roma, y menos aún debe confundirse a Dionisio de París con Dionisio Areopagita, a quien Pablo convirtió en Atenas con su predicación en el Areópago. Tal leyenda, severamente criticada en el siglo XVII, e incluso ya por Abelardo, es recogida, sin embargo, en los testimonios iconográficos que ilustran la vida de san Dionisio.
- 15 *Teresa de Jesús*. Todo el espíritu caballeresco de Castilla anida en esta mujer, soñadora de utopías, que a los 18 años ingresa sin convicción en un Carmelo en plena decadencia, donde experimenta una reforma interior tan profunda que la lleva hasta las cumbres de la experiencia mística. Más tarde, con 45 años de edad, se dedica a reformar los Carmelos, recorriendo España sin tregua ni descanso y superando todos los obstáculos que le salen al paso. Vivió de 1515 a 1582.

17 *Ignacio de Antioquía*. Contemporáneo de la época apostólica y obispo de Antioquía, en Siria, Ignacio fue conducido a Roma para ser allí martirizado. Murió el año 177. Durante el viaje, fue escribiendo preciosas cartas a las Iglesias que encontraba a su paso. Su insistencia en la necesaria unidad de la Iglesia atestigua cuán grande era ya la oposición con que tropezaba su ministerio.

«No hagáis nada al margen del obispo y de los sacerdotes; no penséis que podéis hacer algo bueno separados de ellos; ¡lo único bueno es lo que hacéis en común!».

- 18 *Lucas*. Ver el tomo 5 de esta obra, «Introducción a Lucas».
- 19 *Juan de Brébeuf e Isaac Jogues*. Jesuitas franceses, apóstoles de Québec. Fueron martirizados por los iroqueses en 1646 y 1649, respectivamente.
- 29 *Simón y Judas*. La tradición evangélica no es locuaz en lo concerniente a estos dos apóstoles. Simón, de sobrenombre «el zelote», debía de provenir de aquellos grupos de violentos que actuaban en la resistencia nacional para restaurar el reino de Israel. Y algo parecido hemos de pensar de Judas, cuando pregunta a Jesús: «¿Por qué no te manifiestas al mundo?» (Jn 14,22). Ambos aprenderán los caminos de un Reino «que no es de este mundo».

Lecturas: Ef 2,19-22
Sal 18a
Lc 6,12-19

1 *Todos los santos.*

Lecturas: Ap 7,2-4.9-14
 Sal 23
 1 Jn 3,1-3
 Mt 5,1-12a

Dos asambleas —diferentes y, sin embargo, muy próximas— son convocadas a la cita de hoy. Por una parte, la multitud de los pequeños y los humildes que han seguido a Jesús y no acaban de salir de su asombro al oír que se les llama «dichosos», siendo así que todo se conjura para oprimirles; por otra parte, la multitud de los elegidos que siguieron a Cristo más allá de la muerte y ahora entonan sin cesar el cántico de su felicidad. Dos asambleas que no tienen ningún rasgo en común con ciertos rostros desengañados de falsa santidad ni con la lúgubre banalidad de nuestros comentarios. Dos asambleas de vivos —los santos—, conocidos y desconocidos.

Todos los santos son originales. No nacieron impecables, desde luego, pero creyeron en la originalidad de Dios, que promete su Reino a los desvalidos y a los humildes. Los santos son originales, hombres y mujeres que caminaron al revés, pues las Bienaventuranzas no tienen otra finalidad que volver del revés el mundo.

Están los santos conocidos, pero también están todos los demás, los que no recibieron la titulación de tales y que, sin duda, tendrían que soportar un largo y costoso proceso de canonización. Pero ¿qué importa? El caso es que Dios les ama, y su santidad está precisamente en haber creído en ese amor; a contracorriente, reinventaron el amor y dieron testimonio de un mundo nuevo. Apenas se habla de ellos, pero Dios se lo agradece en su eternidad. ¿No será eso la santidad: Dios que os agradece que hayáis creído en él?

¡Bienaventuranza de la santidad! Bienaventuranza del que perdona sin alimentar rencores, que absuelve sin escuchar el alegato, que sonrío a la vida, incluso cuando la mañana se presenta desapacible. Bienaventuranza de los corazones puros, cuyos cristales no están empañados por las contaminaciones que atentan contra la vida. No se debe decir: «No soy ningún santo», pues lo único que Dios quiere darnos es la santidad; es mejor dejarle a Dios hacer, pues nosotros somos demasiado torpes... Tengamos ojos para ver el amor con que nos ama Dios... ¡y dejémosle hacer! La santidad se conoce en el rostro transparente, desbordante de la paz que brota del corazón. «Cuando veamos al Señor, seremos semejantes a él»... La santidad es esto: ¡dime a quién miras y te diré cuál es tu santidad! Desgraciadamente, muchos tienen cara de desengaño, porque sólo se miran a sí mismos.

Hermano, mira a Cristo y serás un santo... ¡Mírale, y déjate llevar por él!

2 *Commemoración de todos los fieles difuntos.* Me he encontrado con la muerte. Si abrí los ojos, también vosotros os encontraréis con ella cada día; está ahí, en el corazón mismo de vuestra vida. Hoy sois más viejos que ayer; una decepción os atenaza las carnes; vuestros hijos sueñan con un mundo que ya no será el vuestro... La muerte se llama divorcio, guerra, soledad, hijos sin padres, padres sin hijos. Me he encontrado con la muerte. Un velo de luto, como una niebla, envuelve la tierra; mañana, nuestros cementerios dormirán de nuevo bajo los crisantemos marchitos.

Me he encontrado con la muerte y he querido seguirla. Cuando adopta su aspecto seductor, no resulta tan terrible. ¿Quién no ha llamado alguna vez a la muerte cuando la noche era interminable? Iba a seguir a la muerte, porque ella me viene siguiendo a mí, desde mi primer día de vida, y porque me entran ganas de decirle: «Ve tú delante, puesto que sabes adónde vamos...» La verdad es que ese día lloré por ello; pero ¿no me habían enseñado desde siempre que la vida es un valle de lágrimas?

Pues bien, ese día me encontré también con el que muchos decían que estaba muerto. Necesité bajar al fondo de mi soledad para sentir cómo su mano se posaba en mí, cómo su mirada llamaba a la mía y cómo sus muchos siglos resucitaban mi juventud. Me encontré con Aquel que estaba vivo, y me dijo: «Camina detrás de mí, ¡yo conozco bien la muerte y te haré conocer su otra cara!».

Muchas veces me habían hablado de él; su Iglesia le cantaba resucitado; pero aquello eran sólo palabras, hasta el día en que con él visité la muerte. Me llevó a una mesa; me dio unos hermanos; me dio a sus discípulos, que habían huido para ir a morir en su tierra natal mientras él se extinguía en la soledad de la cruz. Me alargó la copa para beber de ella con él. Y me dijo: «Comparte con tus hermanos y emprende de nuevo el camino con mis discípulos».

Me he encontrado con la muerte, la de Jesucristo, y por fin he conocido la vida. He compartido la muerte de los hombres, y al fin he saboreado la esperanza. He aceptado mi propia muerte, y poco a poco he podido domesticarla. He dicho a la muerte: «¡Tú serás mi prometida!». Pero esa muerte ya no era la muerte ajada de los cementerios; era la muerte vencida, dada la vuelta; era la muerte del jardín en primavera y de la tumba abierta; era la muerte en la que los hombres habían enterrado al Señor, ignorantes de que, al alborar el domingo, ese mismo Señor haría florecer el lirio de los valles sobre nuestras sepulturas y perfumaría nuestras soledades con un ramillete de lavanda.

Hermano, si algún día te sucede que te encuentras a un hombre, a una mujer, a un niño o a un anciano que lleva en su mirada el reflejo de la muerte, ¡escucha, por favor, la voz que te dice que compartas su pena en nombre de Jesucristo! Deposita en su corazón aunque no sea más que una gota de la sangre que tú has recibido en la mesa de vida. Entonces la muerte quedará vencida, aunque todavía tenga que seguir pareciendo que todo muere.

4 *Carlos Borromeo.* La conversión de este gran arzobispo de Milán, modelo para la Iglesia del concilio de Trento, fue tardía. Sobrino del papa Pío IV y doctor en derecho, había recibido el capelo cardenalicio y la administración de Milán a los 22 años, ¡pero sin estimar conveniente ordenarse sacerdote! Sólo en 1563, después de terminado el concilio —en el que, por lo demás, había trabajado intensamente—, recibió la ordenación sacerdotal y la consagración episcopal. A partir de aquel momento puso en juego todos los medios para reformar la Iglesia: visitas pastorales, sínodos diocesanos, creación de seminarios y de catequesis...

7 *Wilibrordo.* Compañero de Bonifacio (cfr. 5 de junio) y, como él, monje inglés, Wilibrordo evangelizó Frisia, Flandes y Alemania. Fue obispo de Utrecht y fundó la abadía de Echternach, donde murió el año 739. Le ayudaron en sus empresas Pipino de Heristal y Carlos Martel.

9 *Dedicación de la basílica de Letrán.* La catedral del papa está edificada sobre el solar de un palacio que había pertenecido antiguamente a la familia de los Laterani y que fue donado a la Iglesia por el emperador Constantino. El palacio de Letrán fue residencia de los papas hasta finales de la Edad Media. La celebración de esta dedicación es una afirmación de los vínculos que unen a toda la Iglesia con «la madre y cabeza de todas las iglesias de la urbe y del orbe».

Lecturas: Ez 47,1-2.8-9.12 ó 1 Cor 3,9b-11.16-17

Sal 45

Jn 2,13-22

- 10 *León Magno*. En la época en que los hunos y los vándalos causan estragos en Italia y en la misma Roma, el papa León, romano de origen, aparece como una gran figura; interviene ante los bárbaros, pero, sobre todo, participa en las disputas teológicas que apasionan al Oriente y afirma su autoridad en el concilio de Calcedonia, el año 451 (cfr. 1 de enero).
- 11 *Martín de Tours*. Este soldado romano, originario de Panonia, repartió un buen día su capa con un pobre, y aquello fue el signo de la gracia; una gracia que no impidió que se le diera a Martín el sobrenombre de ¡«campesino del Danubio»! Ordenado sacerdote por Hilario de Poitiers, Martín fundó el monasterio de Ligugé, y de este modo introdujo la vida monástica en la Galia; más tarde, en el año 371, es elegido obispo de Tours, en cuya diócesis organiza las parroquias rurales e implanta otros monasterios, y goza de un auténtico ascendiente, aun cuando otros obispos menos celosos le calumnien. A su muerte, Tours se convierte en un verdadero centro de peregrinación, y se da el nombre de Martín a multitud de parroquias en toda Europa.
- 15 *Alberto Magno*. Dominicó alemán, enseñó en París y fue el maestro de Tomás de Aquino en Colonia. Dotado de un espíritu prodigiosamente abierto, trabajó de múltiples maneras por hacer conocer las ciencias heredadas de Aristóteles y manifestar su coherencia con la fe, consiguiendo dar, en plena Edad Media, un extraordinario impulso a las ciencias profanas.
- 22 *Cecilia*. Desgraciadamente, nada cierto puede afirmarse acerca de esta popularísima santa romana, patrona de los músicos porque, según la leyenda, «cantaba a Dios en su corazón» el día de sus esponsales.
- 30 *Andrés*. Venerado en Constantinopla de un modo parecido a como Pedro lo es en Roma, Andrés es, además, patrón de Rusia y de Escocia. Antes de seguir a Jesús, había sido discípulo del Bautista, y en el Evangelio aparece frecuentemente como el que presenta a otros a Jesús.

Lecturas: Rom 10.9-18
Sal 18a
Mt 4,18-22

- 3 *Francisco Javier*. Compañero de san Ignacio de Loyola (cfr. 31 de julio), Javier marchó a Oriente, donde evangelizó Goa, Malaca, las Molucas y el Japón. Murió en 1552 cuando iba a entrar en China, y es el patrono de las misiones.
- 6 *Nicolás de Bari*. ¿Qué decir del obispo de Mira (en Licia, Asia Menor), sino que gracias a la leyenda (según la cual habría salvado, con su generosidad, a las tres hijas de un vecino que se habían dado a la prostitución para huir de la miseria) su culto se difundió por Grecia, Rusia, Inglaterra y el norte de Europa, donde es el patrón y el amigo de los niños buenos?
- 7 *Ambrosio*. No era más que un catecúmeno cuando el pueblo de Milán lo aclamó como obispo, porque, en su condición de cónsul de la provincia, supo restablecer la paz en la ciudad. Una vez elegido obispo, Ambrosio sabrá enfrentarse al poder imperial, hasta el punto de exigir una larga expiación al mismísimo Teodosio, culpable de una auténtica matanza en Tesalónica. Inteligente y culto, Ambrosio escribió mucho; además, dotó a su Iglesia de una liturgia propia, inspirada en la de Oriente, con cántico de himnos, salmos y tropos. Murió el año 397.
- 8 ***La Inmaculada Concepción de Santa María Virgen.***

Lecturas: Gn 3,9-15.20
Sal 97
Ef 1,3-6.11-12
Lc 1,26-38

«¡Bendito sea Dios, que nos ha elegido en Cristo, antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia!». Cuando la Iglesia se vuelve hacia María para —haciéndose eco del día de la Anunciación y de la Visitación— decirle: «¡Bendita eres, llena

de gracia!», está contemplando el icono de sí misma, y cada cual descubre en esa mujer bendita entre todas las mujeres la vocación a la que sido llamada por Dios.

En el jardín del Edén, el hombre y la mujer se habían escondido, súbitamente avergonzados de haber pretendido prescindir de Dios. Todo había empezado entonces a degradarse; la muerte hacía su entrada en el mundo, y la vida humana parecía condenada a ahogarse en la escalada del mal. Pero una promesa le había sido hecha al hombre: la mujer se llamaría Eva, Viviente, madre de los vivientes. La muerte no podía tener la última palabra. Pero aún era preciso que el pecado fuera vencido, a fin de que la vida renaciera sin engaño de ningún tipo.

De Eva a María se realiza el plan de Dios. Nos ha sido dada una mujer bendita, santa y llena de gracia. Con ella está el Señor, Dios, Emmanuel. Y lo está de tal manera que nace de ella y se la asocia a sí para salvar al hombre. La salvación nos viene de la verdadera Madre de los vivientes, que para ofrecer al hombre una esperanza en su futuro comenzó por llevar en sí y dar a luz al Hijo de Dios, al Santo. La gracia de María se llama Jesús. No hay distancia entre nuestro Salvador y su madre. Ella estará con él en la cruz, del mismo modo que está con él en la gloria. Y ella no deja de conducirnos hacia su Hijo.

María Inmaculada. No se trata de una excepción al plan de Dios, sino del anuncio de toda vocación humana. Si María es bella, es únicamente para darle al hombre el gusto y la llamada de la belleza. Si María es madre de los hombres, es para que cada hombre la escuche a ella y desoiga, al fin, otras voces insidiosas que tratan de apartarlo de Dios. Escuchar a María es acudir con ella a la fuente de la gracia, su propio Hijo, nacido de ella por haberle ella dicho «sí» a Dios sin ninguna reticencia. Y enseñándonos a nosotros a decirle «sí» a Dios, María alumbró en nosotros la santidad; nos da a su Hijo como sólo una madre puede hacerlo.

¡Bendito sea Dios, sí! ¡Bendita sea su benevolencia! Y bendita sea la Madre de los vivientes: gracias a ella podemos acoger la vida sin temor alguno a que sea para la muerte, porque el que vive en la santidad ha vencido a la muerte de Cristo.

13 *Lucía*. Mártir de Siracusa, de la que apenas sabemos nada. Su nombre evoca la luz, y su culto se difundió enormemente a partir del siglo V.

14 *Juan de la Cruz*. Fue el hecho de conocer a Teresa de Jesús lo que decidió a este desanimado carmelita a emprender también él la reforma de su propia Orden. Ello le supuso mucha oposición e incluso la cárcel y el aislamiento hasta la muerte; pero, a pesar de todo ello, escribió una obra lírica y mística de una belleza realmente estremecedora.

«Que bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche.

Aquella eterna fonte está escondida,
que bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche.

Su origen no lo sé, pues no lo tiene,
mas sé que todo origen de ella viene,
aunque es de noche.

Sé que no puede ser cosa tan bella
y que cielos y tierra beben della,
aunque es de noche.

Bien sé que suelo en ella no se halla
y que ninguno puede vadealla,
aunque es de noche.

Su claridad nunca es escurecida,
y sé que toda luz della es venida,
aunque es de noche.

Sé ser tan caudalosas sus corrientes,
que *infiernos, cielos riegan, y las gentes*,
aunque es de noche.

El corriente que nace desta fuente,
bien sé que es tan capaz y omnipotente,
aunque es de noche.

El corriente que destas dos procede,
sé que ninguna dellas le precede,
aunque es de noche.

Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida,
aunque es de noche.

Aquí se está llamando a las criaturas,
y desta agua se hartan, aunque a oscuras,
porque es de noche.

Aquesta viva fuente, que deseo,
en este pan de vida yo la veo,
aunque es de noche.